

LA ORACIÓN

Índice:

La Oración Por Juan Bunyan

- Capítulo I : LO QUE ES LA ORACION
- Capítulo II : ORANDO CON EL ESPIRITU
- Capítulo III : ORANDO CON EL ESPIRITU Y CON ENTENDIMIENTO
- Capítuo IV : APLICACION

La Respuesta A La Oración por Tomás Goodwin

- Introducción
 - Capítulo I: UN DEBER DEL PUEBLO DE DIOS CUANDO ORA
 - Capítulo II: ORANDO POR LA IGLESIA
 - Capítulo III: ORANDO POR LOS DEMAS
 - Capítulo IV: ORANDO JUNTAMENTE CON OTRO
 - Capítulo V : ADMONICIONES GENERALES
 - Capítulo VI: COMO OBSERVAR LAS RESPUESTAS A LA ORACIÓN
 - Capítulo VII: LA ORACION SIN RESPUESTA
 - Capítulo VIII: APLICACION: EXHORTACION Y REPRESION
 - APENDICE
-

LA ORACIÓN

Por Juan Bunyan

Índice:

La Oración Por Juan Bunyan

- **Capítulo I : LO QUE ES LA ORACION**
- **Capítulo II : ORANDO CON EL ESPIRITU**
- **Capítulo III : ORANDO CON EL ESPIRITU Y CON ENTENDIMIENTO**
- **Capítulo IV : APLICACION**

LA ORACION es una ordenanza de Dios para uso tanto público como privado: más aun, es una ordenanza que pone a los que tienen el espíritu de súplica en estrecha relación con El; y es asimismo de efectos tan notables que alcanza de Dios grandes cosas, tanto para una persona que ora como para aquellos por quienes ora. Abre, por así decirlo, el corazón de Dios, y por medio de ella, el alma, aun estando vacía, se llena. Por la oración, el cristiano puede, también, abrir su corazón a Dios como lo haría con un amigo, y obtener de El un renovado testimonio de Su amistad. Muchas palabras podría emplear aquí para hacer distinción entre la oración pública y, privada; como también entre la del corazón y la de los labios. Asimismo podría decirse algo para establecer una diferencia entre los dones y las gracias en la oración; pero, dejando aparte este método, por esta vez he de ocuparme solamente en mostrarles el alma de la oración, sin la cual toda elevación de manos, de ojos, o de voces, carecería totalmente de propósito.

El método que me propongo seguir en esta ocasión será:

1. Mostrar lo que es la verdadera oración.
2. Mostrar lo que es orar con el Espíritu.
3. Lo que es orar con el Espíritu y con entendimiento.
4. Y finalmente, sacar una breve conclusión de lo tratado.

Juan Bunyan

I. LO QUE ES LA ORACION

Orar es derramar de modo sincero, consciente y afectuoso el corazón o alma ante Dios, por medio de Cristo, en el poder y ayuda del Espíritu Santo, buscando las cosas que Dios ha prometido, o que son conforme a su Palabra, para bien de la iglesia, con fiel sumisión a Su voluntad.

Esta descripción contiene, pues, siete puntos. Orar es derramar el corazón o alma: 1. De modo sincero; 2. De modo consciente; 3. De modo afectuoso, derramando el alma ante Dios, por medio de Cristo; 4. En el poder o ayuda del Espíritu Santo; 5. Buscando las cosas que Dios ha prometido, o que son conforme a su Palabra; 6. Para bien de la iglesia; 7. Con fiel sumisión a la voluntad de Dios.

1. En cuanto al primer punto: Es derramar de modo sincero el alma ante Dios. La sinceridad es una gracia que forma parte de todas las demás que Dios nos da, y de todas las actividades del cristiano, influyendo en ellas, pues de lo contrario Dios no las miraría. Así ocurre en la oración, como particularmente dice David, hablando de este tema: "A El clamé con mi boca, y ensalzado fue con mi lengua. Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 66: 17, 18). La sinceridad es parte de la oración, pues sin ella Dios no la consideraría como tal. "Y me buscaréis y hallaréis, por que me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jeremías 29:13). La falta de sinceridad hizo que Jehová rechazara las oraciones de que se nos habla -en Oseas 7:14, donde dice: " Y no clamaron a mí con su corazón" (es decir, en sinceridad), "cuando aullaron sobre sus camas". Mas oran para simular, para exhibirse hipócritamente, para ser vistos de los hombres y aplaudidos por ello. La sinceridad es lo que Cristo encomió en Natanael, cuando éste estaba debajo de la higuera: "He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño". Probablemente este buen hombre había estado derramando su alma a Dios en oración bajo la higuera, haciéndolo en espíritu sincero y sin doblez, ante el Señor. La oración que contiene este elemento como uno de sus ingredientes -principales, es la oración que Dios escucha. Así vemos que "La oración de los rectos es Su gozo" (Proverbios 15: 81 ¿Por qué ha de ser la sinceridad uno de los elementos esenciales de la oración que Dios acepta? Porque la sinceridad induce al alma a abrir – el corazón ante Dios con toda sencillez a presentarle el caso llanamente, sin equívocos; a reconocer la culpa sin disimulos; a clamar a Dios desde lo más profundo del corazón, sin palabras huecas y artificiosas. "Escuchando, he oído a Ephraim que se lamentaba: me azotaste, y, fui castigado como novillo indómito.." La sinceridad es la misma cuando está acallada en un rincón que cuando se presenta ante el mundo. No sabe llevar - dos máscaras, una para comparecer- ante los hombres,- y otra para los breves momentos - que pasa en soledad. Ella se ofrece al ojo escrutador de Dios, y ancia estar con El en el deber de la oración. No tiene aprecio por el esfuerzo de labios, pues sabe que lo que Dios mira es el corazón - de donde brota- para ver si es la oración que va acompañada de sinceridad.

2. Es derramar de modo sincero y consciente el corazón o alma. No se trata, como muchos piensan, de unas cuantas expresiones balbuceantes, de un parloteo lisonjero, sino de un movimiento consciente del corazón. La oración contiene un elemento de múltiple y auténtica sensibilidad: unas veces para la carga que representa el pecado, otras para la acción de gracias por las mercedes recibidas, otras para la predisposición de Dios a otorgar su misericordia, etc.

(a) Conciencia de la necesidad de misericordia, a causa del peligro que representa el pecado. El alma, digo, pasa por una experiencia en la que suspira, gime, y el pecado la quebranta; pues la verdadera oración, de la misma manera que la sangre brota de la carne cuando ésta es aprisionada por férreas ligaduras, expresa balbuceante lo que procede del corazón cuando éste se halla abrumado por el dolor y la amargura. David grita, clama, llora, desmaya en su corazón, los ojos le fallan, se seca, etc.; Ezequías se expresa quejumbrosamente cual paloma; Efraín se lamenta; Pedro llora amargamente; Cristo experimenta lo que es "gran clamor y lágrimas"; y todo esto por ser conscientes de la justicia de Dios, de la culpa del pecado, de los dolores del infierno y de la destrucción. "Rodeáronme los dolores de la muerte, me encontraron las angustias del sepulcro: Angustia y dolor había yo hallado. Entonces invoqué el nombre de Jehová" (Salmo 116: 3, 4). Y en otro lugar: "Mi mal corría de noche" (Salmo 77:2). Y también: "Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día" (Salmo 38:6). En todos estos ejemplos, y en muchísimos más que podrían citarse, puede verse que la oración entraña una profunda conciencia motivada, ante todo, por la experiencia del pecado.

(b) A veces uno es gratamente consciente de la misericordia que recibe; misericordia que alienta, consuela, corrobora, vivifica, ilumina, etc. Así vemos cómo David derrama su alma para bendecir, alabar y magnificar al gran Dios por su bondad hacia unos seres tan pobres, viles y desdichados: "Bendice, alma mía, a Jehová; y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordia; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila" (Salmo 103: 1-5). Y así la oración de los santos se convierte a veces en alabanza y acción de gracias; mas no por eso deja de ser oración. Esto es un misterio; el pueblo de Dios ora con sus alabanzas; como está escrito: "Por nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias" (Filipenses 4: 6). El hacimiento de gracias ofrecido con plena conciencia es una poderosa oración a los -ojos de Dios, que prevalece ante El de modo inefable.

(c) En la oración, el alma se expresa a veces como sabiendo ya las bendiciones que ha de recibir, y esto hace que el corazón se inflame: "Tú, Jehová de los ejércitos", dice David, "revelaste al oído de tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa. Por esto tu siervo ha hallado en su corazón para hacer delante de ti esta súplica" (II Samuel 7:27). Esta confianza es la que movió a Jacob, David, Daniel y otros; la previa experiencia de las misericordias que iban a recibir. Sin trances ni éxtasis, sin balbucear de manera necia y hueca unas cuantas palabras escritas en un papel, sino con poder, con fervor y sin cesar, estos hombres presentaron gimiendo ante Dios su condición, experimentando, como he dicho, sus necesidades, su miseria, y confiando en Sus propósitos de misericordia.

Tener una buena experiencia del pecado y la ira de Dios, junto con estímulos recibidos de Dios para venir a El, es mejor breviario que el sacado de los libros papistas usados en la misa, que no son otra cosa que retazos y fragmentos de la imaginación de algunos papas, algunos frailes, y que se yo quien más.

3. La oración es derramar el alma ante Dios de modo sincero, consciente y afectuoso. ¡Oh, qué calor, qué fortaleza, vida, vigor y afecto los de la verdadera oración! ---

Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. He codiciado tus mandamientos. Deseado he tu salud. Codicia y aun ardientemente desea mi alma los atrios de Jehová: mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo." Observad cómo dice: "Mi alma codicia", etc. ¡Oh, qué afecto se descubre en esta oración! Lo mismo encontraréis en Daniel: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y haz; no pongas dilación, por amor de ti mismo, Dios mío". Cada sílaba está impregnada de cálida vehemencia. Esto es lo que Santiago llama oración eficaz. Así también en Lucas 22:44: ---Y estando en agonía, oraba más intensamente", o sea, que sus afectos iban más y más lejos hacia Dios en busca de Su mano ayudadora. ¡Oh, cuán lejos están de parecerse las oraciones de la mayoría de los hombres a la verdadera oración que sube al trono de Dios! ¡Qué lástima que la mayor parte no sienta este ardor en su conciencia! y en cuanto a los que lo sienten, es de temer que muchos de ellos no sepan lo que es derramar su corazón y su alma ante Dios de manera sincera, consciente y afectuosa. Más aun, se contentan con un mero ejercicio de labios y cuerpo, musitando unas cuantas oraciones de memoria. Cuando los afectos forman de veras parte de la oración, el hombre todo participa en ella, y de tal manera, que el alma, por decirlo así, prescinde de todo antes que privarse del bien deseado, o sea, la comunión y el solaz son Cristo. Por eso los santos han gastado sus fuerzas y han perdido sus vidas antes que privarse de la bendición (Salmo 79:3; 38:9, 10; Génesis 32: 24).

Todo este formulismo se observa sobremanera en la ignorancia, irreverencia y envidia que reina en los corazones de aquellos que son tan celosos de las formas de la oración, pero no de su poder. Apenas hay uno entre cuarenta que sepa lo qué es haber nacido de nuevo; tener comunión con el Padre por medio del Hijo; experimentar el poder de la gracia santificante en su corazón. A pesar de todas sus oraciones, viven todavía vidas llenas de maldición, embriaguez, lascivia y abominación, Malicia, persiguiendo a los amados hijos de Dios. ¡Oh qué horrendo juicio vendrá sobre ellos; juicio contra el cual todas sus reuniones hipócritas, y todas sus oraciones, jamás podrán ayudarles o protegerles!

Asimismo, orar es derramar el corazón o alma. Hay en la oración un acto en que lo íntimo se revela, en qué el corazón se rinde a Dios, en que el alma se derrama afectuosamente en forma de peticiones, suspiros y gemidos: -"Delante de ti están todos mi deseos (dice David en el Salmo 38: 9),---y mi suspiro note es oculto." Y también: "Mi alma tiene sed de -Dios, del Dios vivo: ¡cuándo vendré, y compareceré delante de Dios! Me acordaré de estas cosas, y derramaré sobre mí mi alma" (Salmo 42:2-4). Obsérvese que dice: "Derramaré... mi alma", expresión que significa que en la oración la vida misma y todas las fuerzas vuelan hacia Dios. Como dice en otro lugar: "Esperad en El en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de El vuestro corazón" (Salmo 62: 8). Esta es la oración ala que se ha dado promesa de liberación para la pobre criatura cautiva y bajo servidumbre. "Si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma" (Deuteronomio 4:29).

Prosigamos: Orar es derramar el corazón o alma ante Dios. Esto muestra también la excelencia del espíritu de oración. Es a la presencia del gran Dios adonde la oración se retira: "¡Cuándo vendré, y compareceré delante de Dios!" El alma que de veras ora así, ve la vanidad de todas las cosas debajo del cielo; ve que sólo en Dios hay descanso y satisfacción para ella. La viuda y la desolada ponen su confianza en Dios. Por esto dice David: "En ti, oh Jehová, he esperado; no sea yo confundido para siempre. Hazme escapar, y líbrame en tu justicia: inclina tu

oído y sálvame. Séme por peña de estancia, adonde recurra yo continuamente. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza. Dios mío, líbrame de la mano del impío, de la mano del perverso y violento. Porque tú, oh Señor, eres mi esperanza: seguridad mía desde Mi juventud" (Salmo 71: 1-5). Muchos hablan de Dios con palabrería; mas la oración verdadera hace de El su esperanza, su sostén, y su todo. La verdadera oración no ve nada sustancial ni que valga la pena excepto Dios. Y lo hace (como he dicho antes) de manera sincera, consciente y afectuosa.

Seguiremos diciendo que la oración es derramar el corazón o alma de manera sincera, consciente y afectuosa a través Cristo. Es necesario añadir esto, a través de Cristo, pues de lo contrario cabe dudar si es oración, por mucha pompa y elocuencia que emplee.

Cristo es el camino por el cual el alma tiene acceso a Dios, y sin el cual es imposible que ni un solo deseo llegue a oídos del Señor de Sabaoth: "Si algo pidiereis en mi nombre todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré". Esta fue la manera en que Daniel oró por el pueblo de Dios; en el nombre de Cristo: "Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor" (Daniel 9:17). Y lo mismo David: ---Por amor de tu nombre (es decir, por amor de tu Cristo), oh Jehová, perdonarás también mi pecado; porque es grande- (Salmo 25:11). Ahora bien, esto no quiere decir que todo el que menciona el nombre de Cristo en sus oraciones esté orando realmente en Su nombre. El acercarse a Dios por Cristo es la parte más difícil de la oración. Al hombre le es más fácil experimentar Sus obras, e incluso desear sinceramente Su misericordia, que poder venir a Dios por Cristo. El que viene a Dios a través, de Cristo, ha de conocerle primeramente: pues el que a Dios se allega, ha de creer que le hay. Y también el que viene a Dios ha de conocer a Cristo: ---Ruégote que me muestres ahora tu camino", dice Moisés, "para que te conozca" (Éxodo 33: 13).

Sólo el Padre puede- revelar a este Cristo. Y venir a través de Cristo es que sea dado al alma poder de Dios para guarecerse a la sombra del Señor Jesús, como el que se cobija en un refugio. Por esto David llama a Cristo muchas veces su escudo, torre, fortaleza, roca de confianza, etc. Y le da estos nombres, no solamente porque por El venció a sus enemigos, sino porque por El halló favor cerca de Dios Padre. A Abraham le fue dicho: "No temas, Abram; yo soy tu escudo", etc. (Génesis 15:-1). Así, pues, el que viene a Dios a través de Cristo ha de tener fe, por la cual se reviste de El, y en El aparece ante Dios. Ahora bien, el que tiene fe ha nacido de Dios, ha nacido de nuevo, y por tanto llega a ser uno de Sus hijos, en virtud de lo cual es unido a Cristo y hecho miembro suyo. Por consiguiente, una vez miembro de Cristo, ya tiene acceso a Dios. Digo miembro de Cristo, por la manera en que Dios le considera como parte de su Hijo; como parte de su cuerpo, de su carne y de sus huesos; unido a El por la elección, la conversión, la iluminación. Dios pone el Espíritu en el corazón de ese pobre hombre, de modo que ahora se allega a Dios en virtud de los méritos de Cristo; en virtud de su sangre, su justicia, su victoria, su intercesión. Ya está ante El, siendo acepto en su Hijo amado. Al ser así esta pobre criatura miembro del Señor Jesús, y tener, por tanto, acceso al trono de Dios, en virtud de esta unión, el Espíritu Santo es puesto también en él, capacitándole para derramar su alma ante Dios y ser oído de El.

4. La oración es derramar el corazón o alma de modo sincero, consciente, afectuoso ante Dios por medio de Cristo en el poder y ayuda del Espíritu. Estas cosas dependen de tal

modo unas de otras que es imposible que haya oración sin que todas ellas concurren. Por muy excelente que sea nuestro hablar, Dios rechaza toda súplica que no lleve estas características. Si no se derrama el corazón sincera, consciente y afectuosamente delante de El, y eso por medio de Cristo, no se hace otra cosa sino un mero esfuerzo de labios, lo cual está lejos de ser agradable a los oídos de Dios. Así también, si no es en el poder y ayuda del Espíritu, será como el fuego extraño que ofrecieron los hijos de Aarón (Levítico 10:1): Mas de esto hablaré más extensamente más adelante. Entretanto concluimos que lo que no se pide por medio de la enseñanza y ayuda del Espíritu no puede ser conforme a la voluntad de Dios.

5. La oración consiste en derramar el corazón o alma, de manera sincera, consciente, afectuosa, delante de Dios, por medio de Cristo, en el poder y ayuda del Espíritu, pidiendo lo que El ha prometido, y lo que es conforme a su Palabra. -La oración es oración cuando se halla dentro del ámbito y del designio de la Palabra de Dios; pues cuando la petición es ajena al Libro, es blasfemia o, cuando menos-, vana garrulería. Por esto David, en su oración, no apartaba la vista de la, Palabra- de -Dios: "Se pegó al polvo mi alma; vivifícame según tu palabra" (Salmo 119:25). Y también: "Se deshace mi alma en ansiedad: corrobórame según tu palabra " (Salmo: 119:49). Ciertamente el Espíritu Santo no vivifica ni mueve directamente el corazón del cristiano sin la Palabra, sino por, con y a través de ella, trayéndola al corazón, y abriendo éste, por cuyo medio el hombre es impulsado a allegarse al Señor, y contarle su condición, y también a argumentar y suplicar conforme a su Palabra." Así ocurrió en el caso de Daniel, aquel poderoso profeta del Señor. Entendiendo por los libros que la cautividad de los hijos de Israel estaba cercana a su fin, ora a Dios conforme a la Palabra: "Yo Daniel miré atentamente en los libros", (los escritos de Jeremías) "el número de los años, del cual habló Jehová al profeta Jeremías, que había de concluir la asolación de Jerusalén" en setenta años, Y volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, en ayuno, y cilicio, y ceniza" (Daniel 9:2, 3). - Por todo lo cual, el Espíritu es el ayudador y director del alma, cuando ésta ora conforme a la voluntad de Dios, porque es el mismo Espíritu el que la regula por y según la Palabra de Dios y su promesa. Por esto nuestro Señor Jesucristo mismo se retuvo en una ocasión, aunque su vida dependía de ello: ---Puedo ahora orar a mi Padre, y El me daría más de doce legiones de ángeles; pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que así conviene que sea hecho?" Como diciendo: Si hubiera tan sólo una palabra acerca de ello en la Escritura, pronto estaría lejos de las manos de mis enemigos: los ángeles me ayudarían. La Escritura no justificaba tal clase de oración. Se ha de orar conforme a la Palabra y a la promesa. El Espíritu ha de dirigir por medio de la Palabra, tanto en la manera como en el tema de la oración. "Oraré con el espíritu, mas oraré también con entendimiento" (1Corintios 14:15). Pero no hay entendimiento sin la Palabra, pues sin ella, ¿qué sabiduría queda?

6. Para bien de la Iglesia. Esta cláusula abarca todo lo que tiende a la gloria de Dios, la alabanza de Cristo, o el provecho de su pueblo; pues Dios, Cristo y su pueblo están de tal manera unidos, que si se ora por el bien de uno, a saber, la iglesia, se ora necesariamente por la gloria de Dios y la alabanza de Cristo. De la manera que Cristo está en el Padre, los santos están en Cristo; y el que toca a los santos, toca la niña del ojo de Dios. Orad pues por la paz de Jerusalén y oraréis por todo lo que debéis Jerusalén no tendrá jamás paz perfecta hasta estar en el cielo; y no hay cosa que Cristo desee más que tenerla allí, en el lugar que Dios, por medio de Cristo, le ha dado. Así, pues, el que ora por la paz y el bien de Sión, o la iglesia, pide en oración lo que Cristo ha comprado con su sangre y lo que el Padre le ha dado. Ahora bien, el que ora pidiendo esto, ha

de hacerlo pidiendo abundancia de gracia para la iglesia; ayuda contra todas sus tentaciones; pidiendo que Dios no permita que nada la aflija con demasiada dureza; que todas las cosas le ayuden a bien; que El les guarde irrepreensibles y sencillos, para gloria Suya, hijos sin culpa en medio de la nación maligna y perversa. Esta es la esencia de la oración de Cristo en Juan 17. Y todas las -oraciones de Pablo seguían este curso, como lo muestra el texto bíblico: "Y esto ruego que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que discernáis lo mejor; que seáis sinceros y sin ofensa para el día de Cristo; llenos de frutos de justicia, que son por Jesucristo, a gloria y loor de Dios" _(Filipenses 1:9-11). Como veis, es una oración corta, mas Bella de buenos deseos para la iglesia, desde el principio al fin; para que esté firme y persevere, manifestándose en la mejor disposición espiritual, o sea irrepreensiblemente, con sinceridad y sin ofensa, hasta el día de Cristo, sean cuales fueren las tentaciones o persecuciones a que se viere sometida.

7. La oración se somete a la voluntad de Dios y dice, como Cristo enseñó: "Hágase tu voluntad". Por lo cual el pueblo del Señor, con toda humildad, ha de ponerse a sí mismo, sus oraciones y todo lo que tiene, a los pies de su Dios, para que El disponga de ello según mejor le agrade en su sabiduría celestial. Y todo sin dudar de que El responderá al deseo de Su pueblo de la manera más conveniente para ellos y para Su propia gloria. Por consiguiente, cuando los santos oran sumisos a la voluntad de Dios, no significa que deben poner en duda Su amor y bondad hacia ellos; sino que, debido a que no siempre son igualmente prudentes, circunstancia que a veces aprovecha Satanás para tentarles a orar por aquello que, si lo alcanzaran, no redundaría en gloria de Dios ni en bien de Su pueblo, tenemos esta confianza en El, que si demandáremos alguna cosa conforme a Su voluntad, El nos oye. Y si sabemos que El nos oye en cualquier cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado, es decir, pidiéndole en espíritu de gracia y oración. Mas, como dije antes, la petición que no es presentada en y por medio del Espíritu, no será atendida, por ser ajena a la voluntad de Dios; pues sólo el Espíritu conoce ésta, y por tanto es el único que sabe cómo orar en conformidad: Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios " (1Corintios 2:11). Más adelante volveremos a tocar este punto.

II. ORANDO CON EL ESPIRITU

"Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (1Corintios 14:15). Ahora bien, orar con el Espíritu (pues esto es lo que hace el que ora, si ha de ser acepto a Dios) es, como se ha dicho antes, allegarse a Dios sincera, consciente y afectuosamente por medio de Cristo; lo cual ha de ser necesariamente obra del Espíritu de Dios. No hay hombre ni iglesia en el mundo que pueda allegarse a Dios en oración, si no es con la ayuda del Espíritu Santo: " Por El los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre " (Efesios 2:18). Por lo cual Pablo dice: "Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos" (Romanos 8: 26, 27). Voy a comentar en breves palabras este texto que descubre tan plenamente el espíritu de oración y la incapacidad del hombre para orar sin él.

1. Considérese primeramente la persona que está hablando, o sea Pablo, y en su persona todos los apóstoles. Nosotros los apóstoles, oficiales extraordinarios, edificadores prudentes (alguno, incluso, ha sido arrebatado al paraíso), "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos". No sabemos qué cosas hemos de pedir; ni a quién oramos, ni por qué medio oramos; nada de esto sabemos sino por la ayuda del Espíritu. ¿Hemos de orar pidiendo tener comunión con Dios por Cristo? ¿Hemos de pedir fe, justificación por la gracia, un corazón verdaderamente santificado? Nada de esto sabemos; "porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1Corintios 2:11).

Asimismo, si no saben cuál ha de ser el tema de la oración, a no ser por la ayuda del Espíritu, sin El tampoco saben cómo deben orar; por lo cual, el apóstol añade: "El Espíritu ayuda nuestra flaqueza: porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos." No podían cumplir este deber tan airosa y plenamente como algunos en nuestros días creen que pueden. Aun en sus mejores momentos, cuando el Espíritu Santo les ayudaba, los apóstoles habían de contentarse con proferir suspiros y gemidos indecibles, ya que les faltaban palabras para expresarse.

Mas en esto los sabios de nuestros días están tan especializados, que ya saben de antemano cómo deben orar y sobre qué tema; fijando tal oración para tal día, aun veinte años antes. Una para Navidad, otra para Pascua, y la que corresponde seis días después, etc. Han contado aun las sílabas que deben contener. También para cada festividad han preparado ya las oraciones para aquellos que aun no han venido a este mundo. Además, os dirán cuándo debéis arrodillaros, cuándo estar en pie, cuándo sentaros, y cuándo moveros. Todo lo que los apóstoles no llegaban a cumplir, por no poder componer de manera tan meticulosa, a causa del temor de Dios -que les constreñía a orar como debían.

"Porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos." Obsérvese esto: "como conviene"; pues el no pensar en esta palabra, o por lo menos el no entenderla en su espíritu y verdad, ha hecho que algunos inventaran, como Jeroboam, otra manera de adorar distinta de la que está revelada en la Palabra de Dios, tanto en lo que respecta al tema como a la forma. Pero Pablo dice que es preciso que oremos como conviene; cosa que no podemos hacer ni con todo el arte, la habilidad, la astucia y el ingenio de los hombres y de los ángeles. "Porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu.... "Sí, el "mismo Espíritu" "ayuda nuestra flaqueza"; no el Espíritu y la concupiscencia del hombre: una cosa es lo que el hombre puede imaginar e inventar en su propio cerebro, y otra lo que se le manda y debe hacer. Muchos piden y no reciben, porque piden mal (véase Santiago 4:3), por lo cual jamás llegan ni siquiera a estar cerca de poseer lo que piden. La oración accidental fortuita, no disuade a Dios ni hace que El responda. Cuando se está en oración; Dios escudriña el corazón, para ver de qué raíz y espíritu procede. "Mas el que escudriña los corazones, sabe" (es decir, aprueba), "cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos" (Romanos 8:27). Pues El nos -oye solamente en aquello que es conforme a su voluntad, y en nada más. Y solamente el Espíritu puede enseñarnos a pedir, porque es el único que todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Sin este Espíritu, aunque tuviéramos mil devocionarios, "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos", -pues nos acompaña aquella flaqueza que nos incapacita totalmente para tal menester. Flaqueza que consiste en lo siguiente, bien que es difícil de describir:

Sin el Espíritu, el hombre es tan flaco que por nos que use los demás medios no puede tener un solo pensamiento justo relacionado con la salvación y con Dios, con Cristo, o con sus bendiciones. Por tanto, el Espíritu dice a los impíos: "No hay Dios en todos sus pensamientos" (Salmo 10:4); a menos que se lo imaginen según ellos son. "Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (véase Génesis 8:21). Si, pues, como se ha demostrado antes, no pueden concebir correctamente al Dios a quien oran, ni al Cristo en cuyo nombre oran, ni las cosas por las cuales oran, ¿cómo podrán dirigirse personalmente a Dios sin que el Espíritu ayude su flaqueza? El Espíritu en persona es el que revela estas cosas a nuestras pobres almas, y quien nos las hace entender; por lo cual Cristo, cuando prometió enviar al Espíritu, al Consolador, dijo a sus discípulos: "Tomará de lo mío y os lo hará saber." Es como si hubiera dicho: "Sé que por naturaleza estáis en tinieblas e ignorancia para entender mis cosas; y aunque probéis este sistema o el otro, vuestra ignorancia continuará; el velo está puesto sobre vuestro corazón, y nadie puede quitarlo, ni daros entendimiento espiritual, si no es el Espíritu."

La oración verdadera ha de proceder, tanto en su expresión externa como en su intención espiritual, de lo que nuestra alma percibe bajo la luz del Espíritu; de lo contrario será rechazada como cosa vana y abominable, porque el corazón y la lengua no van al unísono - ni tampoco pueden, por cierto, a menos que el Espíritu ayude nuestra flaqueza-. David sabía esto muy bien, y por eso clamó: Señor, abre mis labios; y publicará mi boca tu alabanza (Salmo 51:15). Espero que nadie imaginará que David no podía hablar y expresarse tan bien como los demás, como cualquiera de nuestra generación, según es claramente manifiesto en sus palabras y obras. No obstante, cuando este hombre excelente, este profeta, viene a adorar a Dios, el Señor tiene que ayudarlo, pues de lo contrario nada puede hacer. Era incapaz de pronunciar ni una palabra acertada a menos que el Espíritu mismo ayudara su flaqueza.

2. Es preciso que la oración sea en el Espíritu, para que sea eficaz. Las oraciones que no son movidas desde arriba son como los hombres: necias, hipócritas, frías e indecorosas; y como aquellos que las pronuncian, vienen a ser abominación a Jehová. No es la excelencia de la voz, ni el aparente afecto y fervor del que ora, lo que Dios mira o considera, sino el Espíritu. El hombre, como tal, está tan lleno de toda suerte de impiedad, que no solamente no puede tener una palabra o un pensamiento limpio, sino mucho menos una oración pura y aceptable a Dios por Cristo. Por lo cual, los fariseos, a pesar de sus oraciones, o a causa de ellas, fueron rechazados. No cabe la menor duda de que, en cuanto a palabras, eran perfectamente capaces de expresarse; es más, destacaban por lo prolijo de sus oraciones; pero no tenían la ayuda del Espíritu de Jesucristo, por lo cual, lo que hacían, lo hacían solamente con su flaqueza. Todo esto era la causa de que no pudieran derramar sus almas a Dios de modo sincero, consciente y afectuoso, en el poder del Espíritu. Esta es la oración que va al cielo, por ser elevada en el poder del Espíritu, pues ...

3. Solamente el Espíritu puede claramente mostrar al hombre lo miserable que es por naturaleza, capacitándole así para la oración. Hablar es hablar tan sólo, como decíamos, y no es sino culto de labios cuando no hay una experiencia realmente eficaz de su bajeza. ¡Oh, qué horrenda hipocresía la de la mayoría de corazones! ¡Cuán horrenda mentira la de muchos hombres que oran hoy día sólo para que les vean! ¡Y todo esto por no tener experiencia de su propia miseria! Mas el Espíritu muestra amorosamente al alma su desdicha, le indica su posición y lo que probablemente va a ser de ella; le muestra asimismo lo intolerable de su condición. El Espíritu es quien redarguye eficazmente del pecado y de la miseria de una vida sin Cristo,

poniendo así al alma en una actitud apacible, grave, consciente, afectuosa, para orar a Dios conforme a su Palabra.

4. Aunque los hombres vieran sus pecados, no orarían sin la ayuda del Espíritu. De no ser por El, huirían de Dios, como Caín y Judas, y desesperarían por completo de hallar misericordia. Cuando una persona tiene conciencia de su pecado y de la maldición de Dios, es difícil persuadirle de que debe orar; pues su corazón dice: "No hay esperanza; es en vano buscar a Dios. Soy una criatura tan vil, infeliz y maldita, que jamás se me tendrá en cuenta." Entonces viene el Espíritu, sosiega al alma, la ayuda a levantar el rostro hacia Dios infundiéndole un poco de la experiencia de lo que es la misericordia, para que se acerque a Dios.

5. Ha de ser en el Espíritu o con El; pues si no es así, nadie puede saber cómo ha de allegarse a Dios como conviene. Los hombres podrán decir fácilmente que se allegan a Dios en su Hijo; pero allegarse a Dios "como conviene", y conforme a Su voluntad, es lo más difícil que concebirse pueda, si se quiere hacer sin el Espíritu. Es el Espíritu quien lo escudriña todo, aun lo profundo de Dios. Es el Espíritu quien debe mostrarnos la manera de allegarnos a Dios, y también aquellas cosas de Dios que le hacen deseable: "Ruegote que me muestres ahora tu camino", dice Moisés, "para que te conozca" (Éxodo 33:13); y Juan 16:14: "Tomará de lo mío, y os lo hará saber."

6. Porque sin el Espíritu, aunque el hombre viera su miseria, y también la manera de allegarse a Dios, jamás podría aspirar a tener participación en El, en Cristo, o en la misericordia, sin contar con la aprobación divina. ¡Qué tarea tan grande, para la pobre alma que percibe su pecado y la ira de Dios, decir en fe esta sola palabra: Padre! Os digo que, cualquiera que sea la opinión de los hipócritas, ésta es la mayor dificultad para el cristiano verdadero: no puede decir que Dios es su Padre. -¡Ah! -dice -no me atrevo a llamarle Padre.". Por esto precisamente es necesario que el Espíritu sea enviado al corazón de los del pueblo de Dios, para clamar: ¡Padre! Es éste un esfuerzo que, sin el Espíritu, nadie puede realizar conscientemente y en fe. Cuando digo conscientemente, quiero decir sabiendo lo que es ser hijo de Dios, haber nacido de nuevo. Y cuando digo en fe, quiero decir que el alma cree, por experiencia genuina, que la obra de la gracia ha sido hecha en ella. Esta es la única manera de llamar a Dios, Padre; y no, como muchos hacen, recitar de memoria, de modo balbuceante, el Padrenuestro, tal como está en la letra del libro.

No; la vida de oración estriba en que un hombre, en o con el Espíritu, después de haber sido sensibilizado en cuanto al pecado, y enseñado en cuanto a cómo debe allegarse al Señor en busca de misericordia, viene, digo, en el poder del Espíritu, y clama: ¡Padre! Esa única palabra, pronunciada en fe, es mejor que mil oraciones - como los hombres las llaman - escritas y leídas de manera oficial, indiferente y tibia. ¡Oh, cuán lejos están las gentes de darse cuenta de esto, cuando se dan por satisfechos con saber de memoria, y enseñarlo a sus hijos, el Padrenuestro, el Credo y otros dichos; cuando como Dios sabe, no tienen una verdadera experiencia de sí mismos, de su miseria, de lo que Dios exige que le demos por medio de Cristo! ¡Ah, pobre alma! Reflexiona sobre tu miseria y clama a Dios para que te muestre tu confusa ceguera e ignorancia antes de que te habitúes, y enseñes a tus hijos, a llamarle Padre de forma rutinaria. Sabed que decir que Dios es vuestro Padre, a modo de oración, sin tener una experiencia de la obra de la gracia en vuestras almas, es decir que sois judíos sin serlo, y por tanto mentir. Vosotros decís:

Padre nuestro; Dios dice: Tú blasfemas. Vosotros decís que sois judíos, es decir, verdaderos cristianos; Dios dice: Mientes. "He aquí, yo doy de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas mienten." Y "Yo sé... la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás" (Apocalipsis 3:9 y 2:9).

Y este pecado es tanto mayor, cuanto más el pecador se jacta con pretendida santidad, cual fue la postura de los judíos ante Cristo en el capítulo 8 de Juan. Vemos allí cómo Cristo les habló de su condenación en términos inequívocos, a pesar de las hipócritas pretensiones de ellos. Y la historia se repite. Algunos pretenden ser considerados los únicos hombres honrados, y todo porque con sus lenguas blasfemas y corazones hipócritas van a la iglesia y dicen: ¡Padre nuestro! Mas aun así, a pesar de que cada vez que dicen a Dios, "Padre nuestro", blasfeman tan abominablemente, necesitan hacerlo por deber. Y cuando otros, de principios más sobrios, sienten escrúpulos de tan vanas tradiciones, se les considera como enemigos de Dios y de la nación. El pueblo de Dios como siempre, es considerado como pueblo turbulento, sedicioso y faccioso.

Permíteme pues que razone un poco contigo, pobre alma ciega, ignorante y aturdida. (a) Quizás tu mejor oración sea decir: "Padre nuestro que estás en los cielos, etc. ¿Conoces el significado de las primeras palabras de esta oración? ¿Puedes sin vacilación clamar, uniéndote al resto de los santos: "Padre nuestro"? ¿Has nacido realmente de nuevo? ¿has recibido el espíritu de adopción? ¿te ves a ti mismo en Cristo, y puedes allegarte a Dios como miembro de su Hijo? ¿o ignoras estas cosas, y aun osas decir: "Padre nuestro"? ¿No es el diablo tu padre? ¿y no haces las obras de la carne? ¡y te atreves a decir a Dios: "Padre nuestro"! Peor aun, ¿no eres uno de los que encarnizadamente persiguen a los hijos de Dios? ¿no los has maldecido en tu corazón muchas veces? ¡y aun permites que de tu garganta blasfema salgan las palabras: "Padre nuestro"! El es Padre de aquellos a quienes aborreces y persigues. Del mismo modo que el diablo se presentó entre los hijos de Dios (Job 2:1) cuando éstos vinieron a comparecer ante el Padre, así ocurre ahora: si a los santos se les manda orar diciendo "Padre nuestro", todo el populacho ciego e ignorante del mundo entero ha de usar también las mismas palabras: "Padre nuestro".

(b) ¿Y dices de veras "Santificado sea tu nombre", de corazón? ¿te esfuerzas de todas las maneras honestas y legítimas en ensalzar el nombre, la santidad y la majestad de Dios? ¿Es tu corazón, tu manera de vivir, compatible con este pasaje? ¿te esfuerzas en imitar a Cristo en todas las obras de justicia que Dios pide de ti, y que te manda? Así es, si eres de los que pueden en verdad clamar, con la aprobación de Dios: "Padre nuestro". ¿O no será éste el último de tus pensamientos en todo el día? ¿No demuestras claramente que eres un hipócrita maldito, al condenar con tú práctica diaria lo que pretendes mostrar en tu oración con tu lengua embustera?

(c) ¿De veras quisieras que viniese el reino de Dios, y que se hiciese su voluntad en la tierra como en el cielo? Más aun, aunque tú, en la letra, dices: Venga tu reino, ¿no es cierto que te llevaría al borde de la locura oír el sonido de la trompeta, ver cómo los muertos resucitan, y tú mismo tener que comparecer delante de Dios, a dar cuenta de todo lo que has hecho con el cuerpo? Más aun, ¿acaso el sólo pensarlo no te disgusta en sumo grado? Y si la voluntad de Dios se hace en la tierra como en el cielo, ¿no va a ser tu ruina? En el cielo no hay un solo rebelde contra Dios; y si procede igualmente con la tierra, ¿no tendrá que lanzarte al infierno? Y lo mismo en cuanto al resto de las peticiones. ¡Ah, qué triste aspecto tendrían aquellos hombres, y

con qué terror caminarían por el mundo, si supieran la mentira y la blasfemia que sale de su boca aun en su más perfecta simulación de santidad! ¡Que el Señor os despierte y os enseñe, pobres almas, a atender en toda humildad para que no seáis temerarios e ignorantes tocante a vuestro propio corazón, y mucho más en cuanto a vuestra boca! Cuando comparezcas delante de Dios (como dice el sabio), "no te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra" (Eclesiastés 5:2), especialmente a llamar a Dios "Padre" sin que tengas alguna bendita experiencia. Mas prosigamos nuestras consideraciones.

7. Para que la oración sea aceptada, ha de ser oración con el Espíritu, puesto que solamente el Espíritu puede levantar el alma o corazón a Dios en oración: "Del hombre son las disposiciones del corazón: mas de Jehová la respuesta de la lengua" (Proverbios 16:1). Es decir en toda obra hecha para con Dios (y particularmente en la oración), si el corazón va acompañado por la lengua, ha de estar preparado por el Espíritu de Dios. En realidad la lengua es muy capaz por si misma de actuar sin temor ni sabiduría; pero cuando es la respuesta del corazón, y de un corazón que ha sido preparado por el Espíritu de Dios, entonces habla según Dios ordena y desea.

Palabras poderosas las de David cuando dice que "levanta su corazón y su alma a Dios" (Salmo 25:1). Es ésta una obra demasiado grande para que el hombre pueda hacerla sin el poder del Espíritu.. Y creo que uno de los principales motivos de que el Espíritu de Dios sea llamado "Espíritu de gracia y de oración" (Zacarías 12:10), es por ser El quien ayuda al corazón a suplicar de veras. Es por esto que Pablo dice: "Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu" (Efesios 6:18); y: "Oraré con el Espíritu" (1Corintios 14: 15). La oración, si el corazón no está en ella, es como un sonido muerto; y el corazón, si no es levantado por el Espíritu, jamás orará a Dios.

8. Así como el corazón ha de ser levantado por el Espíritu para poder orar debidamente, también ha de ser sostenido por el Espíritu, una vez levantado, para poder continuar orando. No sé qué ocurre en los corazones de los demás; pero estoy seguro de lo siguiente:

Primero: Es imposible que los breviaros que los hombres han hecho levanten o preparen el corazón. Tal cosa es obra exclusiva de Dios mismo.

Y en segundo lugar: Estoy seguro de que son igualmente impotentes para sostener el corazón, una vez levantado. Y, sin duda, ésta es la verdadera esencia de la oración: que el corazón sea sostenido cerca de Dios mientras se ora. ¡Difícil le era a Moisés mantener los brazos en alto hacia Dios en oración; pero mucho más difícil es mantener en alto el corazón!

Dios se queja precisamente de esto, de que "¿este pueblo de labios me honra, mas su corazón lejos está de mí" (Mateo 15: 8)., Y, ciertamente, si me permitís mencionar mi propia experiencia, os puedo contar las dificultades que encuentro para orar a Dios como conviene. Sé que lo que voy a decir es suficiente para que vosotros, hombres pobres, ciegos y carnales, os forméis extrañas opiniones de mí. Cuando voy a orar siento que mi corazón se toma reacío a allegarse a Dios; y no sólo eso, sino que una vez en su presencia experimento tanta aversión, que muchas veces me veo obligado a pedirle, primeramente, que tome mi corazón y lo atraiga a sí en Cristo, y cuando está allí, que lo mantenga cerca de El. Más aun, a menudo no sé qué pedir, tal es

mi ceguera; ni cómo orar, tal es mi ignorancia. ¡Ay de nosotros, si por la bendita gracia, el Espíritu no ayudare nuestra flaqueza! ¡Oh, las dificultades que el corazón encuentra para empezar en el momento de la oración! Nadie sabe cuántos caminos apartados y tortuosos torna el corazón para alejarse de la presencia de Dios. ¡Cuánto orgullo, también, si se le permite expresarse! ¡Cuánta hipocresía, en presencia de los demás! ¡Y qué poco se comprende entonces la oración entre Dios y el alma en secreto, a menos que el Espíritu haya acudido para ayudad Cuando el Espíritu entra en el corazón, hay oración verdadera, pero no antes.

9. Para que el alma ore debidamente, ha de ser en y con la ayuda y el poder del Espíritu; porque sin El, es imposible que un hombre se exprese en oración. Quiero decir que, sin la ayuda del Espíritu, no es posible que el corazón, de manera sincera, consciente y afectuosa, se derrame delante de Dios con aquellos suspiros y gemidos que deben salir de un alma que en verdad ora. No es la boca lo primero a considerar en la oración, sino ver si el corazón está tan lleno de afecto y fervor, en conversación con Dios, que impida a la lengua expresar su sentir y deseo. Cuando los deseos de un hombre son tan intensos, numerosos y potentes que todas las palabras, lágrimas y gemidos que proceden del corazón no basten para expresarlos, entonces puede decirse que verdaderamente desea. El Espíritu ayuda nuestra flaqueza, y hace y pide por nosotros con gemidos indecibles.

Pobre es la oración que queda plenamente expresada con determinado número de palabras.

El hombre que presenta de veras una petición a Dios jamás podrá expresar con su boca o pluma los inefables deseos, experiencias, afectos y anhelos que subieron al Señor en aquella oración. Las mejores oraciones contienen a menudo más gemidos que palabras; y las palabras que contienen no son sino una sombra pobre y superficial del corazón, la vida y el espíritu de esa oración. No están escritas las palabras de la oración que pronunció Moisés cuando partió de Egipto y fue perseguido por Faraón; pero sabemos que hizo resonar el cielo con sus clamores; clamores producidos por los indescriptibles e inescrutables gemidos de su alma en y con el Espíritu. Dios es Dios de espíritus, y sus ojos calan hasta el corazón. Dudo que tengan este detalle en cuenta aquellos que pretenden ser considerados como pueblo de oración.

Cuanto más se acerca un hombre a la perfección en la obediencia de una obra mandada por Dios, tanto más difícil la encuentra; y ello se debe a que la criatura, como criatura, no puede hacerla. Empero la oración (como antes se ha dicho) no es solamente un deber, sino una de las obligaciones más eminentes, y, por consiguiente, más difíciles. Bien sabía Pablo lo que decía, cuando escribió: "Oraré con el espíritu" (1Corintios 14:15). Sabía muy bien que no era lo que otros hubieran escrito o dicho lo que podía hacer de él un hombre que ora; solamente el Espíritu podía hacerlo.

10. Ha de un con el Espíritu, pues de lo contrario, al haber un defecto en el acto mismo, lo habrá también en su continuación; es más, se producirá un desfallecimiento. La oración es una ordenanza de Dios que debe perdurar necesariamente en el alma en tanto que ésta se halle al lado de acá de la gloria. Mas, como dije antes, si no es posible para un hombre levantar el corazón a Dios en oración, tampoco es posible mantenerlo allí sin la ayuda del Espíritu. Y siendo así, para que persevere en el tiempo orando a Dios, es preciso que sea con el Espíritu.

Cristo nos dice que "es necesario orar siempre, y no desmayar" (Lucas 18:1); y nos dice también cuál es la definición de un hipócrita: el que no persevera en oración bajo cualquier circunstancia, o si lo hace, no es con poder (Job 27: 10), es decir, en espíritu de verdadera oración, sino solamente por pretexto (Mateo 23: 14). Caer de la experiencia del poder a la superficialidad, es una de las cosas más fáciles; pero sostenerse en la vida, en el espíritu y el poder en lo que respecta a una obligación, especialmente tratándose de la oración, es una de las cosas más difíciles. Supone tal esfuerzo que un hombre, sin la ayuda del Espíritu, no puede orar ni una sola vez, y mucho menos perseverar en oración.

Jacob no solamente empezó, sino que se sostuvo en ello: "No te dejaré, si no me bendices" (Génesis 32: 26). Lo mismo hicieron el resto de los santos (Oseas 12:4). Pero esto no podría ser sin el espíritu de oración: es por el Espíritu que tenemos entrada al Padre (Efesios 2: 18). Otro caso notable se halla en Judas, cuando exhorta a los santos, por medio del juicio de Dios sobre los impíos, a estar firmes y perseverar en la fe del evangelio. Como medio excelente para ello, sin el cual sabían que jamás podrían hacerlo, dice: "Edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando por el Espíritu Santo" (Judas 20). Como diciendo: Hermanos, así como la vida eterna es puesta solamente para los que perseveran hasta el fin, así también no podéis perseverar hasta el fin a menos que prosigáis orando en el Espíritu. El gran fraude con que el diablo engaña al mundo, consiste en hacer que éste continúe en la superficialidad de cualquier deber; en la superficialidad de la predicación, de la asistencia a la predicación, de la oración, etc. Estos son los que tienen "apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella: y a éstos evita" (11 Timoteo 3: 5).

III. ORANDO CON EL ESPIRITU Y CON ENTENDIMIENTO

El apóstol hace una clara distinción entre orar con el Espíritu y orar con el Espíritu y con entendimiento: "Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (I Corintios 14:15). Esta distinción fue hecha debido a que los corintios no tenían en cuenta que todo cuanto hicieran debía ser para edificación propia, y también de los demás, no sólo para gloria propia, como estaba ocurriendo. Entregados a sus dones extraordinarios - como el hablar en lenguas diversas, etc. -descuidaban la edificación de los hermanos; lo cual fue causa de que Pablo les escribiera este capítulo, para hacerles entender que, aunque los dones extraordinarios eran excelentes, la edificación de la iglesia era más excelente aun. "Porque si yo orare en lengua desconocida, mi espíritu ora; mas mi entendimiento es sin fruto (como también el entendimiento de otros). ¿Qué pues? Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (I Corintios 14: 14, 15).

Es pues conveniente que tanto el entendimiento como el corazón y los labios participen en la oración. Lo que se hace con entendimiento se hace más eficaz, consciente y sinceramente. Esto fue lo que hizo que el apóstol rogara por los colosenses, para que Dios les llenara "del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia" (1:9); y por los efesios, para que Dios les diera "espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento; alumbrando

los ojos de vuestro entendimiento" (Efesios 1:17, 18); e igualmente por los Filipenses, para que su amor abundara "aun más y más en ciencia y en todo conocimiento" (Filipenses 1:9).

Es conveniente que el hombre tenga entendimiento suficiente de todo aquello que emprende, ya sea secular o espiritual; y por tanto, y con mayor razón, han de desearlo todos los que aspiran a ser almas de oración. Espero mostraros qué es orar con entendimiento.

Entendimiento quiere decir hablar en nuestra propia lengua y además por experiencia: Pasaré de largo lo uno y me ocuparé solamente de lo otro. Para ofrecer las oraciones debidamente, es preciso que haya- un entendimiento sano y espiritual en todos los que oran a Dios.

1. Orar con entendimiento es orar bajo la instrucción del Espíritu, comprendiendo la necesidad de aquello que el alma ha de pedir. Aunque un hombre -necesite en gran manera el perdón de los pecados, y ser librado de la ira que ha de venir, *si no entiende*, no lo deseará en absoluto, o sentirá tal indiferencia y tibieza en sus deseos, que Dios aborrecerá aun la actitud espiritual -de pedir dichas cosas. Esto fue lo que ocurrió con la iglesia en Laodicea: les faltaba conocer lo que es el entendimiento espiritual; no sabían que eran tristes, miserables, pobres, ciegos y desnudos. A causa de lo cual ellos y todos sus cultos eran considerados por Cristo como abominación, hasta el punto de que El les amenazara con vomitarlos de su boca (Apocalipsis 3:16, 17). Los hombres pueden recitar las mismas palabras que otros han escrito o dicho; pero si no lo hacen con entendimiento, -aunque lo hubiera en los otros, la diferencia es grande, a pesar de pronunciarse las mismas palabras.

2. El entendimiento espiritual percibe en el, corazón de Dios la predisposición y buena voluntad para dar al alma aquellas cosas que necesita. Por este medio David podía acertar aun los pensamientos de Dios para con él (Salmo, 40: 5). Y lo mismo le ocurría a la mujer cananea (Mateo 15:22-28): por fe, y por un justo entendimiento, discernía, tras la adusta actitud de Cristo, la ternura y el deseo de ayudarla que había en Su corazón; lo cual la hizo ser vehemente y fervorosa, más aun, constante hasta que llegó a gozar de la misericordia que necesitaba.

No hay nada que induzca tanto al alma a buscar a Dios y a clamar pidiendo el perdón, como el entendimiento de que en el corazón de Dios hay el deseo de salvar a los pecadores. Si un hombre viera una perla de alto precio tirada en el barro, pasaría de largo sin preocuparse, por no entender su valor; pero una vez conocido éste, correría grandes riesgos por obtenerla. Así ocurre con las almas en cuanto a las cosas de Dios. Una vez se ha llegado a entender su valor, su corazón y todo el poder de su alma corren tras ellas, y no cesa de clamar hasta que las tiene. Los dos hombres ciegos del evangelio, sabiendo ciertamente que Jesús, que pasaba entonces, podía y quería curar las enfermedades que les afligían, clamaron, y al verse rechazados, clamaron aun con más fuerza (Mateo 20:29-31).

3. Una vez el entendimiento ha sido espiritualmente iluminado, se descubre cómo el alma debe allegarse a Dios: lo cual sirve de gran aliento. Mas por el contrario, si no se tiene esta iluminación, no se sabrá cómo empezar ni cómo proseguir, señoreando entonces el desaliento hasta hacer que se abandone la empresa.

4. El entendimiento iluminado ve en las promesas de Dios suficiente amplitud para sentirse alentado a orar; lo cual le añade fortaleza sobre fortaleza. Así como cuando los hombres prometen ciertas cosas a los que vengan por ellas, esto constituye motivo de aliento a los que conocen tales promesas, así también ocurre con los que conocen las promesas de Dios.

5. Una vez iluminado el entendimiento, queda abierto el camino para que el alma se allegue a Dios con argumentos adecuados, a veces en forma de contienda, como en el caso de Jacob (Génesis 32: g); a veces -en forma de súplica, y no verbalmente tan sólo, sino que aun en el corazón el Espíritu introduce a través del entendimiento argumentos eficaces y capaces de conmover el corazón de Dios. Cuando Efraín llega a entender debidamente cuál ha sido su vil actitud hacia el Señor, empieza a lamentarse (Jeremías 31:18, 19, 20). Y al lamentarse contra sí mismo, emplea tales argumentos que conmueve el corazón del Señor, obtiene su perdón, y se hace agradable a sus ojos por medio de Jesucristo nuestro Señor: "Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba", dice Dios. "Azotáste me, y fui castigado como novillo indómito: conviérteme y seré convertido; porque tú eres Jehová mi Dios. Porque después que me convertí, tuve arrepentimiento, y después que me conocí? (o recibí instrucción en cuanto a mí mismo), "herí el muslo: avergoncéme, y confundí me, porque llevé la afrenta de mis mocedades." Estas son las quejas y lamentaciones de Efraín contra sí mismo; ante las cuales el Señor irrumpe en las siguientes expresiones, capaces de derretir un corazón: "¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿no es niño delicioso? pues desde que hablé de él, heme acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él: apiadado, tendré de él misericordia, dice Jehová." Podéis, pues, ver, que es necesario orar con el Espíritu, pero también con entendimiento.

Y para ilustrar con un símil lo que se ha dicho, pongamos por caso que dos hombres vienen mendigando a vuestra puerta. Uno de ellos es pobre, lisiado; está herido y casi muerto de hambre; el otro es una criatura sana, rebosante de salud y lozanía. Los dos usan las mismas palabras al pedir limosna. Sí, los dos dicen que están medio muertos de hambre; pero, indudablemente, el pobre y lisiado es el que habla con más sentido, experiencia y entendimiento de las miserias que menciona al pedir. Se descubre en él una expresión más viva cuando se lamenta de lo que le ocurre. Su dolor y su pobreza le hacen hablar en un espíritu de mayor lamentación que el otro, por lo cual será socorrido antes por cualquiera que tenga un ápice de afecto o compasión natural. Así ocurre exactamente con Dios. Algunos oran por costumbre y etiqueta; otros en la amargura de sus espíritus. El uno ora por mera noción, puro conocimiento intelectual; al otro las palabras le salen dictadas por la angustia del alma. Sin duda que Dios mirará a éstos, a los de espíritu humilde y contrito, a los que tiemblan a su Palabra (Isaías 66:2).

6. El entendimiento bien iluminado es también de admirable utilidad, tanto en lo que respecta al tema como a la manera de orar. El que posee un entendimiento ejercitado para discernir entre el bien y el mal, y un sentido de la miseria del hombre y la misericordia de Dios, no necesita que los escritos de otros hombres le enseñen a clamar por medio de fórmulas de oración. De la misma manera que, al que siente dolor, no es necesario que le enseñen a decir ¡Ay!" aquel cuyo entendimiento ha sido abierto por el Espíritu no tiene necesidad de imitar las oraciones de otros hombres. La experiencia real, el sentimiento y la presión que pesan sobre su espíritu, hacen que exprese con gemidos su petición al Señor. Cuando los dolores de la muerte hicieron presa en David, y las angustias del sepulcro le rodearon, no necesitó que un obispo con sobrepelliz le enseñase a decir: "Libra ahora, oh Jehová, mi alma" (Salmo 116: 3, 4); ni consultar

un libro que le enseñase una fórmula para derramar su corazón ante Dios. Por naturaleza, cuando los hombres están enfermos, cuando les aflige el dolor y la enfermedad, su corazón se desahoga en doloridos lamentos y quejas a los que les rodean. Este fue el caso de David en el -Salmo 38: 1-12. Y ése, también, bendito sea el nombre del Señor, es el caso de los que están dotados de la gracia de Dios.

7. Es necesario que haya un entendimiento iluminado con el fin de que el alma sea llevada a continuar en el servicio y deber de la oración.

El pueblo de Dios no ignora las muchas tretas, trucos y tentaciones que el diablo usa para hacer que una pobre alma, verdaderamente deseosa de tener al Señor Jesucristo, llegue a cansarse de buscar el rostro de Dios, y a pensar que El no quiere tener misericordia de ella. "Sí", dice Satanás, "puedes orar cuanto quieras, pero no prevalecerás. Mira tu corazón: duro, frío, torpe y embotado. No oras con el Espíritu, no oras con verdadero fervor; tus pensamientos se van tras otras cosas cuando aparentas estar orando a Dios. Fuera, hipócrita; basta ya; es en vano que sigas luchando." He aquí, pues, que si el alma no está bien avisada, clamará al momento: "¡El Señor me ha abandonado, mi Dios me ha olvidado!" Mientras que la que está debidamente informada e iluminada dice: "Bien, buscaré al Señor y esperaré; no cejaré, aunque no me diga ni una palabra de consuelo. El amaba apasionadamente a Jacob, pero le hizo luchar a brazo partido antes de obtener la bendición." Los aparentes retrasos en Dios no son pruebas de su desagrado; a veces es posible que oculte su rostro de los santos que más ama. Le agrada en extremo mantener a los suyos en oración, y hallarles continuamente llamando a la puerta del cielo. Acaso sea, dice el alma, que el Señor me prueba, o que le agrada oír cómo le presento, gimiendo, mi condición.

La mujer cananea no quiso tomar por negativas verdaderas las que eran sólo aparentes; sabía que el Señor era misericordioso. El Señor vindicará a los suyos aunque emplee a veces largo tiempo. El Señor me ha esperado mucho más tiempo que yo a El; y lo mismo le ocurrió a David. "Resignadamente esperé," dice (Salmo 40:1); o sea, pasó mucho tiempo antes de que el Señor me respondiera, aunque por fin "inclinóse a mí y oyó mi clamor." El mejor remedio para esto es un entendimiento bien informado e iluminado. ¡Lástima que haya en el mundo tantas pobres almas que temen verdaderamente al Señor, y que, por no estar bien instruidas, a menudo están dispuestas a darlo todo por perdido, cada vez que Satanás emplea una de sus tretas y tentaciones! Que el Señor se compadezca de ellas y les ayude a orar con el Espíritu, y también con entendimiento. Aquí podría mencionar gran parte de mi propia experiencia. En mis accesos de agonía espiritual, he tenido fuertes tentaciones de rendirme y no buscar más al Señor; pero habiéndome hecho entender cuán grandes pecadores eran aquellos de quienes El ha tenido misericordia, y cuán grandes eran sus promesas a los pecadores; y que no era al que estaba sano, sino al enfermo; no al justo, sino al pecador; no al que está lleno, sino al que está vacío, a quienes comunicaba Su gracia y Su misericordia, esto, por medio de la ayuda de su Santo Espíritu, hizo que me adhiriese a El, que me apoyara en El, y que al mismo tiempo clamara, aunque de momento no envió respuesta. ¡Que el Señor ayude a todo este pueblo pobre, tentado y afligido, a hacer lo mismo, y a perseverar, aunque tenga que esperar mucho tiempo!

Pregunta 1. ¿Pero qué hemos de hacer los pobres que no sabemos orar? El Señor sabe que yo no sé cómo se debo orar, ni qué se debe pedir.

-Respuesta. ¡Pobre corazón! Te lamentas de que no sabes orar. ¿Puedes ver tu miseria? ¿Te ha mostrado Dios que por naturaleza estás bajo la maldición de su ley? Si es así, no yerres; sé que gimes, y muy amargamente por cierto. Estoy persuadido de que apenas puedes hacer nada en tu trabajo diario sin que la oración brote de tu pecho. ¿No han subido tus lamentos al cielo desde todos los rincones de tu casa? Sé que es así; y también tu propio corazón apesadumbrado testifica de tus lágrimas, del olvido de tu vocación, etc. ¿No es cierto que tu corazón está tan lleno de deseos de las cosas de otra vida, que a veces olvidas aun las de este mundo? Lee Job 23: 12.

Pregunta 2. Sí, pero cuando voy a mi cámara secreta y trato de derramar mi alma ante Dios, apenas puedo decir nada en absoluto.

Respuesta. (a) ¡Ah, querida alma! No es a tus palabras a lo que Dios presta más atención, de modo que no te escuche si no te presentas ante El con algún elocuente discurso. No; su vista está puesta en el quebrantamiento de tu corazón; y esto es lo que hace que los afectos mismos del Señor se desborden: "Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmo 51:17).

(b) La escasez de tus palabras puede ser debida a la mucha congoja de tu corazón. David estaba a veces tan apenado que no podía hablar (Salmo 77:3, 4). Empero hay algo que puede servir de consuelo a todos los corazones apesadumbrados como tú, a saber: que aunque debido a la angustia del espíritu no puedes hablar mucho, el Espíritu Santo pone en tu corazón gemidos y suspiros tanto más vehementes; aun cuando tu boca está cerrada, ¡tu espíritu no! Moisés, según ya hemos dicho, hizo resonar el cielo con sus oraciones, bien que no leemos que saliera una sola palabra de su boca. Pero....

(c) Si deseas expresarte más plenamente ante el Señor, considera, primeramente, tu corrompida condición; en segundo lugar, las promesas de Dios; y en tercer lugar, el corazón de Cristo, que tú puedes conocer o discernir por su condescendencia y él derramamiento de su sangre, y por la misericordia que ha otorgado antes a grandes pecadores. Presenta, pues, tu propia vileza, a modo de lamentación; la sangre de Cristo, a modo de argumento; y en tus oraciones, que la misericordia que El ha concedido a otros grandes pecadores, junto con sus abundantes promesas de gracia, abunde en tu corazón. Al mismo tiempo, permite que te aconseje lo siguiente: No te contentes con palabras, y no creas tampoco que son lo único que Dios mira; pero tanto si tus palabras son pocas como si son muchas, que tu corazón las acompañe. Entonces le buscarás y le hallarás, porque le buscarás de todo tu corazón (Jeremías 29:13).

Pregunta 3. Pero si al parecer has hablado contra toda manera de orar que no sea por el Espíritu, ¿por qué das tú instrucciones ahora?

Respuesta. Debemos exhortarnos unos a otros a la oración, aunque no debemos damos fórmulas de oración.

Exhortar a la oración con instrucciones cristianas es una cosa; y redactar fórmulas para limitar al Espíritu de Dios, es otra.

El apóstol no da la menor fórmula para orar, pero insta a que se ore (Efesios 6:18; Romanos 15:30-32).

Por tanto, nadie debe sacar la conclusión de que por dar nosotros instrucciones referentes a la oración, es lícito instituir fórmulas de oración.

Pregunta 4. Pero, si no usamos fórmulas -de oración ¿cómo enseñaremos a nuestros hijos a orar?

Respuesta. Mi opinión es que los hombres siguen un mal camino para enseñar a sus hijos a orar, enseñándoles tempranamente a recitar frases, como es común en muchas pobres criaturas.

Me parece mucho mejor decirles que por naturaleza son criaturas malditas, que se hallan bajo la ira de Dios a causa del pecado original y del suyo propio; explicarles también cuál es *la naturaleza* de la ira de Dios, y *la duración* de la miseria. Si se hace esto a conciencia, sabrán orar mucho antes. La manera de aprender a orar es por medio de la convicción de pecado, sistema que sirve también para enseñar a nuestros amados hijitos. Hacerlo de otra manera, es decir, esforzarse en enseñar a los niños fórmulas de oración, antes que sepan otra cosa, es el mejor camino para hacer de ellos hipócritas malditos, y para hincharlos de orgullo. Enseñad, pues, a vuestros hijos a conocer el infeliz estado y condición en que se hallan. Habladles del fuego del infierno, y de sus pecados; de la perdición y de la salvación; de la manera de escapar a la una y gozar de la otra (si es que vosotros la conocéis), y esto hará que las lágrimas broten de sus ojos, y que sinceros lamentos salgan de sus corazones. Luego podéis decirles a quién deben orar, y en qué nombre. Podéis también hablarles de las promesas de Dios, y de su eterna gracia extendida a los pecadores conforme a la Palabra.

¡Ah, pobres hijitos queridos! Que el Señor abra sus ojos y haga de ellos cristianos santos. Dice David: -Venid, hijos, oídme; el temor de Jehová os enseñaré" (Salmo 34:11).

No dice, por cierto: "Voy a ponerlos bozal mediante una fórmula de oración"; sino, "el temor de Jehová os enseñaré"; lo que significa: "os enseñaré a ver vuestro triste estado por naturaleza, y a instruirlos en la verdad del evangelio, lo cual, por medio de Espíritu, engendra oración en todo aquel que en verdad lo aprende". Cuanto más enseñéis esto a vuestros hijos, más se derramarán sus corazones en oración a Dios.

Dios nunca tuvo a Pablo por hombre de oración, ni tendrá a otros tampoco, hasta que fue convicto y convertido (Hechos 9:11).

Pregunta 5. Pero, ¿cómo se explica que los discípulos pidieran que Cristo les enseñara a orar, como también Juan enseñaba a los suyos, y que entonces El lo hiciera con la fórmula hoy llamada "Padrenuestro"?

Respuesta. No solamente los discípulos, sino también nosotros deseamos ser enseñados de Cristo; y ya que no está aquí en persona para enseñarnos, que El lo haga por su Palabra y su Espíritu, pues El dijo que enviaría al Espíritu en su lugar cuando se fuera (Juan 14:16 y 16:17).

En cuanto a lo que se ha llamado fórmula, no puedo creer que el propósito de Cristo fuera darlo como tal y de una manera restrictiva, por dos razones:

(1) Porque El mismo enseña lo contrario, según se infiere consultando Mateo 6 y Lucas 11. Mientras que si lo hubiera dado como fórmula de oración inalterable, no lo habría cambiado.

(2) No hallamos que los apóstoles hayan observado jamás semejante fórmula, ni tampoco que exhortaran a otros a hacerlo. Escudriñad todas sus epístolas, y os daréis cuenta de que, aunque ellos eran tan eminentes como cualquiera en cuanto a conocimiento para discernir y fidelidad para practicar, no oraban según el mundo ha querido más tarde imponer.

Pero, resumiendo, creemos que Cristo, con dichas palabras ("Padre nuestro", etc.) instruye efectivamente a los suyos sobre los principios que deben observar en sus oraciones a Dios:

- (1) Orar en fe.
- (2) Orar a Dios en el cielo.
- (3) Pedir lo que es conforme a su voluntad, etc. Es decir, que esta oración constituye un modelo o pauta para orar.

Pregunta 6. Empero Cristo manda orar pidiendo Espíritu; ¿significa esto que los hombres, sin el Espíritu pueden también orar y ser oídos? Véase Lucas 11:9-13

Respuesta. El discurso de Cristo va dirigido en este caso a sus discípulos, a los que son suyos (v.1).

Cuando Cristo les dice que Dios daría su Santo Espíritu a los que lo pidieran, ha de entenderse este don como un aumento, pues se trataba de los discípulos, los cuales tenían ya cierta medida del Espíritu. Dice: "Cuando orareis, decid: Padre nuestro..." (v. 2). "Os digo" (v. 8). "Y yo os digo" (v. 9). "Si vosotros, siendo malos sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de El?" Los cristianos, aunque Dios ya se lo ha dado, han de orar pidiendo el Espíritu, es decir, más de El.

Pregunta 7. Entonces, ¿sólo deberían orar los que saben que son discípulos de Cristo?

Respuesta. En efecto.

1. Que toda alma que aspira a ser salva se derrame ante Dios, aunque por la tentación no pueda deducir que es hijo suyo. Y...

2. Si la gracia de Dios está en él, será tan natural para él gemir por su condición como para el bebé pedir el pecho. La oración es una de las primeras cosas que revelan que un hombre es cristiano (Hechos 9:11). Y si esta oración es como conviene, tendrá el siguiente carácter:

(a) Desear a Dios en Cristo, por El mismo, por Su santidad, amor, sabiduría y gloria. La oración verdadera, que va a Dios por Cristo, se centra en El, y sólo en El: "¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra- (Salmo 73:25).

(b) Poder gozar continuamente en el alma la comunión con El, tanto aquí como en el porvenir: "Seré saciado cuando despertare a tu semejanza" (Salmo 17: 15). "Y por esto también gemimos", etc. (II Corintios 5:2).

(c) La oración verdadera va acompañada de un esfuerzo continuo por aquello por que se ora: "Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana" (Salmo 130:6). "Levantaréme ahora... buscaré al que ama mi alma" (Cantares 3:2). Os ruego que observéis cómo hay dos cosas que inducen a la oración: una es el aborrecimiento del pecado y de las cosas de esta vida; la otra es un deseo anhelante de tener comunión con Dios en estado de santidad. Compárese solamente esto con la mayor parte de las oraciones que los hombres hacen, y se comprobará que no son sino una burla, el aliento de un espíritu abominable. La mayoría de los hombres, o no oran en absoluto, o se afanan en mofarse de Dios y del mundo al hacerlo. Confrontad si no -sus oraciones con su *manera de vivir*, y echaréis de ver fácilmente que el contenido de ellas es lo que menos procuran en sus vidas. ¡Qué triste hipocresía!

Os he mostrado, pues, brevemente: 1. Lo que es la oración. 2. Lo que es orar con el Espíritu. 3. Lo que es orar con el Espíritu y con entendimiento también. Permitidme ahora unas palabras de aplicación y conclusión.

IV. APLICACION

En primer lugar unas palabras de *instrucción*.

Ya que la oración es deber de todos y cada uno de los hijos de Dios, deber mantenido en el alma por el Espíritu de Cristo, todo el que se propone ocuparse en orar al Señor ha de ser en extremo cuidadoso, y prepararse para hacerlo con especial temor de Dios, y con la esperanza puesta en su misericordia a través de Jesucristo.

La oración es una ordenanza de Dios en la cual el hombre se acerca más a El; por tanto, todo aquel que se halle en Su presencia, necesita tanto más la ayuda de Su gracia, para orar como conviene. Es una vergüenza para un hombre el comportarse irreverentemente ante un rey, pero hacerlo ante Dios es, no sólo vergüenza, sitio pecado. Y así como un rey, si es sabio, no se agrada de un discurso compuesto de palabras y gestos indecorosos, tampoco Dios se complace en el sacrificio de los necios (Eclesiastés 5:1, 4). No son los largos discursos ni las lenguas elocuentes lo que agrada a los oídos del Señor, sino un corazón humilde, quebrantado y contrito. Por tanto, recibe la instrucción de que las siguientes cinco cosas son obstáculos para la oración, y aun hacen vanas las peticiones de la criatura:

1. Cuando los hombres miran a la iniquidad en su corazón en el momento de orar ante Dios: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 66:18). Cuando hay un amor secreto hacia aquello contra lo cual, con tus labios hipócritas, pides fuerzas. En esto consiste la impiedad y perversidad del corazón humano, que aun amará y retendrá

aquello contra lo cual ora: de labios honra a Dios, mas su corazón está lejos de El (Mateo 15:8). ¡Qué desagradable sería ver a un mendigo pidiendo limosna con intención de echarla a los perros! ¡O que primero dijera: "Te ruego me concedas esto", y a continuación: "No me lo des" Y esto es precisamente lo que ocurre con tal clase de personas; con la boca dicen: ---Hágase tú voluntad---. y con el corazón lo desmienten; con la boca dicen: " Santificado sea tu nombre", y con el corazón y la vida que viven se deleitan en deshonrarle todo el día. Estas son las oraciones que son para pecado (Salmo 109:1); y aunque oran a menudo el Señor jamás les responderá (II Samuel 22:42).

2. Cuando los hombres oran para ser vistos, para ser oídos, y para ser tenidos por personas muy religiosas, y para cosas parecidas.

Estas oraciones tampoco tienen la aprobación de Dios, y es posible que jamás sean atendidas con miras a la vida eterna.

Hay dos clases de hombres que oran con este fin. (a) Esos capellanes de sobremesa que se introducen en las familias de los ricos simulando rendir culto a Dios, -cuando en verdad su ocupación primordial es satisfacer sus vientres; los cuales han sido notablemente tipificados por los profetas de Achab, y por los de Nabucodonosor; quienes, aunque simulaban gran devoción, sus concupiscencias y sus vientres eran el gran objetivo que perseguían en sus vidas y en todas sus actividades devocionales. (b) También aquellos que buscan reputación y aplauso para su elocuencia, y procuran, más que nada, agradar los oídos y los cerebros de sus oyentes. Estos son los que "oran para ser oídos de los hombres", los cuáles tienen ya su pago (Mateo 6:5).

Estas personas se descubren del modo siguiente: se expresan teniendo en cuenta solamente al auditorio, esperando recibir después las alabanzas. Sus corazones se elevan o decaen según los elogios y parabienes que se les tributan. Les agrada orar prolijamente, y para conseguirlo, repiten vanamente las cosas una y otra vez. No les importa de donde vengan los encomios. Sus laureles son los aplausos calurosos de los hombres y, por tanto, no les gusta entrarse en su cámara secreta, sino estar entre los muchos. Pero, si alguna vez la conciencia les empuja a orar a solas, la hipocresía hará que se les oiga desde la calle; y cuando su boca ha terminado, se acabaron sus oraciones, pues no aguardan a oír lo que dirá el Señor (Salmo 85:8).

3. Una tercera clase de oración que Dios no aceptará es la que pide cosas injustas, o cosas justas, mas para gastar en deleites, y pensadas con fines injustos: "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Santiago 4:2, 3). Tener propósitos contrarios a la voluntad de Dios es un argumento de peso para que El desatienda las peticiones que le son presentadas. Por esto hay tantos que oran por tal o cual cosa, y no la reciben. La respuesta de Dios solamente es el silencio. A cambio de sus esfuerzos, son recompensados por sus propias palabras, y eso es todo.

Pregunta. Pero, ¿no es verdad que Dios oye a ciertas personas aunque sus corazones no sean conforme El manda, como en el caso de Israel, al darle codornices que ellos emplearon en sus deleites?

Respuesta. Si lo hace, es en juicio, y no en misericordia. Ciertamente les dio lo que deseaban, pero mejor hubiera sido para ellos no haberlo recibido, pues El envió flaqueza en sus almas (Salmo 106:15) ¡Ay del hombre a quien Dios responde de esta manera!

4. Hay otra clase de oración que no recibe respuesta; y es la que los hombres ofrecen y presentan ante Dios en nombre propio solamente, sin comparecer en el del Señor Jesús. Pues, aunque Dios ha instituido la oración, y ha prometido oír a sus criaturas, esto no significa que oiga a aquellos que no tengan en nombre de Cristo: "Si algo pidiereis en mi nombre- (Juan 14: 14); "Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo a gloria de Dios" (1 Corintios 10:31). Si pidiereis algo en mi nombre, etc., por muy devotos celosos, fervientes y constantes en la oración que seáis solamente en Cristo habéis de ser oídos y aceptados. Empero, es lástima que la mayoría de los hombres no sepa lo que es venir a El en el nombre de nuestro Señor Jesús, lo cual es la razón de que vivan como impíos, oren como impíos y mueran como impíos. O, visto de otro modo, que no lleguen a otra cosa que a lo que el hombre animal puede llegar, o sea, a ser exactos en sus palabras y hechos en el trato con sus semejantes, y comparecer ante Dios sin otra cosa que su propia justicia.

5. Lo último que mencionaremos como impedimento de la oración es el fiarse de la forma de la misma, olvidando su virtud. Es fácil que los hombres sientan predilección fanática por tal o cual fórmula de oración, según se hallan escritas en algún libro; pero, en cambio, olvidan por completo preguntarse a sí mismos si tienen el espíritu y el poder. Se asemejan a hombres pintados y hablando en voz de falsete. Son la viva representación de la hipocresía, y sus súplicas abominación. Cuando dicen que han derramado sus almas delante de Dios, El responde que han aullado como perros (Oseas 7: 14).

Por consiguiente, cuando te propongas o pienses orar al Señor del cielo y de la tierra, considera los siguientes puntos:

(1) Piensa seriamente lo que necesitas y deseas. No hagas como tantos, que con sus palabras no hacen sino herir el aire, y piden lo que no quieren ni necesitan.

(2) Cuando veas lo que necesitas, no te desvíes de ello, cuida de orar sentida e inteligentemente.

Pregunta. Entonces, si no siento necesidad de nada, ¿no debo orar?

Respuesta 1. Si descubres que eres insensible en grado extremo, no podrás clamar por tu insensibilidad si años no eres hecho sensible. Es lo que podría llamarse la experiencia de la insensibilidad. Así, pues, ora conforme a lo que sientes ser tu necesidad; y si te das cuenta de tu falta de sensibilidad espiritual, ora al Señor pidiéndole que te haga experimentar su ausencia. Este ha sido el método de los santos hombres de Dios: " Hazme saber, Jehová, mi fin" (Salmo 39: 4); "sus discípulos le preguntaron, diciendo qué era esta parábola" (Lucas 8: 9). La promesa dice: "Clama a mí, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y dificultosas que tú no sabes" (Jeremías 33: 3).

2. Cuida de que tu corazón se eleve a Dios al mismo tiempo que tu boca: no dejes que ésta vaya más allá de donde tú procuras colocar aquél. David levantaba su corazón y su alma al Señor, y tenía buenas razones para hacerlo; pues si el corazón del hombre no va donde su boca, sus palabras no son más que mera honra de labios; y aunque Dios pide y acepta los sacrificios de labios, éstos solos, sin el corazón, demuestran no sólo falta de sensibilidad verdadera, sino también ignorancia de esta falta.

Por tanto, si piensas ser prolijo delante de Dios, procura que sea con el corazón.

3. Cuidado con las expresiones patéticas, y con agradarte en su uso, olvidando dónde está la verdadera vitalidad de la oración.

Terminaré esta sección con una o dos advertencias.

La primera: Cuidado con desechar la oración a causa de la súbita persuasión de que no tienes el Espíritu ni oras con Él. La gran obra del diablo consiste en hacer todo lo posible para impedir las mejores oraciones. El adulará al maldito hipócrita y embustero, alimentándole con mil fantasías de hechos meritorios, aunque sus oraciones y todo cuanto hace hiede en las narices de Dios, mientras se coloca junto al pobre Josué, para resistirle, es decir, para persuadirle de que ni su persona ni sus actos son aceptados por Dios (Zacarías 3:1). Cuidado, pues, con tales falsas conclusiones y desalientos injustificados. Aunque te asalten pensamientos como éstos, lejos de sentirte desalentado por ellos, úsalos para orar más sincera e intensamente en espíritu, al allegarte a Dios.

En segundo lugar: Del mismo modo que estas tentaciones repentinas no deben hacer que te abstengas de orar y de derramar tu alma delante de Dios, tampoco las corrupciones de tu corazón deben servir de impedimento. Acaso halles en ti todo lo que hemos mencionado antes, y quizás tales cosas procuren intervenir en tus oraciones a Él. A ti te toca, entonces, juzgarlas, orar pidiendo ayuda contra ellas, y postrarte tanto más humildemente a los pies de Dios, usando tu vileza y corrupción como argumento para implorar la gracia que justifica y santifica, en vez de dejarte abatir por el desaliento y la desesperación.

David así lo hizo: "Perdonarás también mi pecado; porque es grande" (Salmo 25:11).

Y ahora unas palabras de *aliento*.

1. El texto que se halla en Lucas es muy alentador para la pobre criatura que tiene hambre de Cristo Jesús. En los versículos 5, 6, y 7 se cuenta la parábola de un hombre que fue a ver a su amigo para pedir prestados tres panes, que el otro le negó porque estaba en cama; mas, finalmente, a causa de su importunidad, se levantó y le dio lo que pedía. Con esto se da a entender claramente que, aunque las pobres almas, por la flaqueza de su fe, no pueden ver que son amigas de Dios, no deben dejar jamás de pedir, llamando a Su puerta en busca de misericordia. Fijaos en lo que dice Cristo: "Os digo, que aunque no se levante a darle por ser su amigo, cierto por su importunidad", o deseos impacientes, "se levantará, y le dará todo lo que habrá menester". ¡Pobre corazón! Clamas diciendo que Dios no te tiene en cuenta; descubres que no eres Su amigo, sino más bien enemigo en tu corazón y en tus obras impías y te hallas como si

oyeras que el Señor te dice: "No me seas molesto, no puedo darte" -como en la parábola (Lucas 11:1-13)-; mas yo te digo, que llamando, clamando y gimiendo. Te digo que, aunque no se levante a darte por ser Su amigo, cierto por tu *importunidad* se levantará y te dará todo lo que habrás menester. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden?" (Mateo 7:11). Lo mismo habréis descubierto en la parábola del juez injusto y la pobre viuda (Lucas 18). La importunidad de ella le venció. Y ciertamente mi propia experiencia me dice que no hay nada que pese más ante Dios que la *importunidad*. ¿No es así con si respecto a los mendigos que vienen a nuestra puerta? Aunque a la primera petición no tengáis el menor deseo de darles cosa alguna, si continúan lamentándose y sin querer marcharse si no es con una limosna, se la dais; pues sus continuos ruegos os vencen. ¿Acaso no hay afectos en vosotros, que sois impíos, y sois vencidos por un mendigo importuno? Ve y haz tú lo mismo. Es un motivo que prevalece, y la experiencia lo confirma. Se levantará y te dará todo lo que habrás menester.

2. Otro motivo de aliento, para el alma que miserablemente tiembla al experimentar su pecado, es considerar el lugar, trono o asiento en que el gran Dios se ha sentado para oír las peticiones y las oraciones de las pobres criaturas: "el trono de la gracia" (Hebreos 4:16); "el propiciatorio" (Éxodo 25:22); lo cual significa que, en los días del evangelio, Dios ha establecido su morada en la misericordia y el perdón; y desde allí se propone oír al pecador, y hablar con él como dice en Éxodo 25:22: "Y de *allí* me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio." ¡Pobres almas! ¡Cuán propensas son a tener extraños pensamientos sobre Dios y Su disposición para con ellas, llegando precipitadamente a la conclusión de que El no las tiene en cuenta, bien qué está sobre el propiciatorio, y se ha sentado allí a propósito, con el fin de poder oír y atender sus oraciones! Si hubiera dicho: "Hablaré contigo desde mí trono de juicio -, ciertamente harías bien en temblar y huir de la faz de la grande y gloriosa Majestad; pero cuándo dice que oír y hablará con las almas sobre el trono de la gracia o desde el propiciatorio, debes sentirte alentado lo esperanzado, más aun, animado a llegarte *confiadamente* a El para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4: 16).

3. Hay aún otro motivo de aliento para continuar en oración a Dios, y es el siguiente:

Además del hecho de que hay un propiciatorio, desde donde Dios quiere hablar con los pobres pecadores, también es un hecho que, junto a este propiciatorio está Jesucristo, rociándolo continuamente con su *sangre*. Por esto se llama "La sangre del esparcimiento" (Hebreos 12:24). Cuando el sumo sacerdote, bajo la ley, había de entrar en el lugar santísimo, donde estaba el propiciatorio, no podía hacerlo sin sangre (Hebreos 9:7).

¿Por qué era así? Porque aunque Dios estaba sobre el propiciatorio, El era perfectamente justo al mismo tiempo que misericordioso. Así pues, la sangre había de impedir que la justicia cayera sobre las personas acogidas a la intercesión del sumo sacerdote (como está significado en Levítico 16:13-16); por lo cual, toda la indignidad que temas no debe impedir que te allegues a Dios en Cristo en busca de misericordia. Arguyes que eres vil y por tanto Dios no va a tener en cuenta tu oración. Ciertamente es, si te deleitas en tu vileza, y te allegas a El por mera simulación. Pero si derramas tu corazón delante de El comprendiendo. tu impiedad, deseando de todo corazón ser salvo de la culpa y limpio de la inmundicia, no temas, tu vileza no hará que el Señor tape sus oídos para no oírte. El valor de la sangre de Cristo, que ha sido esparcida sobre el propiciatorio,

detiene el curso de la justicia, y abre una compuerta para que la misericordia de Dios llegue hasta ti. Por tanto, tienes confianza para entrar en el lugar santísimo, por la sangre de Jesús, el cual ha consagrado un camino nuevo y vivo para ti: no morirás (Hebreos 10: 19, 20).

Además, Jesús está allí, no solamente para rociar el propiciatorio con su sangre, sino que habla, su sangre habla. Por eso dice Dios que, si ve la sangre, pasará de ti, y la plaga no te tocará.

Si pues sobrio y humilde; allégate al Padre en el nombre del Hijo, y cuéntale tu caso con la ayuda del Espíritu, y experimentarás entonces el beneficio de orar con el Espíritu y con entendimiento también.

Unas palabras de *repreensión*: un triste discurso a los que jamás oráis.

"Oraré", dice el apóstol; y lo mismo dice el corazón de los que son cristianos. Por tanto, tú que no oras, no eres cristiano. La promesa dice: "Orará a ti todo santo" (Salmo 32:6). Por consiguiente, tú que no oras eres un impío y un desdichado. Jacob recibió el nombre de Israel luchando con Dios (Génesis 32), y todos sus hijos llevaron este nombre después de él (Gálatas 6). Mas aquellos que olvidan la oración, que no invocan el nombre de Jehová, son objeto de oraciones, sí, pero tales como ésta: -Derrama tu enojo sobre las gentes que no te conocen, y sobre las naciones que no invocan tu nombre" (Jeremías 10:25). ¿Qué te parece esto, a ti que tan lejos estás de derramar tu corazón delante de Dios, que te acuestas como un perro, te levantas como un borracho, y olvidas invocar a Dios? ¿Qué harás cuando estés condenado en el infierno, porque no hallaste en tu corazón ocasión de pedir el cielo? ¿Quién se lamentará de tu dolor, si no creíste que valiese la pena pedir misericordia? Te digo que los cuervos, los perros, etc., se levantarán en juicio contra ti; pues ellos, cada uno según su especie, dan a entender de alguna manera que quieren un refrigerio cuando lo necesitan; pero tú no tienes corazón para pedir el cielo, aunque te veas perecer eternamente en el infierno.

Sirva esto de reproche a los que os ocupáis en liviandades burlándoos y menospreciando el Espíritu, al no buscar su ayuda en oración. ¿Qué haréis, cuando Dios os pida cuentas de estas cosas? Tenéis por alta traición hablar una palabra contra el rey; más aun, tembláis ante tal pensamiento; pero no os importa blasfemar contra el Espíritu del Señor. ¿Será grato vuestro fin si tratáis de jugar con estas cosas? ¿Envió Dios el Espíritu Santo al corazón de su pueblo con el fin de que vosotros le vilipendiárais? ¿Es esto servir a Dios? ¿Demuestra esto la reforma de vuestra iglesia, o no será más bien la señal de los reprobados implacables? ¡Oh, qué espanto! ¿No os basta condenaros por vuestros pecados contra la ley, sino que también tenéis que pecar contra el Espíritu Santo? ¿Acaso el Espíritu de gracia, santo, inofensivo y puro, promesa de Cristo, Consolador de sus hijos, sin el cual nadie puede servir aceptablemente al Padre; acaso, digo, ha de ser ésta la carga de vuestra canción: vituperar, escarnecer y mofarse de El? Si Dios mandó a Coré y a sus compañeros directamente al infierno por hablar contra Moisés y Aarón (Números 16), ¿creéis que los que os burláis del Espíritu de Cristo escaparéis impunes? (Hebreos 10: 29). ¿No leísteis jamás lo que Dios hizo a Ananías y Safira, por decir una sola mentira contra el Espíritu Santo (Hechos 5:1-9), y a Simón el Mago por menospreciarle? (Hechos 8:18-22). ¿Y creéis que vuestro pecado será virtud, o pasará sin ser castigado, hasta tal punto que os ocupáis en vociferar en contra de Su oficio, Su servicio y Su ayuda, que El da a los hijos de Dios? Horrible cosa es menospreciar al Espíritu de gracia (Mateo 12: 31; Marcos 3:29).

Concluiré este discurso con los siguientes consejos para el pueblo de Dios:

1. Cree que, tan cierto como que estás en los caminos de Dios, encontrarás tentaciones.
2. Por tanto, espéralas desde el primer día de tu entrada en la congregación de Cristo.
3. Cuando lleguen, ruega a Dios que te guíe y ayude a pasarlas.
4. Vigila cuidadosamente- tu propio corazón; que, no te engañe en contra de las evidencias del cielo, ni en tu andar con Dios en este mundo.
5. No te fíes de las lisonjas de los falsos hermanos.
6. No te apartes de la vida y el poder de la Verdad.
7. Mira mayormente a las cosas que no se ven.
8. Desconfía de los pecados pequeños.
9. Que la promesa no se enfríe en tu corazón.
10. Renueva tu actitud de fe en la sangre de Cristo.
11. Medita en la obra de tu regeneración.
12. No renuncies a correr con los que van en cabeza en la, carrera,

La gracia sea con vosotros..... (John Bunyan, 1660)

LA RESPUESTA A LA ORACIÓN

Por Thomas Goodwin

INTRODUCCIÓN

Escucharé lo que hablará el Dios Jehová: porque hablará paz a su pueblo y, a sus santos; para que no se conviertan a la locura (Salmo 85:8).

Pertinencia de estas palabras.

Este salmo fue escrito en nombre de toda la congregación de los judíos y para su consuelo, constituyendo tanto una profecía como una petición de su retorno de la cautividad babilónica. También habla del nuevo advenimiento de la antigua gloria, paz, administración de justicia, libertad para las ordenanzas de Dios, de la abundancia y prosperidad que antes habían disfrutado, pero que ahora había sufrido un reflujo de setenta años de duración. Primeramente empieza con oración (desde el v. 1 al 7), recordando a Jehová con gran insistencia su misericordioso proceder para con el pueblo de Israel en tiempos anteriores. No es la primera vez, dice, que la asamblea ha estado en cautividad, y que Tú la has libertado (como en el caso de la salida de Egipto, etc.), y por tanto tenemos la esperanza de que lo harás de nuevo: "Fuiste propicio a tu tierra", etc. Terminada su oración, se detiene ahora y escucha, como suele hacerse cuando se espera oír un eco, para saber qué respuesta vendrá del cielo, adonde su oración había ya llegado: "Escucharé lo que hablará Jehová-; o, como algunos leen: "Escucho lo que habla Jehová"; porque a veces hay un eco instantáneo, una respuesta que llega rápidamente al corazón del hombre, aun antes de que la oración esté medio terminada; como en el caso de Daniel, 9:20, 21. Y el resumen es éste: "Jehová hablará paz a su pueblo". Esta es la respuesta que se encuentra escrita al final de la petición, empero acompañada de una cláusula de admonición para el porvenir: "Para que no se conviertan a la locura". Excelente aplicación de tan misericordiosa respuesta.

CAPITULO I

UN DEBER DEL PUEBLO DE DIOS

CUANDO ORA

***El pueblo de Dios ha de observar con diligencia la respuesta de Dios a sus oraciones.-
Se exponen las razones que existen para ello.***

Habiéndose redactado las palabras de este texto bíblico en relación con la respuesta de Dios al salmista, es en este aspecto que me propongo principalmente considerarlas.

Lo que aquí se observa es esto: ***Que cuando un hombre a elevado sus oraciones a Dios, no sólo debe tener la seguridad de que El en misericordia contestará estas oraciones, sino que también ha de escuchar con diligencia, observando cuál sea la respuesta.*** Ambas cosas se echan a ver en este texto: "Escucharé lo que hablará Dios"; decir, cómo lo hará; y al mismo tiempo expresa confiadamente la seguridad de que "Dios hablará paz". Esta es la oración de la asamblea en Miqueas 7:7: "Yo pero a Jehová esperaré, esperaré al Dios de mi salud: Dios mío me oirá". Estaba a la vez seguro de que El oiría misericordiosamente ("el Dios mío me oirá"), dispuesto a esperar hasta que El respondiera, y a observar como El haría: "A Jehová esperaré"; y en el v. 9: "La ira de Jehová soportaré... hasta que juzgue mí causa". También vemos que Habacuc, habiendo orado contra la tiranía de Nabucodonsor en el primer capítulo, empieza así en

el segundo: "Sobre mi guarda estaré... y atalayaré para ver qué hablará en mí" Al fin llega una respuesta (v2); y así como el profeta esperó una visión (pues a veces sus profecías fueron una respuesta a sus oraciones), así también nosotros debemos esperar respuesta a las nuestras.

Razón 1ª.— *Porque de lo contrario hacéis vana en vuestros corazones una ordenanza de Dios, al tomar en vano su nombre.* Si no observáis con diligencia la respuesta de Dios es señal de que no creéis que vuestra oración sea medio eficaz para alcanzar el fin para el que ha sido ordenada, y decís secretamente en vuestros corazones las palabras de Job 21:15: "¿Y de qué nos aprovechará que oremos a El?" Si usamos un medio, y no esperamos el fin, tácitamente decimos que dicho medio no sirve para alcanzar aquel fin. Toda oración fiel es ordenada por Dios para ser el medio de obtener lo que deseamos y pedimos, y no será presentada en vano, mas tendrá respuesta: 1 Juan 5:14, 15: "Y ésta es la confianza que tenemos en El, que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, El nos oye". Cierto es que Dios oye también a un enemigo, pero lo que aquí se indica es que El nos oye en misericordia y gracia; como cuando se dice que cierto favorito es oído por el rey. Si alguno se niega obstinadamente a recibir consejo, decimos que "no quiere oír", aunque de hecho oiga; del mismo modo, en este caso, *oír* significa inclinación favorable a hacer lo que se ha pedido. Y así se dice que los oídos de Dios están abiertos a las oraciones de ellos; de donde se infiere que "si sabemos que El nos oye en cualquiera cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado ". Tan pronto hemos orado, se dice, tenemos nuestras peticiones (es decir, ya están concedidas), y podemos confiar en que Dios ha dado su consentimiento a ellas. Aunque, en cuanto a la dispensación externa, aun no se haya extendido el decreto de ejecución, se dice que el suplicante tiene lo que desea sólo conque el rey dé la orden para que se haga; bien que tal orden no recibe el sello ni es firmada hasta mucho después. Algo parecido ocurre cuando un hombre impío peca: tan pronto como el acto ha sido cometido, la sentencia de Dios es dictada contra el trasgresor, mas la ejecución no le alcanza quizás hasta mucho más tarde. El dicho de Salomón en Eclesiastés 8:11: "No se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra", entraña que la sentencia es pronunciada inmediatamente, pero no ejecutada. Lo mismo ocurre cuando un hombre piadoso ora: tan pronto como la oración llega al cielo -lo cual ocurre en un instante -, la petición es concedida. En Daniel 9:23 vemos el aplazamiento de una ejecución efectiva: "Al principio de tus ruegos salió la palabra", bien que el ángel que trajo la respuesta no llegó hasta el anochecer (v. 21). De modo que ninguna oración es en vano en cuanto a la respuesta, pues cuando Dios ha dado que el corazón hable, El tiene oído para oír; y no tener esto en cuenta equivale a considerar inútil un mandamiento Suyo, o lo que es lo mismo, a tomar el nombre de Dios en vano.

Razón 2ª.— *No solamente se toma en vano el nombre de Dios, sino también sus atributos,* pues es señal de que pensáis que "se ha acertado la mano de Jehová para salvar... hase agravado su oído para oír", o que su corazón se ha empequeñecido y sus -afectos se han refrenado para no querer; con lo cual le robáis y le despojáis de uno de sus, títulos más regios, aquél con que se llama a sí mismo en el Salmo 65:2: "Dios que oye la oración", quien de tal modo la atiende, que en 1 Reyes 8:59 se dice que está "cerca de Jehová nuestro Dios de día y de noche---. Todas las oraciones están ante El, y las coloca ante sus ojos, como nosotros hacemos con las cartas de nuestros amigos, que, dejamos en sitios visibles para acordarnos de que hemos de contestarlas, o que llevamos encima para tener la seguridad de no olvidarlas. Las peticiones de los suyos no se apartan de su vista hasta que envía respuesta, lo cual aquí es llamado "hablar", pues Dios habla con sus hechos tanto como con su Palabra. Pero vosotros, en vuestra

negligencia, hacéis de El un dios de idólatras, un dios semejante a las vanidades de los paganos, como si "tuviera oídos y no oyera, *ojos* y *no* viera" vuestra necesidad, etc. Un dios como el que Elías ridiculizaba: "Gritad en alta voz", decía, "quizá va de camino", etc. (1 Reyes 18:27). Así representáis al Dios de cielos y tierra, al no poner mayor confianza en El, ni pensáis más en vuestras oraciones a El, que los paganos en los sacrificios que ofrecen a sus dioses. Los que suplican favores, no solamente presentan sus peticiones, sino que suelen esperar a la puerta de los grandes hombres, y preguntar, y escuchar por si les fuera posible enterarse de la respuesta que van a recibir. Si ésta es parte de la honra debida a los que están en eminencia, ¡cómo no habremos de esperar también para ver qué responderá Dios, reconociendo así su grandeza, la distancia a que nos hallamos de El, y cuánto dependemos de El! "Como los *ojos* de los siervos miran a la mano de sus señores, así nuestros *ojos* dice David, "miran a Jehová nuestro Dios, hasta que haya misericordia de nosotros" (Salmo 123:2). Y en el Salmo 130, después de haber orado (v. 2), dice que "espera a Jehová más que los centinelas a la mañana". Así como aquellos que tienen algo grande que hacer por la mañana anhelan el amanecer y salen a menudo a ver si el día alborea, así también él busca las señales tempranas de una respuesta. Lo mismo encontramos en el Salmo 5:3: "De mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré a ti, y esperaré---, es decir, esperaré una respuesta.

Razón 3ª. — *Asimismo, si Dios te da una respuesta y no haces caso de ella, dejas que Dios te hable en vano.* Si dos hombres andan juntos, y uno, después de decir lo que quería, no escucha a su interlocutor, sino que desatiende la respuesta, se considera que ha menospreciado en gran manera a su compañero. Así como *non responderé pro convitio est* (no contestar es menosprecio), así también lo es *non attendere* (no atender a lo que otro dice). Así pues. la realidad de que hablamos a Dios por medio de nuestras oraciones y de que El nos habla por su respuesta a las mismas, es una parte importante de nuestro andar con El. Además, estudiar Su proceder para con nosotros, y comparar nuestras oraciones con sus respuestas, equivale a un diálogo. Se nos dice de la profecía de Samuel, que ninguna de sus palabras cayó a tierra (1 Samuel 3:19); y lo mismo puede decirse de nuestras oraciones. Así debe ser con las respuestas de Dios; ninguna de sus palabras debe caer a tierra, lo cual ocurrirá si no las recogéis y Observáis, si no las escucháis y examináis. Por la misma razón que habéis de observar el cumplimiento de las promesas de Dios, tenéis que considerar también el de nuestras oraciones. En 1 Reyes 8:56 se dice lo siguiente: "Ninguna palabra de todas sus promesas... ha faltado". Salomón había observado esto por medio de un estudio particular de todo lo que Dios había dicho y hecho por ellos, y comprobó que ninguna de las promesas había quedado por cumplir. Y razones parecidas tenemos para hacer lo mismo con las respuestas a la oración y su correspondiente examen, pues orar no es sino poner litigio a una promesa; por lo cual, Salomón emplea dichas palabras precisamente con este propósito: confirmar la fe de ellos en que ninguna oración sería frustrada si estaba fundada en una promesa; alentar así a otros, y a su propio corazón, a ocuparse en ello diligentemente, y también como motivo para que Dios le oyera; pues luego discurre (v. 59): "Que estas mis palabras estén cerca de Jehová", etc., ya que El siempre ejecuta Su buena palabra para con Israel.

Razón 4ª. — *De no prestar atención, provocaréis al Señor a no responder en absoluto;* a guardar silencio definitivo, viendo que es en vano responder. Cuando uno habla a alguien que no le escucha, acabará cansándose, y renunciando a la conversación; lo mismo hará Dios. De modo que lo que dice el apóstol respecto a la fe (Hebreos 10: 36), que no basta creer, sino que

"habiendo hecho la voluntad de Dios, la paciencia os es necesaria" para preservar la fe, "para que obtengáis la promesa", puede decirse también, y ciertamente, de la oración. No basta orar, sino que, después de haber orado, es necesario que estéis a la escucha esperando una contestación, si queréis recibir lo que pedís; de lo contrario Dios no responderá. El sermón no está *terminado* cuando el predicador ha concluido, ya que su fin es que sea puesto en práctica; así también nuestras oraciones no han terminado cuando las hemos presentado, sino que hemos de esperar aún, y observar su cumplimiento.

Razón 5ª. — *Si no observáis sus respuestas, ¿cómo bendeciréis a Dios y le daréis gracias por oír vuestras oraciones?* El Salmo 116 comienza así: "Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas" (v. 1); motivo suficiente para que todos los versículos restantes sean de acción de gracias. Debéis perseverar en oración, "velando en ella con hacimiento de gracias" (Colosenses 4:2), lo que quiere decir no solamente velar para reparar en y recordar aquello que necesitáis, por lo cual tenéis que orar, sino también para tener las respuestas de Dios como tema de vuestras acciones de gracias. Muchos sobreabundan en este capítulo de las peticiones, pero en cuanto al de la acción de gracias, no piensan en él hasta que vienen a pedir, como tampoco consideran la forma de encontrar la fuente del agradecimiento. Pero si hay algo que os pueda ofrecer motivos de gratitud, es precisamente el estudio de las respuestas de Dios a vuestras oraciones, La razón de que oréis tanto pidiendo y tan poco agradeciendo, se debe a que no consideraréis las respuestas de Dios; no las estudiáis. Cuando hemos clamado en una oración fiel, Dios queda convertido en deudor nuestro a causa de la promesa, y hemos de fijarnos en el pago que de El recibimos, para acusar recibo con nuestro reconocimiento; pues, de lo contrario, su gloria quedaría mermada.

Razón 6ª. — *Si la gloria de Dios, en cierto sentido, queda mermada, también vosotros perderéis la experiencia que podríais haber adquirido.* (1) Experiencia tanto de Dios como de su Realidad, la cual producirá en vosotros esperanza y confianza en El para otras ocasiones, si una y otra vez habéis comprobado que contesta a vuestras peticiones. Cierta hombre, de reconocida santidad, en ocasión de que Dios le había concedido una gran petición, dijo: "Dado que Dios no me ha denegado nada de lo que le he pedido, ahora le pongo a prueba a menudo, y en adelante confiaré en El". Si oír las oraciones de otros nos alienta a dirigirnos a Dios (Salmo 32:6: "Por esto orará a ti todo santo"), mucho más cuando observamos y tenemos experiencia de que las nuestras son oídas. Dice David: "Porque ha inclinado a mí su oído, invocaréle por tanto en todos mis días" (Salmo 116: 2); como si dijese: "Ahora que Dios me ha oído, ya sé a quién recurrir: esta experiencia, aunque no tuviera otra, es suficiente para alentarme a orar siempre a Dios; por ella he aprendido a invocarle en todos mis días". Además, (2) observando las respuestas de Dios a vuestras oraciones, adquiriréis gran discernimiento de vuestros corazones, caminos y oraciones, por cuyo medio podéis aprender a juzgarlos. Así vemos, en el Salmo 66:18, 19, que la certidumbre que David tenía de no mirar a la iniquidad en su corazón fue fortalecida al comprobar que Dios había oído sus oraciones. Razonaba David de esta manera: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, Dios no me hubiera oído; pero Dios me ha oído". Por lo tanto, si Dios no os concede lo que le pedís, tendréis deseos de averiguar la razón de su proceder; y de este modo llegaréis a escudriñar vuestras oraciones y la condición de vuestros corazones, para ver en ello si no pedisteis mal; pues dice la Palabra: -Pedís, y no recibís, porque pedís mal" (Santiago 4: 3). Si enviáis recado a un amigo que generalmente es puntual en contestar, y no suele fallar, y no recibís respuesta suya, empezaría a pensar que algo ocurre.

También en el caso que nos ocupa; si se os niega una petición, tendréis celo por saber a qué se debe; y al hacer este estudio alcanzaréis a ver algo en vuestras oraciones que podéis corregir la próxima vez o bien, si recibís respuesta, debido a que Dios suele proceder en consonancia con vuestras oraciones, como observaríais quizá si os fijarais en su proceder hacia vosotros, llegaréis a tener gran discernimiento tocante a la aceptación y aprobación en que Dios tiene vuestros caminos. Os daréis cuenta de que su proceder para con vosotros y el vuestro para con El son en gran manera paralelos y se corresponden: mantienen, por decirlo así, una relación mutua. Leemos en el Salmo 18:6: "En mi angustia invoqué a Jehová"; y en los vs. 7 y siguientes prosigue describiendo su liberación, fruto de aquellas oraciones. En los vs. 20 y siguientes añade la enseñanza que ha sacado de ambas cosas: "Conforme a la limpieza de mis manos me ha vuelto", etc. "Limpio te mostrarás para con el limpio."

Razón 7ª. — *Si no prestáis atención a las respuestas de Dios, perderéis gran parte de vuestro consuelo.* No hay mayor gozo que ver cómo son contestadas las oraciones, o ver almas convertidas por nuestro medio: "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Juan 16:24). Recibir respuesta hace que el gozo abunde y rebose. Más aun, cuando oramos por otros y nuestras oraciones son contestadas, la alegría nos invade, y tanto más cuando se trata de nosotros mismos. Por esto, aun en las cosas secundarias de que goza el cristiano, su consuelo excede al de otro. Si "las aguas hurtadas son dulces, y el pan cotidiano en oculto es suave" (Proverbios 9:17) para los impíos, la vianda pedida en oración es tanto más dulce para los justos. En la mera petición de mercedes terrenales hay más dulzura que la que se tiene gozándolas. Es un gozo para el buen corazón ver la conversión de alguno, pero mucho más lo es para el que ha sido usado como medio de tal conversión: "No tengo yo mayor gozo", dice Juan, "que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad" (III Juan 4). Ver a Dios hacer bien a su iglesia, y oír las oraciones de otros, es un consuelo, pero mucho más lo es el ver que El lo hace en respuesta a las oraciones de uno. Por lo cual, cuando Dios restaura el consuelo a un alma entristecida, se dice que dará "consolaciones a él y a sus enlutados" (Isaías 57:18), o sea a los que oraron y se lamentaron con él, tanto como al alma por la que se oró. Para ellos es un consuelo ver que sus oraciones han sido contestadas, consuelo que tiene varias facetas: (a) Recibir noticia de Dios como recibirla de un amigo, aunque sólo sean dos o tres palabras, y aunque el asunto sea de menor importancia, si al pie de la carta se leen las palabras "tu padre que te ama", o "tu sincero amigo", produce abundante satisfacción. Así también la produce (b) saber que Dios nos tiene en cuenta, que acepta nuestras obras, y que cumple sus Promesas. (c) ¡Cuánto gozo el hallar a otro de la misma opinión durante una controversia! Pero la comprobación de que Dios y nosotros somos de un mismo parecer, y coincidimos en desear las mismas cosas (no sólo dos de nosotros, como vemos en Mateo 18:19), esto sí que produce gran gozo en el corazón: Y así ocurre cuando un hombre comprueba que su oración ha sido respondida. Por lo cual, mucho perdéis de vuestras consoladoras bendiciones cuando no observáis la contestación dada a vuestras súplicas.

En cuanto a normas y ayudas para descubrir el propósito de Dios para con vuestras oraciones, cómo observar las respuestas, y cómo conocer cuándo El responde, consideraremos algunos casos que pueden presentarse según las varias clases de oración y sus correspondientes respuestas.

1. Oraciones presentadas en favor de la iglesia, para cumplimiento de cosas que pueden acaecer en épocas venideras.

2. Oraciones hechas en favor de otros, o sea amigos, parientes, etc.

3. Oraciones pidiendo por vosotros mismos o por otras personas en que otros oran juntamente con vosotros.

CAPITULO II

ORANDO POR LA IGLESIA

En cuanto a las oraciones por la iglesia, y por el cumplimiento de las promesas que pueden realizarse en épocas venideras.

(1) Es posible que haya ciertas oraciones cuya contestación debáis contentaros en no ver por vosotros mismos en este mundo, por no corresponder su cumplimiento a vuestra época. Por ejemplo, las peticiones que presentáis por la vocación de los judíos, la ruina total de los enemigos de Dios, la prosperidad del evangelio, la plena pureza de las ordenanzas de Dios, el florecimiento y el bien particulares de la comunidad y lugar en que vivís. Todos aquellos de vosotros cuyos corazones andan en justicia concedéis especial valor a oraciones como éstas, y sembráis abundancia de preciosa semilla, la cual tenéis que contentaros con que la iglesia, quizá en tiempos venideros, pueda cosechar; oraciones todas que no se han perdido, mas tendrán su debida respuesta. Así como Dios es un Dios eterno, y la justicia de Cristo "justicia de los siglos", justicia eterna, y por tanto de eficacia eterna (Daniel 9:24), que por el Espíritu eterno se ofreció" (Hebreos 9:14) así también lo son las oraciones, que son obra del eterno Espíritu de Cristo, hechas a Dios en nombre de Cristo, y en El eternamente aceptadas, de validez eterna; por lo cual pueden cumplirse en tiempos venideros. Por ejemplo, la oración de Esteban por sus seguidores fue contestada en Saulo cuando aquél estaba ya muerto. También la oración de David contra Judas (Salmo 109:8, 9) se cumplió más mil años después, según se deduce de Hechos 1:20. Y las oraciones de la iglesia, durante los primeros trescientos años, pidiendo que los reyes llegaran al conocimiento de la verdad, y ellos vivieran "quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad" (exhortación de San Pablo en tiempos de Nerón, 1 Timoteo 2:2), no fueron respondidas y cumplidas hasta el tiempo de Constantino, en que la iglesia "parió un hijo varón" (Apocalipsis 12:5). Isaías 58, después de exhortar y dar instrucciones para ayunar y orar debidamente, añade esta promesa: "Los cimientos de generación y generación levantarás: y serás llamado reparador de portillos"; y dice esto al pueblo porque su ayuno y oración podrían influir en muchos siglos venideros, en el cumplimiento de lo pedido en oración. Y lo que Cristo dice cuando declara que los apóstoles iban a segar el fruto del ministerio de Juan el Bautista, y la semilla que él había sembrado, se cumple aquí igualmente: "Uno es el que siembra, y otro es el que siega" (Juan 4:37). En este sentido es cierto lo que dicen los papistas referente a que hay un tesoro común de la iglesia; aunque no es el de los méritos, sino el de las oraciones. Hay botellas que se están llenando de lágrimas, redomas que se están colmando para ser derramadas para la destrucción de los enemigos de Dios. ¡Qué cúmulo de oraciones las que se han ido incrementando a través de tantos siglos con este fin!. Acaso sea ésta una de las razones de que Dios se haya propuesto hacer tan grandes cosas hacia el fin el mundo; es decir, como cumplimiento a la multitud de oraciones

que se han acumulado durante tantos siglos, oraciones que entonces han de ser respondidas. Nos ocurre a nosotros con nuestras súplicas como a los profetas de antiguo en sus profecías: "El Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual prenunciaba las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas. A los cuales fue revelado, que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora os son anunciadas" (1 Pedro 1:11). Así ocurre en el espíritu de oración: ocupa el lugar del espíritu de profecía, pues oramos siendo guiados por el Espíritu, "quien nos enseña qué hemos de pedir", en cuanto a las muchas cosas que acaecerán posteriormente.

(2) Ahora bien, es posible que sea revelado por medio de una impresión secreta transmitida a tu espíritu, que estas cosas ocurrirán. En ellas tu fe será confirmada y verá claramente que por tus oraciones (entre otras) Dios lo hará, y que tus oraciones son efectivamente parte de la suma total. Ante estas oraciones Dios suele actualmente testificar también nuestra aceptación, revelándonos más profundamente que le pertenecemos, como hizo con Moisés, a quien nunca manifestó tanto Su amor como cuando más oró por Su pueblo. Acaso esto constituya una de las mejores demostraciones de la rectitud de tu corazón, o sea el que puedas orar por el bien de la iglesia, aunque tengas que hacerlo durante mucho tiempo sin que jamás veas con tus ojos los resultados, como en el caso de David, quien, con todo, se gozó en ello.

(3) Y cuando estas cosas se hayan cumplido, y estés en el cielo, tu gozo será sin duda tanto mayor al recordar estas tus oraciones: te gozarás en aquellas que hiciste por la conversión de las almas, como también en las que fueron para ruina de los enemigos, de la iglesia, etc. Si hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, por ser el nacimiento de un nuevo príncipe y heredero del cielo, acaso también, proporcionalmente, se gozará más aquél cuyas oraciones tuvieron mayor participación y especial interés en ello. De la manera que todas tus obras te siguen, también tus oraciones y "el fruto de ellas", como dice Jeremías 17:10. En el día del juicio te gozarás, así como los que se beneficiaron del fruto de tus oraciones en su tiempo, habiendo tú sembrado la semilla de su bienaventuranza: "El que siembra también goce, y el que siega", como dice Cristo (Juan 4:36).

CAPITULO III

ORANDO POR LOS DEMAS

Oraciones hechas en favor de otros. La respuesta de Dios a las mismas.

En cuanto a las oraciones hechas en favor de otros, pidiendo por personas en particular, tal cómo amigo, parientes, etc., y asimismo pidiendo bendiciones temporales, diremos lo siguiente:

Sabemos que hemos de orar por otros; por ejemplo, los ancianos de la iglesia por los que están enfermos (Santiago 5:15, 16). "Rogad los unos por los otros", dice Santiago. Si alguno

padece por causa de concupiscencia, cuénteselo a un amigo íntimo:" Confesaos vuestras faltas unos a otros", ya que, cuando las oraciones propias no son suficientes para echar tal concupiscencia, quizá se logre con la ayuda de las oraciones de otro. Por lo cual sigue diciendo: "Para que seáis sanos"; y es en este sentido que entiendo la sanidad de que se habla en el v. 16. Así, en 1 Juan 5:16, encontramos también: "Si alguno viere cometer a su hermano pecado no de muerte", es decir, no contra el Espíritu Santo, "demandará, y se le dará vida"; Dios dará la vida al que no peca para muerte.

Observemos ahora cómo son contestadas estas oraciones:

Primera observación.-Dios oye a menudo tales oraciones: ¿por qué, sino, se han hecho tales promesas como la de la sanidad de los cuerpos (Santiago 5:15), la liberación de la concupiscencia y el don de la vida (1 Juan 5:16)? Dios ha hecho estas promesas para alentarnos a orar, y para dar testimonio de su abundante amor para con nosotros, amor que de tal manera rebosa, que, no solamente nos oye cuando pedimos para nosotros mismos, sino para otros también; lo cual significa que gozamos de extraordinario favor. Así lo indica Dios a Abimelec tocante a Abraham: "Es profeta, y orará por ti, y vivirás" (Génesis 20:7). Y de la manera que él era profeta, nosotros somos sacerdotes ante Dios nuestro Padre para con nosotros y para con otros también. Es ésta una prerrogativa de que gozamos por la comunión que tenemos con el oficio sacerdotal de Cristo, quien "nos ha hecho reyes y sacerdotes" (Apocalipsis 1:6), para permanecer ante el trono e interceder por otros; lo cual es, además, prenda y señal especiales de un amor extraordinario, pues si Dios oye las oraciones de uno en favor de otros, mucho más en favor de uno mismo. Cuando Cristo curó al paralítico, fue, según se declara, a causa de la fe de los presentes: "Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Confía, hijo; tus pecados te son perdonados" (Mateo 9:2). Esto no significa que por causa de la fe de ellos perdonó los pecados de aquel hombre, pues Habacuc 2:4 dice que "el justo en su fe vivirá"; sino que lo hizo para alentar a los que por fe le habían traído, y para alentarnos también a todos nosotros a traer a otros y sus aflicciones ante El mediante la oración. El Señor aprovechó aquella ocasión para declarar y pronunciar perdón a aquel pobre hombre; por lo cual dijo: "Tus pecados te son perdonados".

Segunda observación.-Conviene, sin embargo, tener en cuenta que las oraciones en favor de otros muchas veces quizá no obtengan aquello que especialmente se apela para ellos. Así tenemos la oración de Samuel en favor de Saúl en 1 Samuel 15:35; y la oración de David por sus enemigos en el Salmo 35:13.

Porque en esto ocurre como en el uso de otros medios de gracia y ordenanzas para bien de otros. Dios ha hecho, en este respecto, promesas para nuestras oraciones semejantes a las que tenemos para nuestros esfuerzos por convertir cuando predicamos a los hombres. Predicamos a muchos, mas pocos son los que creen; pues, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Romanos 10:16); "todos los que estaban ordenados para vida eterna" (Hechos 13:48); nos hacemos "todo a todos, para que de todo punto salvemos a algunos" (1 Corintios 9:22). De modo que oramos por muchos, sin conocerlos y sin saber quiénes son los que están ordenados para vida eterna, lo cual no debe impedir que oremos por ellos Q Timoteo 2:3, 4). Si el mandamiento de Dios de que prediquemos el evangelio es señal más que probable de que El tiene algunos por convertir (aunque a menudo son pocos los que son alcanzados eficazmente por la Palabra), de la misma manera, cuando El ha movido nuestros corazones a orar por otros, es señal de que nos oirá en

cuanto a algunos de aquellos por quienes oramos, bien que es posible que la respuesta sea negativa. Dios exige de nosotros la oración como un deber, como un medio externo ordenado por El, del cual a veces se vale para hacer que las cosas ocurran; pero esto no quiere decir que dicho medio sea siempre seguro e infalible, como si El se hubiese comprometido universalmente a hacer que ocurra todo cuanto se le pida.

Aunque ciertamente Su promesa de oír y aceptar la oración es general y universal, debemos recordar que la promesa de oírla, otorgando precisamente lo que se ha pedido, es indefinida, como ocurre también con la que se refiere a otros medios de hacer bien a los hombres. Por ejemplo, nuestras admoniciones y reprensiones, nuestra predicación, etc. Estas promesas han sido hechas por Dios porque, a veces, efectivamente, El oye y convierte por medio de ellas. La que tenemos en Santiago 5:15 de sanar al enfermo, no puede ser universal, por la sencilla razón de que nos veríamos lógicamente obligados a concluir que los enfermos no morirían jamás, cuando la Escritura dice que "está establecido a los hombres que mueran una vez" (Hebreos 9:27). El significado real de este pasaje es que se trata de una ordenanza a la que Dios ha dotado de una promesa de gracia, pues, en efecto, El sana muchas veces a los enfermos como respuesta a las oraciones de los ancianos de la iglesia. Así pues, en todas estas ocasiones particulares sólo nos resta confiar sumisamente en que Dios obrará; pero no con plena certidumbre, pues tal promesa no es universal, sino indefinida.

De naturaleza similar son todas las demás promesas relativas a cosas temporales y externas, de las cuales tratamos aquí; como por ejemplo cuando Dios promete dar muchos años de vida a los que honran a sus progenitores, y riquezas y honores a los que le temen. El tenor y alcance de estas promesas no es que Dios, de modo absoluto, infalible y universal otorgue estas cosas a los que tienen derecho a ellas conforme a las condiciones especificadas. La Escritura y la experiencia común presentan casos que demuestran lo contrario: son, por lo tanto, de carácter indefinido, y como tales hemos de entenderlas. Cuando quiera que Dios concede alguna de tales misericordias a alguno de los suyos, ha querido hacerlo mediante promesa. "Todos sus caminos son verdad", significa que son el cumplimiento de una verdad prometida. Así vemos que El, en la dispensación de los bienes terrenales, ha dispuesto riquezas y honores a algunos, y sólo a algunos, de los que le temen; de lo contrario, ¿cómo acontecería todo de la misma manera a todos (Eclesiastés 9:2), pobreza y menoscabo a los que temen a Dios, como a los que no le temen? En particular, El ha expresado de modo indefinido la forma de otorgar sus favores, y exige, comprensiblemente un acto de fe (principio totalmente acorde con la naturaleza del tema) como condición para la dispensación de los mismos, ya que en Sus promesas El no se ha comprometido de modo absoluto, infalible y universal a ponerlas por obra para con todos los que le temen. El acto de fe que un hombre ha de ejercer para con esta promesa en cuanto a la aplicación de la misma a su caso particular, no ha de ser el de una infalible persuasión y certeza absoluta de que Dios le concederá estas cosas; sino simplemente el de un, llamémosle, indefinido acatamiento y sumisión, lanzándose esperanzado en Sus manos, sin saber si tales bendiciones terrenales le serán otorgadas, mas, de todas formas, sujetándose a Su voluntad sea cual fuere la respuesta.

Es verdad, ciertamente, que el acto de aprobación general que la fe ha de dar a la promesa, en la verdad general abstracta que contiene, ha de ser una persuasión convencida en certidumbre y fe de que Dios ha hecho esta promesa, y que ciertamente la cumple para con

algunos conforme al propósito que en ella ha expresado. Este acto de aquiescencia general consiste en aquel "creer no dudando nada" (en cuanto a la verdad de la promesa en general), que Santiago exige en la oración (1:6). Al mismo tiempo, ese acto especial de aplicación, como los teólogos lo llaman, exigido en esta fe, según el cual he de descansar en ella en un caso particular, no se exige que sea una persuasión y certeza de creer que sin duda esta particular promesa se cumplirá en mí; ya que la verdad, el propósito y el intento de ella no son universales, sino indefinidos. De modo que, siendo *posible* (como Dios expresa en Sofonías 2:3) que en mi caso se realice, *mi deber es ponerme en manos de Dios y pedirlo, sometiéndome a su buena voluntad en cuanto a que El lo cumpla en mí*. En el aspecto en que la verdad e intento de la promesa son revelados como infalibles e indudables, el hombre está obligado a un acto de fe responsable de persuasión cierta e infalible en cuanto a dicha promesa, creyendo, sin dudar nada, que Dios la ha hecho y que la cumplirá conforme al intento que tenía al hacerla; o sea, cumplirla para con algunos. No obstante, por ser su carácter indefinido, y no estar revelado en ese respecto si se cumplirá para conmigo, Dios no exige de mí, en la aplicación de la promesa, una persuasión absoluta y plena de que Dios lo realizará en mi caso de tal o cual manera, etc.; mas exige tan sólo un acto de dependencia y adhesión, poniéndolo todo en manos de su buena voluntad, sabia y justa para conmigo.

Empero, asimismo, si en cualquier momento Dios diere a un hombre tal fe especial tocante a una bendición temporal para él o para otro, está obligado a creerlo así particularmente. Por ejemplo, cuando El dio poder a los apóstoles para obrar milagros, estaban obligados a creer que sería infaliblemente así: que los demonios serían echados, etc. Así vemos cómo Cristo increpa a sus discípulos por este motivo, por no creer de esta manera en tales ocasiones especiales (Mateo 17:20).

Además, es también cierto que si Dios da esta fe, lo hará infaliblemente; así es como deben entenderse las palabras de Mateo 21:22: "Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis". El Señor habla aquí de la fe que obra milagros; pues en el v. 21 habla dicho: "Si tuviereis fe y no dudareis... si a este monte dijereis: *Quítate y échate en la mar, será hecho*". Cuando Dios obra semejante fe, y somos llamados a ella, hemos de creer con persuasión y certidumbre que tal cosa será hecha, y así ocurrirá. Pero Dios no siempre nos llama a esta clase de fe especial en promesas temporales para con nosotros u otros. Si en algún momento hemos creído en efecto, no dudando nada, a causa de una fe especial obrada por Dios, que El quitarla una montaña y la echaría en la mar, o que otorgaría alguna gracia externa, así será hecho; pues el que causa semejante fe cumplirá lo creído. Dios no exige que los creyentes crean sin dudar nada en esta forma de fe en cuanto a las cosas temporales. Las promesas relativas a tales cosas no son universales, sino indefinidas; por lo cual se entiende que un hombre, aun en el caso de reunir los requisitos que la promesa exige, no está obligado absolutamente a creer que Dios le concederá sin duda tal bendición temporal, pues ésta no es universal para todos los que reúnen tales condiciones, sino indefinida, es decir, sólo para algunos de los que las tienen. Lo mismo se aplica a nuestra fe en las promesas hechas a nuestras oraciones por los demás, que es lo que nos ocupa.

Tercera observación.-*Cuando las oraciones se hacen así por conciencia de nuestro deber hacia aquellos a quienes, no obstante, Dios no ha destinado aquella gracia, son devueltas a nuestro propio seno para beneficio nuestro. Así nos dice San Pablo que se huelga aun en la predicación de aquellos que lo hacen por contención, ya que todo se tornará a salud para él*

(Filipenses 1:19). Las oraciones por otros, aunque resulten ser en vano para aquellos por quienes hemos orado, se vuelven en provecho nuestro. En el Salmo 35:12, 13. cuando los enemigos del salmista enfermaron, David oró y se humilló; "y mi oración", dice, "se revolvía en mi seno". En esta oración secreta por sus enemigos, David testificó la sinceridad de su corazón ante Dios, perdonándolos verdaderamente (pues es disposición habitual de los hijos de Dios orar por quienes son sus mayores enemigos). Esta oración, aunque no les aprovechó, retornó a David para beneficio suyo; volvió a él trayéndole bendiciones. Dios se deleita en este espíritu de súplica y recompensa tal disposición en su hijo tanto como lo hace con cualquier otra, si es un fiel reflejo de Cristo, y muestra que Dios es nuestro Padre y que sus afectos moran en nosotros. Dios causa en sus hijos esta disposición a orar por sus enemigos, no siempre porque guste oírlos solamente, sino porque piensa en provocar, y así poder recompensar, aquellas disposiciones santas que constituyen la parte más noble de Su misma imagen en ellos, y en las cuales tanto se deleita. Así, estas oraciones regresan al seno de los que las hacen, y valen como si hubieran estado orando por sí mismos todo este tiempo. De modo similar, cuando Moisés oró tan fervientemente por el pueblo de Israel, Dios ofreció devolver su oración a su propio seno, y hacer tanto por él solo como había deseado hiciera por ellos. "Yo te pondré sobre gente fuerte", le dice Dios (Deuteronomio 9:14), por quienes haré tanto por tu causa como tú has rogado que hiciese por ellos. Cristo dijo a los discípulos que si en una casa adonde fueran a predicar el evangelio no había algún "hijo de paz" (Lucas 10: 6) por quien el mensaje fuera recibido, y en quien su paz reposara, "vuestra paz", dice, "se volverá a vosotros". Así ocurre si vuestras oraciones no se realizan.

Cuarta observación.— Si hemos orado durante largo tiempo por aquellos a quienes Dios no se propone con ceder misericordia, los echará finalmente de nuestras oraciones y de nuestros corazones, y disuadirá a éstos de orar por ellos. Lo que hizo por revelación del cielo a algunos profetas de la antigüedad, como a Samuel y a Jeremías, lo hace por medio de una obra invisible; es decir, retirando Su ayuda en la oración en favor de los tales, quitando a alguno el espíritu de súplica en favor de algunos hombres y asuntos. Esto es lo que hizo con Samuel: "¿Hasta cuándo has tú de llorar por Saúl?" (I Samuel 16:1). En el caso de Jeremías dice: "No ores por este pueblo" (Jeremías 7: 16). Y lo manda así porque le desagrade que los suyos oren, no queriendo que el precioso aliento de la oración se vea privado de éxito pleno y directo; por lo cual, cuando se propone no oír, quita la llave de la oración: tal es su deseo de responder a toda súplica. Ocurre lo mismo que en el caso de reprender a otro. Cuando Dios no se ha propuesto bendecir a alguno, cierra el corazón de un hombre para con el tal, de modo que no puede reprenderle; mientras que, por el contrario, si se ha propuesto bendecirle, ensanchará ese mismo corazón. Como en el caso de las oraciones en favor de otro, un hombre no podrá orar por otro, como tampoco reprenderle, aunque su sentimiento le empuje a hacer ambas cosas, pues le ocurre lo que Dios amenaza hacer con respecto, a Ezequiel y el pueblo: que se pegue tu lengua a tu paladar" (Ezequiel 3: 26).

Quinta observación. — *Las oraciones* que hacemos por algunas personas, Dios, a veces, las contesta en otras, quienes nos serán de, tanto consuelo como aquellas por quienes habíamos pedido. Muchas veces, Dios, para demostrar que "no mira lo que el hombre mira", ni escoge lo que el hombre escoge, deja que nuestros corazones se entreguen a la oración por la conversión o el bien de alguien al cual El no se propone otorgar misericordia, y luego responde a tales oraciones en la persona de otro, haciendo que le amemos. Cuando Dios había ya desechado a Saúl, el corazón de Samuel persistía aún en orarle, mas Dios, al mismo tiempo que le manda

dejar de llorar por Saúl (1 Samuel 16), para mostrar que había aceptado sus lágrimas, le dice: "Ve y unge a uno de los hijos de Isaí" (1 Samuel 16:l). Samuel estaba especialmente preocupado por la sucesión del reino del cual él había sido regente, y su corazón anhelaba ver un buen sucesor. El había ungido a Saúl, y su alma se afligía en extremo ante la impiedad de este rey. Pero Dios vio y respondió al anhelo de sus oraciones; por lo cual, inmediatamente después de orar, le envió a ungir al mejor rey que jamás se sentó en aquel trono; rey que fue el resultado y respuesta de aquellas oraciones. Asimismo, cuando Samuel llega para ungir a uno de los hijos de Isaí, y, ve a Eliab (v. 6), dice: "De cierto delante de Jehová está su ungido". De escoger Samuel, hubiera preferido a éste; habría orado por él ardentemente; mas "Jehová mira no lo que el hombre mira" (v. 7), y no escoge como el hombre. En David, pues, su oración fue plenamente oída, y contestada de modo mucho mejor. El caso de Abraham es parecido; había orado por Ismael: "¡Ojalá Ismael viva delante de ti!" (Génesis 17:18); mas Dios le dio a Isaac en su lugar. Quizás tú oras por un hijo más que por otro, por afecto natural, mirando a su rostro y estatura, como Samuel en el caso de Eliab; pero si tus oraciones son fundamentalmente sinceras, deseando un hijo de la promesa, Dios te contesta, aunque sea en otro, por quien, quizás, tu corazón no estaba tan conmovido; quien, no obstante, una vez convertido, te sirve igualmente de consuelo, y es como si aquél, por quien tú más orabas, hubiera sido el objeto de tal obra divina.

CAPITULO IV

ORANDO JUNTAMENTE CON OTROS

Respecto a oraciones en que otros oran juntamente con nosotros.-Cómo discernir en tal caso la influencia de nuestras propias oraciones.

Cuando un hombre ora pidiendo algo juntamente con otros, ¿cómo ha de saber que sus oraciones tienen parte en obtenerlo, tanto como las de los demás? Porque en tales casos es posible que Satanás objete, diciendo: "Aunque esto ha sido ciertamente otorgado, no es por tus oraciones, sino por las de los demás que han orado contigo".

(1) Si tu corazón simpatizaba y armonizaba en los mismos afectos santos que los demás en la oración, no cabe duda de que tu voz ha cooperado a que se llevara a cabo: "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra", dice Cristo (Mateo 18:19), y la palabra usada en el original griego dice: si en armonía se convinieren en tocar la misma tonada, pues las oraciones son música a los oídos de Dios, por eso Efesios 5:19 las llama (en la Versión Autorizada inglesa) "melodía al Señor". No se trata simplemente de estar de acuerdo en aquello que se pide, sino en los afectos, pues son éstos los que constituyen la armonía y la melodía. Ahora bien, si el Espíritu de Dios toca y emplea los mismos afectos santos en tu corazón que en el de los demás que oran, formas efectivamente parte de la armonía que sin ti hubiera sido imperfecta. Más aun, es posible que la cosa no se hubiera llevado a término sin ti, pues Dios exige a veces cierto número de voces, como cuando pidió que hubiera diez justos para salvar a Sodoma. Cuando te han movido los mismos motivos y afectos que han movido a ellos en la oración, es que ha sido obra del mismo Espíritu. Dios te ha oído.

De modo especial, si Dios despertó en ti el mismo instinto secreto para armonizar con otro en la oración, como a veces ocurre, sin un previo y mutuo conocimiento del tema, no cabe duda de que tus oraciones intervienen tanto como las suyas. A veces observaréis que en los corazones del pueblo de Dios es puesto un instinto común del Espíritu para orar de modo general en pro o en contra de una cosa, sin que antes haya habido un mutuo acuerdo. Tal es el caso de Ezequiel, que junto al río de Quebar profetizó las mismas cosas que Jeremías en Jerusalén. Asimismo vemos que, por el tiempo en que Cristo el Mesías vino en carne, fue despertada gran expectación en los corazones de personas piadosas, que le esperaban y oraban por El (Lucas 2:27, 38).

(2) Dios, de la manera que vamos a considerar, suele a menudo demostrar a un hombre que sus oraciones, entre las de otros han contribuido a la obtención de algo.

(a) Por medio de alguna circunstancia: como, por ejemplo, ordenando a veces que el hombre que más oró por un motivo de importancia reciba las primeras noticias de la respuesta a tal oración; lo cual Dios hace sabiendo que la noticia será gratamente acogida por él. En esto Dios hace como nosotros con un amigo de quien sabemos está interesado de corazón en un asunto; envía la primera noticia al que más estaba interesado y más oraba por ello. Sin duda que el buen Simeón había estado buscando al Señor fervorosamente, como el resto de Jerusalén, para ver cuándo Dios enviaría al Mesías al mundo a restaurar y levantar las ruinas de Israel. Dios le reveló que le vería antes de morir, y para demostrarle cuánto apreciaba sus oraciones, le llevó al templo precisamente en el momento en que traían al niño para ser "presentado al Señor" (Lucas 2:27, 28). De modo semejante Dios ordena que la excelente Ana, "que no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones", llegue allí en el preciso instante (Lucas 2:37, 38). Por medio de una u otra circunstancia especial, Dios suele testificar al corazón de un hombre, para que sepa que le ha oído cuando oraba juntamente con otros.

(b) Llenando el corazón de abundante gozo al cumplirse aquello que uno ha pedido en oración; lo cual es argumento elocuente de que, en efecto, estas oraciones conmovieron al Señor tanto como las de los otros. El anciano Simeón, viendo ahora la respuesta a sus oraciones, estaba dispuesto aun a morir de gozo, y creía que no habría mejor ocasión: "Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz". Cuando los deseos se han vivido intensamente, al venir la respuesta, participan adecuadamente en el consuelo que esto trae. Si los deseos abundaron en la oración, también abundará el gozo y el consuelo en la respuesta. Cuando un buque regresa a puerto, no sólo los propietarios del mismo, sino todo el que se aventuró en el viaje, participa del alivio del regreso en la proporción en que participó en el riesgo. E igual ocurre en el caso que nos ocupa; aunque haya algunos más directamente afectados e interesados en la misericordia obtenida, tú te gozarás en Dios de que aquella haya sido obtenida. Pablo había plantado una iglesia en Tesalónica, pero no pudo quedarse a regarla con su propia predicación; no obstante, estando ausente, riega con sus oraciones las plantas que había puesto: "Orando de noche y de día con grande instancia" (I Tesalonicenses 3:10), dice. Y de la manera que sus oraciones fueron en gran medida abundantes por ellos, así también lo fue su gozo cuando se enteró de que perseveraban firmes y sin apostatar: "Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor" (v. 8). "Por lo cual, ¿qué hacimientos de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios?" (v. 9).

(e) Si Dios os da un corazón agradecido por una bendición otorgada a otro, por la que muchos habéis orado juntos, es también señal de que vuestras oraciones han participado en ello. San Pablo no sabía cómo dar gracias por las respuestas a sus oraciones, como hemos visto en el pasaje mencionado. El anciano Elí, según el texto, había presentado tan sólo una breve petición jaculatoria en favor de Ana: " El Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho" (ISamuel 1:17), y por la respuesta concedida a aquella única oración (cuando Ana relató cómo Jehová le había contestado, vs. 26, 27), dio las gracias solemnemente: "y adoró allí a Jehová" (1:28).

(3) Finalmente, si aquello por lo que otros oraban juntamente contigo te afectaba personalmente, ¿qué motivos tienes para pensar otra cosa, sino que ha sido concedido por tus propias oraciones, y no sólo por las de ellos, dado que Dios movió sus corazones a orar por ti, lo mismo que movió el tuyo, y luego te dio lo que deseabas? Esto demuestra que eres amado como ellos, y acepto como ellos. "Sé que esto se me tornará a salud, por vuestra oración", dice Pablo en Filipenses 1:19. Aunque intervinieron las oraciones de ellos, si Pablo mismo no hubiera sido acepto, ni las oraciones de todos los hombres del mundo hubieran bastado para hacerle bien. Dios podrá oír las oraciones de los hombres piadosos en favor de los impíos (cuando éstos no oran por sí mismos), en cuanto a las cosas temporales; así vemos que oyó la oración de Moisés por Faraón y la de Abraham por Abimelec. El oye también a los justos tanto más pronto a causa de las oraciones de otros; por ejemplo, oyó a Aarón y a Miriam por causa de Moisés (Números 12:13). Mas si Dios mueve tu corazón a orar por ti mismo, y mueve a otros a hacerlo también por ti, El, que te ha dado el deseo de orar, oirá también tus oraciones, y las tendrá en más aprecio que las de los demás, como misericordia más especial para contigo, puesto que tú eres el más directamente interesado.

CAPITULO V

ADMONICIONES GENERALES

Instrucciones generales en todos los casos y oraciones. Observaciones a efectuar antes de orar y durante la oración.

Ha llegado el momento de considerar algunas instrucciones más generales como ayuda para discernir y observar la mente de Dios, y sus respuestas a vuestras oraciones. Instrucciones todas que pueden ser útiles en los casos ya mencionados y en toda suerte de oraciones, de la clase que sean. Se trata de observaciones a tener en cuenta *antes, durante y después* de la oración.

1. Instrucciones a tener en cuenta antes de orar. Dios manda orar, por decirlo así; es decir, habla en secreto al corazón para que ardientemente ore por algo. Veámoslo en las palabras de David en el Salmo 27:8: "Mi corazón ha dicho de ti: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová". Dios habla al corazón para que ore, no simplemente diciendo a la conciencia lo que debe hacer, sino que, como en el principio cuando El creó, dijo: "Sea la luz; y fue la luz", así también, ahora dice: "Sea oración", y hay oración. Es decir, Dios derrama sobre un hombre

espíritu de gracia y oración disposición para orar; imparte motivos, sugiere argumentaciones y súplicas para con El. Descubriréis que todas estas cosas vienen fácilmente y de por sí acompañadas de cierto calor vivificador y del ensanchamiento de los afectos; de cierta persistencia, anhelo e inquietud del espíritu por estar a solas, por derramar el alma delante de Dios, por desahogar y dar forma a dichos movimientos y sugerencias, hasta lograr expresarlos y convertirlos en una petición.

Es un mensaje al corazón. Fijaos en los tiempos en que Dios obra así, y no los desatendáis, para que podáis martillar cuando el hierro está rojo. Es entonces cuando sabes que El te oye; es una oportunidad especial como quizás no tendrás otra. Los que van a pedir favores a la corte, tienen muy presente los *mollissima fándi tempora* (tiempos propicios para las peticiones, cuando sus reyes están en buena disposición), de lo cual ellos sin falta se aprovechan, y de forma especial si es el propio rey quien empieza a hablar del asunto que quedan plantearle. De ahí que algunos interpreten la frase del Salmo 10:17 como que Dios prepara el corazón y hace que el oído oiga; es decir, le da forma y lo dispone para orar. Indudablemente, cuando Dios inspira la petición de esta forma, es señal evidente de que se propone oírnos.

Mas viene a propósito aquí observar la diferencia que hay entre esta voz que habla al corazón y aquellas por cuyo medio Satanás nos lleva a tales deberes en horas y tiempos fuera de sazón; como por ejemplo cuando conviene que nos ocupemos en nuestra labor profesional, en las comidas, o en dormir, etc. Inducir a la oración en tales momentos es un artificio que emplea para fatigar a los recién convertidos. La diferencia se apreciará en lo siguiente: el diablo viene a la conciencia de modo violento e imperioso, pero no capacita en absoluto al corazón para cumplir con el deber. Mas, como quiera que Dios llama de modo extraordinario, El mismo acomoda y prepara el corazón. y llena el alma de santas sugerencias y argumentos. Cuando Dios nos llama a algo, da capacidad especial para hacer aquello a que nos llama, de modo que, por lo general, cuando quiere que se haga y tenga lugar algo grande, mueve los corazones de los hombres a orar por medio de una especie de previo instinto lleno de gracia. El estimula y conmueve las fibras de sus corazones al derramar su Espíritu sobre ellos. Así vemos que, al acercarse el retorno de la cautividad, movió el corazón de Daniel (Daniel 9:1). Conociendo éste por los libros que el tiempo señalado estaba a punto de cumplirse, fue movido a buscar a Dios. Y lo mismo que al que compuso el Salmo 85 (véanse vs. 9, 10): "Cercana está su salud", El le movió a orar y a escribir aquella maravillosa oración por el retorno de la cautividad; lo cual estaba también predicho que haría (Jeremías 29:10-12), habiendo prometido: "Cuando en Babilonia se cumplieren los setenta años" (v. 10), dice, "me invocaréis, e iréis y oraréis a mí, y yo os oiré" (v. 12). No dice esto solamente a modo de mandamiento, para indicar lo que debían hacer, sino también profetizando lo que harían. Se había propuesto mover entonces sus corazones, como así hizo, según se aprecia en los ejemplos mencionados. Observa, pues, tú, si Dios ha ensanchado tu corazón de esta manera para pedir a veces, y en momentos extraordinarios, cuando quizá no pensabas en orar por tal cosa. El te movió con suma eficacia acaso mientras paseabas, etc., y usando un rato libre, te atrajo a su presencia, y te hizo clamar en la forma que ya hemos visto. Presta atención a estas cosas durante todos los días de tu vida.

2. No solamente dice Dios al corazón que ore, sino que le habla durante la oración, lo cual puede discernirse por los siguientes detalles:

(a) Dios sosiega y contenta el corazón al tiempo que se ora, lo cual hace diciéndole algo, aunque no siempre se discierna lo que ha dicho. Si vieras a un ferviente e importuno solicitante entrar ansioso en casa de un personaje importante, mas le notarás alegre, contento y tranquilo al salir, lógicamente pensarías que su petición había hallado una respuesta alentadora, suficiente y favorable. De la misma manera, si cuando te has acercado a Dios, y has sido ferviente e importuno en tu petición, como por ejemplo pidiendo tener a Cristo ("¡Dame a Cristo o muero!"), te levantas con el espíritu sosegado y satisfecho, y notas que han desaparecido la ansiedad y solicitud de tu corazón por aquello que pedías, es buena señal de que Dios ha oído tu oración y de que ha dicho a tu corazón dulces palabras de apaciguamiento. Ana, con gran amargura y deseo ardiente, tanto más a causa de la prolongada espera (pues Proverbios 13:12 dice que "la esperanza que se prolonga y por la misma razón también el deseo. Te es tormento del corazón"; de la abundancia del dolor derramó su alma delante del Señor (1 Samuel 1:16), uniéndose a su oración Elí el sacerdote ("El Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho"). Mas, después de esta oración halló su corazón tan sosegado que "no estuvo más triste", como dice el texto. Se levantó tranquilizada, y fue aquella oración la que hinchó la boca de Elí con palabra de profecía; y el corazón de ella con la tranquilidad. Palabra secreta de Dios que apaciguó aquellas olas; y, en consecuencia, Dios le dio un hijo, el hijo de sus deseos.

Esto es lo que Dios hace aún actualmente: hablar al corazón; dejar caer en él una promesa, algún pensamiento particular, palabras de consuelo, semejantes a las de Elí: "El Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho. Pablo oró fervientemente a Dios rogando que le librara del aguijón en su carne" (y no voy a tratar aquí de si era el azote de cierta concupiscencia, o la tentación de blasfemar), y la respuesta que tuvo, entretanto le era quitado, fue suficiente para calmarle y tranquilizarle: "Me ha dicho" (o sea, estando en oración el Señor puso en sus pensamientos esta consideración y promesa) "bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona" (II Corintios 12:8, 9). La respuesta así dada, la promesa así hecha a tiempo, apaciguó y calmó el corazón de Pablo. Del mismo modo, si tú has estado orando mucho tiempo contra la pobreza o alguna aflicción semejante, Dios deja caer esta promesa u otra similar en tu corazón: "No te desampararé, ni te dejaré" (Hebreos 13:5), que tranquiliza y contenta tu espíritu. Esto *constituye una respuesta; y te recomiendo que observes tales respuestas, porque son de gran precio.*

(b) Si estando en oración Dios se acerca a tu alma y se revela a ella con motivo de tal o cual petición en particular, por ejemplo, en el caso de que al empezar te hubieras propuesto principalmente pedir alguna gracia temporal de sus manos, la resolución de algún asunto importante para bien y prosperidad de la iglesia (como Daniel, cap. 9, buscó a Dios pidiéndole el retorno de la cautividad); si antes de empezar a pedirlo, digo, o mientras lo estás pidiendo, Dios te sonrío, te da la bienvenida, se echa sobre tu cuello y te besa, has de considerar esto como señal de que oye tu oración, y que te acepta a ti y a ella. Si estando en tal o cual petición se experimenta más intensa impresión del favor y la presencia de Dios que en otras ocasiones o que en otros pasajes de la misma oración, es señal de que Dios te oye en este particular, y debes observar lo que El dice a tu corazón. Cuando apenas has llegado a Su presencia a suplicarle, El te dice: " Heme aquí- (Isaías 58:9). Por tanto, David clama: "Apresúrate, óyeme", y para que sepa que si le oyes, ---acércate a mi alma" (Salmo 69:17, 18). Cuando Dios se acerca a ti, es señal de que te oye. Habiendo Daniel ayunado y orado durante tres semanas seguidas (10:2, 3), vino un ángel y, una de las tres Personas le dijo que era "varón de deseos" ("hombre muy amado"), según

la Versión Autorizada inglesa. 10:11, 19). Cuando, de manera parecida, Dios por su Espíritu viene a tu encuentro y dice a tu corazón secretamente que eres su amado y que El es tuyo es que tus oraciones ciertamente han sido oídas; pues si acepta tu persona, mucho más tus oraciones (I Juan 5:13, 14). Los hombres falsos (falsos en la balanza como lo expresa David (cuando son probados y pesados), tratan a los que vienen a pedir sus favores, tanto más bondadosamente cuanto más pronto se proponen desecharlos y denegar sus peticiones; pero Dios, que es la verdad y la fidelidad personificada, no obra así. Cuando El se propone responder a la oración, revela a veces su libre gracia, para que aquellos que son objeto de ella puedan ver y reconocer que su amor eterno es el origen de todo, recibiendo así lo que se ha pedido como fruto de tal amor, y quedando con ello mucho más profundamente agradecidos.

Permitidme que añada solamente una advertencia que puede seros de gran utilidad: No siempre es infaliblemente cierto que cuando Dios se os acerca durante una petición particular, ésta os haya de ser concedida de la manera que vosotros deseáis; pero sí es evidencia segura de que vuestra oración ha sido oída de que lo que se a pedido es conforme a Su voluntad, de que os aprueba con gusto tanto a vosotros como a vuestras peticiones, de que tiene tanto más excelente opinión de vosotros a causa de ello, y de que os concederá lo pedido u os dará algo mejor. Es posible que haya en este caso una confusión en cuanto a lo que Dios se propone, si creemos que, cuando El se acerca a nosotros, lo que se pidió ha de ser necesariamente concedido: La experiencia demuestra a veces lo contrario.

Pregunta. — Pero, ¿por qué se acerca tanto Dios si no se propone concederlo?

Respuesta 1. — Con ello demuestra que su voluntad aprueba lo que se ha pedido. Ahora bien, Dios aprueba cosas que no decreta. Lo uno se llama "voluntad que aprueba", lo otro — voluntad que decreta-. Dios puede mostrarte que aprueba lo que pides (como por ejemplo si se trata de un asunto de gran importancia pan, la iglesia), y lo hace para darte alientos; pero esto no significa que el decreto de su voluntad sea precisamente para cumplimiento de aquello.

Respuesta 2. — Dios puede aceptar la persona y la oración sin conceder lo que se ha pedido; y acercándose, da testimonio de su aceptación. Más aún....

Respuesta 3. — Tal revelación de Sí mismo es muchas veces toda la respuesta que se proponía dar a tal oración. Además, gozar de la seguridad del amor de Dios es respuesta suficiente a la petición de una gracia particular. Por ejemplo, supongamos que oraste contra algún mal que amenazaba a su iglesia, mal que, sin embargo, El se propone que venga. ¿Cómo se explica esta aparente contradicción? El ha puesto en tu corazón orar en contra de ello, para manifestar así la sinceridad de tu afecto; y, al verte sincero, se acerca a ti y te dice que, a pesar de todo, te irá bien, y que le eres muy amado. A veces tendrás que recibir esto como única respuesta, respuesta que El da para contentar el corazón y prepararlo para una denegación de lo pedido. Si Dios respondiera simplemente con una negativa, sin ninguna manifestación previa de su presencia, podría ocasionar en el cristiano que ha orado fervientemente, como en muchos casos ocurre, que Su amor fuera puesto en duda.

(c) Dios despierta en el corazón una especial fe en determinado asunto, y sostiene este corazón para que tenga esperanza, a pesar de todos los motivos de desaliento. Así lo hizo en

David (Salmo 27:3). Se hallaba David en gran peligro a causa de Saúl o de Absalón, y tales y tan frecuentes riesgos corría que, hablando humanamente y según las circunstancias, lo más razonable era suponer que jamás podría volver a vivir en paz en Jerusalén, y gozar allí tranquilamente de las ordenanzas de Dios. Mas, a pesar de ello, David había orado, y había hecho, por decirlo así, la petición más importante de toda su vida. Todo hombre tiene alguna gran petición que hacer, que destaca por encima de todas las demás, como también tiene alguna gracia o don especial que sobrepuja a las otras, etc. Todo hombre puede pedir algo especial a Dios, además de su salvación, como por ejemplo algo relacionado con su ministerio, etc. Por lo cual, David dice en el v. 4: "Una cosa he demandado", y, en consecuencia, Dios le dio una fe especial en este respecto por encima de otras cosas, por ser su gran petición. "Y o en esto confío" (v. 3); es decir, aunque una numerosa hueste de hombres me rodee una y otra vez, dice, yo en esto confío, que escaparé a pesar de todo, y volveré a ver a Jerusalén, y gozaré de las ordenanzas viviendo en paz. Aunque la fe le faltó muchas veces (como en el caso de la persecución de Saúl cuando dijo que el fin sería "muerto algún día por la mano de Saúl", 1Samuel 27:1), en otras ocasiones fue sostenida de modo maravilloso, y "en esto confió". No solía hacerlo de manera tan absoluta particular y concreta en cuanto a otras peticiones, por lo cual dice: "En esto" etc. Del mismo modo que hay un testimonio del Espíritu Santo que habla directamente al corazón, que sella la adopción de una persona, también, en algunos casos, hay el mismo testimonio en cuanto a la obtención de algo eminente que hemos pedido. Testimonio particularmente especial que, en cierto modo corresponde a la antigua fe en los milagros, por la cual un hombre tenía particular confianza en que Dios haría tal milagro en su favor. En la oración, y por medio de ella, puede haber en algunas cosas un particular fortalecimiento y seguridad del corazón, en el sentido de que Dios hará tal cosa por un hombre; lo cual, he de confesar, es raro y extraordinario, como también lo es el testimonio directo relativo a nuestras personas, y del cual carecen muchos que van al cielo. Y acaso también el que se refiere a la concesión de mercedes especiales sea mucho más raro, y sólo se dé en algunos aspectos. Quizás los hombres no lo conozcan, pero puede existir en los espíritus de algunos, tal como hemos visto en el caso de David.

Sobre esté particular deseo añadir otra advertencia, como hice antes: Que no siempre acaece que Dios otorgue tales evidencias a un hombre; o sea que se realice lo que se ha pedido en oración. Precisamente estas persuasiones despertadas por Dios pueden ser, y a menudo son, tan sólo condicionales (aunque sean dadas directamente al espíritu de un hombre), y como tales han de entenderse, y no de modo perentorio o absoluto. No es posible imaginar que todas estas cosas sean más absolutas y perentorias que muchas de las revelaciones hechas por Dios a los profetas. Cuando Dios manifestó su propósito de gracia para con determinada persona o personas, ya fuere para otorgarles tal beneficio, ya para traer sobre ellas tal juicio; estas advertencias, aun siendo particulares y expresan venían limitadas y pensadas con una condición, y acaecía que, según ésta se cumpliera o no, el juicio explícitamente amenazado era apartado, o el beneficio que de modo igualmente directo y pleno había sido prometido, no se concedía. Por ejemplo, tenemos el caso de Jonás cuando amenazó con la destrucción de Nínive, y la promesa que se hizo a la casa de Elí: "Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí perpetuamente" (1Samuel 2:30); mas ahora el Señor dice que no será al, pues habían infringido la condición implícita, habían tenido en poco al Señor, "y los que me tuvieron en poco serán viles", dice Dios en este caso.

De igual manera ha de entenderse lo que Dios piensa de nosotros en semejantes persuasiones, obradas en nosotros por medio de la oración: tales beneficios vendrán, mas bajo condición de obediencia. y de cumplimiento de las promesas que se hayan unido a las peticiones con objeto de conmovier al Señor a conceder lo pedido. Pero, si el que ora deja de creer, puede ocurrir, y a menudo ocurre, que las cosas se desarrollen contrariamente a dicha persuasión; en cuyo caso es posible que pongamos en duda si era o no de Dios. Dios de todos modos, aunque esta persuasión fuese obrada realmente por el Espíritu, no quiere decir que su intención haya de ser siempre absoluta (fue culpa vuestra si la tomasteis como tal), sino meramente condicional. Suele acaecer que, en estas grandes peticiones del alma a Dios, se establecen pactos mutuos entre El y nosotros. Ofrecemos y prometemos en oración hacer tal y cual cosa, y lo presentamos ante Dios, para conmovierle a que nos conceda determinado beneficio; -siendo posible entonces que El establezca un pacto por su parte, prometiendo que concederá lo pedido, y obre en nosotros aquella firme persuasión. Pero si, mientras esperamos aquel favor, obrarnos deslealmente, y no cumplimos dicho pacto, no obstante depender aún de El (con lo cual se entiende que habríamos ido mucho más lejos si hubiésemos recibido la respuesta en seguida), Dios deniega lo prometido, a pesar de que aquella persuasión y evidencia, -señal de que había oído la oración eran Suyas. Es como en el caso de David: Te habría dado mucho más, pues le dijiste que harías tal y cual, y le prometiste esto o aquello, pero no cumpliste tu palabra (a cuyo cambio Dios te dio la suya), por lo cual, El te dice, como dijo a Elí: "Nunca yo tal haga"; a pesar de ser El quien antes te lo había prometido, y no Satanás, ni tu propio corazón.

(d) A veces Dios pone en el corazón una porfía impaciente y ardorosa, a pesar de todos los motivos de desaliento. Véase como ejemplo el Salmo 27:4: "Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré"; es decir, la he buscado y no dejaré de buscar a Dios en demanda de ella. Cuando Dios sostiene esta actitud en el corazón, es señal de que oye y responderá; pues ya conocéis por la parábola, que el juez injusto atendió a la viuda por su importunidad. Cuando Dios pone importunidad en el corazón, es que se propone oír.

Sólo una cosa cabe añadir: que hay una doble importunidad. Una es la que proviene de un deseo desordenado de poseer algo, algo de lo cual el corazón no sabe cómo prescindir; por lo tanto, pide insistentemente, pero "pide mal, y no recibe" (Santiago 4:31 Empero hay la importunidad que va unida a la sumisión a la voluntad de Dios; importunidad que, si coincide con dicha voluntad, es señal de que El es quien la ha inspirado; en cuyo caso esperad que algo va a ocurrir. Si no fuera a ocurrir, seríais quizá como los que "me buscan cada día" (Isaías 58:2), pero Dios no oye.

Después de haber orado, observa lo que Dios obra en tu caso. *Primeramente* conviene que te fijes en cómo dirige tus pies después de la oración; esto es muy importante. Lo que era espíritu de oración en un hombre mientras rogaba, permanece en él más tarde como espíritu de obediencia; la dependencia en que está con respecto a Dios a causa M beneficio que busca es un motivo y medio especial para mantenerle temeroso de ofender y diligente en el obrar; para inducirle a considerar sus caminos, a andar y comportarse como conviene a un postulante después de presentarse a orar como tal. David se regía por este principio: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 66:18), reflexión que servía para, sojuzgar al pecado, sin la cual un hombre provoca a Dios, retrocede y peca, perdiendo así el terreno que había ganado al orar. Por lo cual David (Salmo 143:7-10), cuando tiene que orar

como si en ello le fuera la vida, ruega a Dios especialmente que le guíe y le guarde, para no pecar contra El; pues sabía que pecando desvirtuaría y echaría a perder todas sus oraciones. No solamente dice: "Respóndeme presto", sino también " hazme saber el camino por donde ande, enséñame a hacer tu voluntad". Ora especialmente pidiendo esto más que liberación, pues sabía que, de lo contrario, Dios no le oiría. Por consiguiente, tú, cuando establezcas pacto con Dios para obtener algún beneficio, observa si El, después de la oración, te sostiene en una disposición espiritual más obediente. Si es así, es señal de que se propone responderte, y de que guardará tus pasos. Cuando Dios se propuso dar el reino a David, le guardó en tal inocencia y ternura de corazón, que le dolía "cortar la orilla del manto de Saúl"; bien que más tarde no fue tan benigno. Así pues, en el Salmo 18, cuando fue librado de todos sus enemigos, dice que Dios le pagó conforme a su justicia, porque se había cautelado de su maldad. Véase también el Salmo 27:11.

En segundo lugar: Cuando Dios, después de la oración, fortalece el corazón para esperar la respuesta. En el Salmo 27:14, David, habiendo orado, dice a su alma: "Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón". Los hombres honestos, cuando alimentan la expectación de alguno que depende de ellos, que aguarda y es servicial a causa de las esperanzas que tiene puestas en alguna petición, no suelen denegársela; fuera en ellos falta de honestidad tener a un hombre esperando y luego frustrar sus esperanzas. Por tanto, si Dios, después que has orado, mantiene tu alma en esta disposición de dependencia, espera de El una buena respuesta. Ciertamente, cuando uno ha orado largo tiempo, al fin empieza a esperar más que a orar, por decirlo así (aunque siga orando); porque ahora espera que Dios actúe. Al principio, decía a Dios lo que deseaba, mas ahora puede decirle con cierta confianza que lo espera y cuenta con ello. La esperanza de un hombre piadoso y su expectación agraviarían a Dios si no fueran cumplidas, por lo cual, en ese caso, la respuesta suele llegar.

Por esto hay dos cosas unidas en el Salmo 37:34: "*Espera en Jehová, Y GUARDA SU CAMINO, y él te ensalzará*".

CAPITULO VI

COMO OBSERVAR LAS RESPUESTAS A LA ORACIÓN

Algunas observaciones en cuanto al resultado de la oración. La cuestión de si se debe a las oraciones o a la providencia común. Reflexiones útiles a este respecto.

Cuando un hombre ha esperado de esta manera, guardando su camino, debe observar el resultado y conclusión de lo que había pedido, para aprender cómo obra Dios. Ahora bien, sólo pueden ocurrir dos cosas: que lo deseado se realice, o que no se realice. En uno y otro caso, el que ora puede examinar las respuestas concedidas a sus oraciones, pues es posible que la petición sea contestada, aunque lo que se pidió no se haya llevado a cabo.

En esa sección y en la siguiente me ocuparé separadamente de ambos casos.

Si aquello por lo cual oras se realiza, ¿para qué dudar de la respuesta, y de si Dios te oyó o no? Lo estás viendo con tus propios ojos. A menudo ocurre que Dios obra conforme a los deseos del corazón de un hombre; y no solamente es así, sino que, al hacerlo, cumple lo que quería dar al hombre (Salmo 20:4); es decir, que no solamente satisface su voluntad y el objeto de su oración, sino también, y precisamente, de la manera y por los medios que su juicio y consejo habían determinado en su pensamiento. Los deseos del corazón quedan satisfechos cuando Dios concede otra cosa que la deseada, pero cuando un hombre recibe respuesta en aquello precisamente que su juicio estimaba como lo mejor, se dice que el consejo del corazón ha sido satisfecho. Por consejo entendemos un acto del entendimiento en que se delibera acerca de los medios para alcanzar cierto fin, y que nos lleva a escoger un medio en particular para alcanzar un fin determinado. Es lo que Elifaz dice a Job, en el cap. 22:27, 28: "Orarás a El, y El te oirá; ... determinarás asimismo una cosa serte firme"; o sea que uno es guiado a decidir y establecer en oración los beneficios que Dios concede en particular: Dice lo que desea, y Dios lo obra. Elifaz declara aquí que tendrás este privilegio si te tornares y te amistares con El y tomares la ley de Su boca. No errarás al orar, sino que aquello por que ores se te concederá conforme a tu petición. Al que así le sea hecho tendrá el privilegio de *fingere sibi fortunam*, de ser su propio consejero, y el artífice de sus propias misericordias; y así como dijo Cristo: "Según tu fe sea hecho contigo", así también Dios dice a veces: Conforme a tus oraciones sea hecho. Elifaz consideraba aquí como favor especial el que mientras otras oraciones son contestadas indirectamente, la tuya, dice, será contestada directamente, lo cual es más consolador, como lo son más los rayos de luz directos que los oblicuos, por contener más calor. De modo que si un hombre oye a Dios y le obedece, Dios le oirá; si está sujeto a Cristo como Rey, Cristo como Profeta le guiará, haciendo que no yerre en sus peticiones. Mediante infalible providencia y previo instinto, infundidos por su Espíritu, Dios le guiará de tal manera que pida precisamente lo que El se propone darle, pues de por sí no sabe qué ni cómo pedir.

David, por ejemplo, pidió larga vida, y Dios se la dio (Salmo 21:2-4). No solamente le concedió lo que deseaba en su corazón, sino "lo que sus labios pronunciaron" (v. 2). Ana pidió un hijo, y Dios le respondió en aquello precisamente que ella deseaba, por lo cual ella le puso por nombre Samuel, "por cuanto lo demandé a Jehová" (I Samuel 1:20). "Por este niño oraba dice y Jehová me dio lo que le pedí" (v. 27), y no otra cosa en su lugar. También en 1 Crónicas 4:10 leemos: "Invocó Jabes al Dios de Israel. . . e hizo Dios que le viniese lo que le pidió". Así procede Dios muchas veces para con sus hijos. Con este fin nos ha dado su Espíritu y, como no sabemos lo que nos conviene, Cristo nos ha sido hecho sabiduría. Por lo cual, ha hecho particulares promesas de beneficios especiales que desea tengamos presentes en nuestras oraciones, nos ha mandado que descubramos los favores que queremos pedir y luego vengamos a Él para suplicarlos. Todo esto se debe a que, a menudo, se propone concedernos precisamente lo que buscamos.

Sin embargo, aun teniendo las cosas que hemos pedido y deseado, la envidia y la infidelidad de nuestro corazón son tales, que a menudo no discernimos ni reconocemos que fueron nuestras oraciones las que obtuvieron aquello de Dios; sino que, una vez alcanzadas, a pesar de haberlas buscado fervientemente en Dios. somos propensos a mirar a las cosas de abajo, y a atribuirlo a segundas causas, o aun a poner en duda, llenos de desconfianza, si fue en

respuesta a nuestras oraciones que lo concedió, o si fue por providencia común. Así vemos que Job, en su mal humor, dice: "Que si yo le invocase, y El me respondiese, aun no creeré que haya escuchado mi voz- (9:16); es decir, no creeré que lo hizo en relación con mi oración y petición, pues ahora procede conmigo de manera tan severa, "porque me ha quebrado con tempestad" (v. 17). Eso es lo que hacen nuestros desconfiados corazones, sentirse siempre insatisfechos y, a pesar de que las señales del favor de Dios son clarísimas, interpretar mal y pervertirlas de cualquier modo. Aunque Dios realmente nos responde cuando le invocamos, no queremos creer que fue porque escuchó nuestra particular oración.

Para que podáis, pues, discernir mejor cómo y cuándo vienen las cosas que habéis pedido en oración, os daré las siguientes instrucciones complementarias:

1. Cuando Dios hace algo en respuesta a las oraciones, suele hacerlo de tal manera que su mano puede verse más claramente que de ordinario. Pocas son las oraciones en que un hombre ha buscado a Dios con insistencia, sin que El se manifestara muy especialmente, moviendo muchos y poderosos resortes en el cumplimiento de la petición; mostrando, como David deseaba, "sus estupendas misericordias" (Salmo 17:7). Ciertamente, cuando Dios oye oraciones que se han estado haciendo, largo tiempo, suele hacer una especie de milagro, en un sentido o en otro.

Ahora bien, son muchas las maneras en que Dios revela su intervención en la respuesta a la oración:

(a) Llevando algo a cabo a través de muchas dificultades: cuando ha habido muchísimos obstáculos para lograr aquello que se había pedido, el menor de los cuales hubiera podido impedir que la llave funcionara; cuando Dios ha tenido que hacer, por así decirlo, una llave expresa para poder abrir; cuando Dios ha planeado e ideado todas las fases de un asunto por el que oraste, y así lo ha llevado a cabo, esto es señal de que ha sido fruto de la oración, y de que ha sido ella la que ha estado haciendo la llave todo el tiempo. Así fue cómo David fue traído al reino; José sacado de la cárcel; y Mardoqueo ensalzado. Por la oración de la iglesia Pedro fue liberado de sus cadenas (Hechos 12). Estaba durmiendo entre dos soldados-, y si éstos hubieran despertado habría sido descubierto; estaba preso con dos cadenas, pero se le cayeron, de las manos (vs. 6, 7); los guardas estaban delante de la puerta, pero no se fijaron en él (v. 6); pasada la primera guardia, atravesó tranquilamente la segunda (v. 10), y a continuación la puerta de hierro se abrió de suyo (v. 10). Estas dificultades se presentan en muchos asuntos que, sin embargo, se resuelven finalmente por medio de la oración: Las cadenas de hierro caen, las puertas de hierro de los corazones enemigos se abren de suyo; y aunque no ocurra de la misma manera milagrosa, por medio de un ángel, no es empero de modo menos portentoso.

(b) facilitando todos los medios para que lo suplicado se realice, de modo que todas las cosas conspiran y se combinan para ello: el viento y la marca, el día claro, el camino allanado (o, como dice David: "has allanado tu camino delante de ti"), etc. Se produce entonces una gran coincidencia de diversas circunstancias de faltar alguna de las cuales, quizás aquello por lo que se oró no hubiera acaecido. Cuando la cosa por la que se ha orado ha sido concedida de esta forma, es la oración la que lo ha hecho. Así vemos que, cuando Dios liberó al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, lo cual fue cumplimiento de sus prolongados deseos y oraciones ("subió

a Dios el clamor de ellos", dice el texto, Éxodo 2:23), ¡cómo fueron facilitadas las cosas! Aquellos que antes les habían privado el paso, vienen ahora a suplicarles que salan; más aun, "apremiaban", "dándose prisa", como dice el texto, y de noche precisamente, A tal extremo llegaron las cosas, que no se fueron sin ser antes sobornados por las joyas de los egipcios (Éxodo 12:31, 33, 35). El propio Faraón les despidió afablemente y con toda dignidad, pidiendo que orasen por él ("benedicidme también a mí", v. 32). Y más aun, para mostrar que no hubo resistencia alguna, dice el texto que ni un perro movió su lengua (11:7); es decir, no les estorbaron, precisamente a medianoche, cuando estos animales suelen ser más escandalosos ante el menor ruido.

(e) **Haciéndolo repentinamente**, realizando, antes de que nos demos cuenta, aquello por lo cual se haorado durante mucho tiempo. Tal fue el retorno instantáneo de la cautividad de Babilonia, fruto de muchas oraciones. Todo ocurrió en un momento ("seremos como los que sueñan-; Salmo 126:1). Apenas podían creerlo cuando se realizó. Fue por haber sembrado muchas oraciones (vs. 5, 6) que se cumplió de repente. Lo mismo sucedió en el caso de Pedro: estaba dormido profundamente, y ni soñaba en ser liberado. También en la liberación de José, junto con su ensalzamiento hasta llegar a ser el hombre más importante del reino, el carácter súbito de todo ello demostró que era Dios que se acordaba de él y oía sus oraciones.

(d) **Concediendo lo pedido más abundantemente de lo que se había suplicado, y añadiendo** otras muchas misericordias a lo que habíamos pedido por largo tiempo. También esto puede ser señal de que Dios lo hizo atendiendo a nuestras oraciones, pues cuando oye de veras, suele "hacer más abundantemente de lo que pedimos o entendemos", para ganar nuestro corazón más completamente. Así, David pidió "Largos años", y El le dio más de lo que había pedido (Salmo 21:2-5). Salomón pidió solamente sabiduría, El le dio mucho más de lo demandado: Paz, y riquezas y gloria al mismo tiempo (1 Reyes 3:12, 13). Ana pidió tan sólo un hijo varón (1 Samuel 1: 11), pero Dios le concedió tres hijos más, y dos hijas (2: 21). En la respuesta a las oraciones, las gracias suelen venir en abundancia; aquello que hemos pedido no viene solo; del mismo modo que, cuando los pecados son castigados, los infortunios vienen sobre nosotros cual legiones. Como las tentaciones vienen juntas también, y caemos en muchas a la vez (Santiago 1:2), así también las misericordias.

(e) **Cuando algo ha sido concedido por oración, suele haber alguna particular circunstancia que es señal de bien y nos confirma que es de Dios**, de tal manera que no sólo lo percibe uno mismo sino otros también. "Haz conmigo señal para bien", dice David (Salmo 86:17), "y véanla los que me aborrecen, y sean avergonzados". Dios hace a menudo que tales señales sean pequeñas circunstancias. Las cosas pequeñas en sí pueden ser *magna indicia*, grandes señales e indicios. Por ejemplo: Moisés, Aarón, y los israelitas habían clamado insistentemente a Dios pidiendo la liberación de Su pueblo con muchas oraciones: "subió a Dios el clamor de ellos", como ya hemos dicho; pero cuando Dios los liberó, ¿qué señales hubo para bien, y para mostrar Su mano y Su respuesta a las oraciones de ellos? El texto refiere, como se ha dicho antes, que ni un perro ladró cuando salieron (Éxodo 11:7), lo cual, aunque no pasaba de ser una pequeña circunstancia, era al mismo tiempo un gran indicio (*magnuni indicium*), y como tal designado por Dios, pues el texto añade: " Para que sepáis que hará diferencia Jehová entre los egipcios y los israelitas". Fue señal de la mano de Dios el control de las lenguas de estos seres irracionales que suelen excitarse ante ruidos extraños y ante el paso de la gente, especialmente

por la noche. Cuando Isaac y Abraham, y también su criado, hubieron orado pidiendo una esposa para el primero, ¿cuál fue la señal que Dios hizo para mostrar que había oído sus oraciones?. Rebeca fue la primera que salió al encuentro del criado. Si es la mujer designada para Isaac, dijo el criado, "que me ofrezca de beber a mí y a mis camellos también" (Génesis 24:13, 14). Esto era, en apariencia, cosa insignificante, pero gran indicio de la intervención de Dios; por lo cual el criado se inclinó y adoró a Jehová. Además, la señal en sí demostraba en Rebeca un buen carácter, una disposición bondadosa y cortés, cosa especialmente deseable en la elección matrimonial, lo cual el criado posiblemente interpretó como señal de que era una esposa idónea.

2. La consideración del momento en que lo pedido se nos concede puede sernos de gran ayuda para discernir si es una respuesta a nuestras oraciones. Dios, que todo lo hace en su peso y medida, muestra su sabiduría y su amor tanto en la sazón como en la cosa concedida. Dios considera todos los momentos de tu vida, y al mismo tiempo escoge los más acertados para contestar tus oraciones. "En hora de contentamiento te oí" (Isaías 49: 8). Asimismo David dice que enderezaba su oración a Jehová al tiempo de Su buena voluntad (Salmo 69:1-3). De modo que Dios nos responde en la hora mejor y más aceptable para nosotros; pues Él espera tener piedad . . . porque es Dios de juicio" (Isaías 30:18); o sea, es un Dios sabio, que conoce los tiempos y las sazones más adecuados para mostrar su bondad y conceder sus favores.

(a) En primer lugar, pues, puede ser que precisamente en el momento en que ores más ardiente y fervorosamente, más aun, mientras estés orando o inmediatamente después, lo que pidas se haga y cumpla. Por esto dice Isaías (65: 24) que, si a veces "El antes que llamen responderá (señal de su mucha inclinación a conceder beneficios antes de que sean pedidos), también dice que "aun estando ellos hablando, yo habré oído" y concedido la súplica, lo cual demuestra no menos amor. Él elige el momento a propósito, para que los suyos tengan la seguridad de que fue en respuesta a su petición. Para dar a Ezequías la seguridad de que su oración había sido oída, Dios le envía el profeta cuando aun estaba orando y llorando, con el rostro vuelto hacia la pared. Asimismo Isaac, saliendo a orar al campo encuentra a Rebeca, cuando sin duda lo que estaba entonces rogando que Dios le concediera, era la bendición de tener una buena esposa. Rebeca fue el fruto de muchas oraciones. Estando Pedro en la cárcel, y la iglesia reunida orando en su favor, llega él a poco y llama "a la misma hora" (Hechos 12:12-17). Así como ocurrió en el caso del noble del evangelio (Juan 4: 52), que preguntando diligentemente descubrió que a la misma hora en que Cristo le había dicho tu hijo vive", su hijo "había comenzado a estar mejor", "y creyó, él y, toda su casa", así también ocurre que, a veces, se cumple lo suplicado o llega la noticia en la misma hora o poco después de haber orado uno por ello, y, acaso cuando el corazón está más conmovido que nunca. Esto es señal de que es en respuesta a la oración, y puede contribuir a corroborar la fe del que ora, como corroboró la de aquel noble.

(b) 0, en segundo lugar, en el momento más adecuado en todos los aspectos para recibir lo que se había pedido; es decir, cuando más lo necesitabas, y cuando tu corazón estaba más dispuesto para ello. Al contestar a las oraciones, Dios se propone dos cosas especialmente: mostrar su misericordia, para que el hombre pueda engrandecerla y exaltarla; y hacer que el corazón se llene de satisfacción, gozo y contentamiento en la respuesta, y que lo pedido y concedido sea tenido como grato y verdaderamente.

En cuanto al primero de estos dos casos, supongamos que has estado orando durante largo tiempo, pidiendo tener la seguridad de la salvación y gozo en el Espíritu Santo, y que cuando más lo necesitabas, cuando "tu espíritu decaería" sin esa seguridad y gozo, como dice Isaías 57:16, a causa de alguna gran aflicción que se avecinaba, o de algún duro choque con el mundo por amor del nombre de Cristo, Dios llenó tu corazón de lo que necesitaba: ése fue el momento más oportuno; Dios oyó entonces tu oración. Tal es el caso de Pedro, el cual había estado en la cárcel por muchos días, según se infiere de Hechos 12: 4, 5. Dios hubiera podido liberarle antes; pero lo mantuvo allí a propósito hasta aquella noche anterior a la fecha fijada por Herodes para su ejecución. Entonces lo liberó, en respuesta a las oraciones de la iglesia; era el tiempo más adecuado; como dice el salmista: "el tiempo de tener misericordia es llegado" (Salmo 102:13). El hecho de recibir tú respuesta entonces, en misericordioso. En resumen: que Su bondad pueda ser objeto de deleite, y Su misericordia objeto de exaltación. Con este doble propósito escoge Dios la hora en que más necesitados estamos, y también cuando nuestros corazones están más sumisos y nuestras concupiscencias más mortificadas. Es entonces cuando más capacitados estamos para saborear Su bondad, y para no ser arrastrados por el deleite carnal de la bendición. Lo primero se expresa en Isaías 30:18: "Esperará para tener piedad . . . será ensalzado". Lo segundo se indica en Santiago 4:3: "Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites". Tales oraciones, estando el corazón en esta disposición, el Señor las rechaza, o pospone su misericordia hasta que el corazón ha sido purificado, tu caso, es señal de que Dios lo hizo por amor especial, amor que El quería que tú ensalzaras (Isaías 30:18).

En cuanto al *segundo* de estos casos, si la misericordia ha sido concedida cuando tu corazón estaba mejor preparado para ella, es que has sido también oído en tiempo aceptable; pues Dios no retiene las misericordias de los suyos por falta de amor, ni tanto por su vida pasada, como por la actual mala predisposición de sus corazones, que les hace ineptos para recibirlas. Todo lo cual puede también entenderse en el sentido de que Dios a la vez prepara el corazón y oye la súplica (Salmo 10:17).

Cuando tu corazón más apartado está de tal beneficio temporal, suponiendo que lo sea, es entonces cuando te es concedido. En el caso de David, ¿cuándo le fue dada la posesión del reino? Cuando fue cual niño destetado, y hubo sido purgado de sus pensamientos altivos, que acaso habían surgido en su mente al recibir las primeras noticias: "He acallado mi alma" (Salmo 131:2), dice entonces. Mí, cuando tu corazón ha abandonado todos los objetivos carnales y se ha consagrado por entero a Dios, pues tu porción ha de venir solamente de El, entonces acaece lo pedido; era ésta la sazón Más adecuada.

Pregunta. — *Mas, ¿no es cierto que tener algo cuando mi corazón no lo, desea, y aun se contenta con no tenerlo, es como si no fuera misericordia, pues no hay regocijo cuando no hay deseo?*

Respuesta. — *Si tu deseo ya no está puesto en el objeto, tanto más te regocijarás ahora en Dios; y aunque ello te diera ahora menos satisfacción, el hecho de que sea Dios quien te lo concede te la dará más en abundancia; Él será la compensación. Ahora saborearás su amor y dulzura en la respuesta, lo cual es mejor que la vida y, por tanto, mucho mejor que el objeto disfrutado. De hecho, la violencia del deseo, en la primera disposición del corazón, habría hecho que la respuesta fuese menos grata, pues el objeto pedido por sí solo, no habría llenado y*

contentado aquel deseo cuando era concupiscencia desordenada. Te habría afligido, en vez de satisfacerte, y habrías hallado mayor vanidad al alcanzarlo; mas ahora, convertido en un deseo subordinado a Dios, estando el corazón calmado y contento en que El forme parte de tu anhelo, dice: ---Tengo suficiente---. De igual modo es posible que te sea quitada una aflicción de la que pediste verte libre, una vez tu corazón ha aceptado de buen grado el castigo (Levítico 26:41), sometiéndose a Dios.

3. Para discernir si una cosa ha sido concedida en respuesta a la oración, conviene además observar cuándo Dios, en su respuesta, *procede, como si dijéramos en consonancia con tu manera de orar y de buscarle, y de andar con El* mientras dependías de El en espera de tal o cual favor. Y de la misma manera que puedas ver una correlación entre pecados y castigos, de modo que puedas decir: "Aquel pecado trajo esta aflicción"; también podrás ver la misma correlación entre tus oraciones y tu andar con Dios, por un lado, y sus respuestas, su proceder para contigo, por otro. Véase David en el Salmo 18:24: "Pagóme pues Jehová... conforme a la limpieza de mis manos", etc. Por ejemplo, cuantos más deseos carnales mezclaste en tu oración junto a los deseos santos, cuanta mayor falta de celo, fervor, etc. en tus oraciones, quizás halles más amargura mezclada con el beneficio concedido y más imperfección y falta de consuelo en el misino. Así lo dice David en el mismo Salmo 18:25, 26: "Limpio te mostrarás para con el limpio". Las oraciones puras tienen bendiciones puras; y al contrario, "severo será para con el perverso". Además, al orar a veces con fervor apagado, podrás ver que lo deseado también pierde calor y el asunto retrocede: Observa que "cuando las manos de Moisés bajaban, Amalec prevalecía; mas cuando "alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía" (Éxodo 17:11). Dios le permitió apreciar una correlación entré ambas cosas, demostrando que la oración era el medio de prevalecer a veces, un hombre descubre en oración que su suplica se detiene y no adelanta como esperaba; esto se debe a que no obra como solía, y no ruega y clama a Dios; mas, al contrario, cuando es movido a orar, halla que las cosas, a pesar de todo, van bien. En esto el hombre puede ver que lo que Dios oía y atendía era la oración. Así, cuando uno ve valles y montañas en un asunto, frecuentes y bellas esperanzas, y luego todo frustrado de nuevo, mas finalmente acaece lo pedido, considere sus oraciones. ¿No procediste tú igualmente con Dios? ¿No es cierto que después de haber orado fervientemente, y creído que habías alcanzado lo pedido, lo echaste todo a perder al interponer algún pecado una y otra vez? Dios quería que observases la relación entre ambas cosas; y puede serte útil discernir cómo y cuándo son concedidas y alcanzadas las mercedes por la oración, porque en esto Dios procede en consonancia con tus oraciones.

4. Por el efecto obrado en tu corazón podrás también discernir si algo es concedido en respuesta a tus súplicas.

(a) Si lo que te ha sido concedido después de orar acerca más tu corazón a Dios, es sin duda porque te fue otorgado en respuesta a tus oraciones. Las cosas concedidas por providencia común no hacen sino aumentar nuestra concupiscencia y nos son por lazo, como Saúl dio a David a su hija Mical con este fin (Salmo 69:22); como Dios concedió lo que los israelitas querían, entregándoles al mismo tiempo a sus concupiscencias (Salmo 106:15); les dio lo que pidieron, mas envió flaqueza en sus almas. Las codornices engordarían algunos de los cuerpos de los que sobrevivieron, pero sus almas enflaquecieron; había una maldición sobre sus espíritus; este nuevo y delicado alimento les hizo ser más carnales: "Sentóse el pueblo a comer y beber, y levantáronse a regocijarse " (Éxodo 32:6). Mas las cosas obtenidas por medio de la oración nos

son santificadas, pues todo es santificado por ella (1 Timoteo 4:5), de modo que no será lazo ni prisión para nuestros corazones. Si una cosa es obtenida por oración, el hombre la devolverá a Dios, por venir de El, y la usará para Su gloria. Ana, habiendo obtenido a Samuel por oración, lo devuelve a Dios: "Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo pues le vuelvo también a Jehová: todos los días que viviere, será de Jehová " (1 Samuel 1:27, 28). Por lo cual, tú, si descubres que el proceder de Dios para contigo al contestarte es un motivo bondadoso para que llores tu pecado, y constituye para ti un freno contra el mismo, es señal de que fue fruto de la oración. Así fue como obró en David: "Apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad; porque Jehová ha oído la voz de mi lloro" (Salmo 6: 8).

Asimismo, si te gozas más en Dios que en lo que has alcanzado como Ana, que empieza su cántico bendiciendo a Dios por su hijo: "Mi corazón se regocija en Jehová ", etc. (1 Samuel 2:1); ella se regocija no tanto en el don como en el dador y en su misericordia; se goza más en el hecho de que su oración ha sido contestada, que en lo alcanzado en la respuesta esto es señal de haber obtenido el favor por medio de las oraciones; o sea, cuando dicho favor es santificado para con tu propio espíritu.

Las oraciones contestadas ensancharán tu corazón de agradecimiento. El egoísmo nos hace más dispuestos a pedir que a dar gracias, debido a la codicia de la naturaleza; mas donde mora la gracia, no existe grande favor conseguido tras ruda lucha que no produzca en nosotros un perdurable y especial recuerdo, haciendo que el corazón se ensanche. Como abundaron las oraciones, abundará también el hacimiento de gracias. El cántico de Ana es un típico ejemplo de ello (1 Samuel 2:1). Las grandes bendiciones obtenidas con oración se disfrutan con agradecimiento: No solamente se deben pedir nuevas bendiciones, sino también, y al mismo tiempo, dar gracias por las antiguas. La gratitud, como otras obligaciones del creyente, es fruto de la gracia pura; por tanto, si el Espíritu te mueve a ello, es señal de que El fue quien hizo la oración. Dice Pablo: "¿Qué hacimiento de gracias podremos dar? Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos cama de vosotros?" (1 Tesalonicenses 3:9, 10). Y en todas sus demás epístolas, a todos aquellos a quienes escribe, al orar por ellos, dice que da gracias por ellos, y por los beneficios que les han sido concedidos, por los, cuales él había orado. Y si la respuesta a sus oraciones por otros hace a Pablo tan agradecido, ¿qué diremos cuando se trata de oraciones por uno mismo? La oración y el hacimiento de gracias son como el doble movimiento de los pulmones: el aire inhalado en la oración es exhalado de nuevo en el hacimiento de gracias. ¿Ha sido ensanchado nuevamente tu corazón para lamentar pecados tiempo ha cometidos, e igualmente ensanchado por las misericordias recibidas en el pasado, alcanzadas tras larga oración, y todo esto de forma perdurable? Si es así, sírvate como señal de que fueron obtenidas por medio de la oración.

(c) Si la merced alcanzada te alienta a allegarte a Dios otra vez, para orar de nuevo con tanta mayor confianza y fervor, es señal de que de esa manera obtuviste lo anterior; pues habiéndote mostrado el Espíritu Santo una vez este camino para alcanzar misericordia, estás dispuesto a recorrerlo de nuevo. "Porque ha inclinado a mí su oído, invocaréle por tanto en todos mis días" (Salmo 116: 2). Ahora ya sé por donde ir si estoy necesitado; o sea, le invocaré, dice el salmista, e invita a los demás a que lo hagan también.

(d) Si después de haber oído Dios tus oraciones en las que has hecho solemnes votos, tu corazón es llevado a cumplir cuidadosamente las promesas que hiciste cuando pediste insistentemente aquel beneficio, puedes considerarlo como demostración de que, al concedérsese tal cosa, tu oración ha sido oída.

En primer lugar, esto es evidente por el hecho de que tu propio corazón te hace consciente de que debes devolverlo todo al servicio de Dios, como cumplimiento de tu promesa y como homenaje y reconocimiento perpetuo de que aquella respuesta fue alcanzada por oración; preservando así el recuerdo de lo recibido y rindiendo el debido homenaje.

En segundo lugar, otra evidencia de que el beneficio fue alcanzado por tu oración, es que Dios, por medio de su Espíritu en tu corazón, te recuerda los votos hechos, y te mueve a cumplirlos, Esto demuestra que lo considera deuda tuya, pues habiendo respondido a tu petición, te recuerda lo concertado.

En tercer lugar, al aceptar el pago de tus promesas, Dios reconoce que promesas y oraciones fueron oídas: "Si Jehová nos quisiere matar, no tomara de nuestras manos el holocausto" (Jueces 13:23). Puede también decirse que, si Dios no hubiera oído tus oraciones, no hubiera aceptado tus votos después de tu petición. Así, David dice: "Te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios, y habló mi boca cuando angustiado estaba" (Salmo 66:13, 14). La razón se encuentra en los vs. 17, 19: porque "ciertamente me oyó Dios; atendió a la voz de mi súplica". Elifaz, en el libro de Job, relaciona ambas cosas en el Cáp. 22:27: "Orarás a Él, y El te oirá; y tú pagarás tus votos". Cuando había de pagar sus votos no se refiere solamente a cumplir su deber, sino a experimentar las consecuencias que de dicho cumplimiento se derivaban; o sea, que cuando sus oraciones fuesen oídas, él cumpliría sus promesas. El intento de Elifaz era hacer que Job se volviera a Dios, mostrándole con este fin los beneficios que ello le reportada, y entre ellos el de que sus oraciones serían oídas y él pagaría sus votos.

(e) Al serte dado ver por fe claramente la intervención de Dios en el don de aquel beneficio, por encima de segundas causas, atribuyéndolo a Su gloria, El testifica que tus oraciones fueron oídas. Descubriremos que una de las razones de que generalmente encontremos impedimentos en nuestros ciegos corazones para comprender que nuestras súplicas han sido contestadas, aun después de que lo pedido se ha realizado, es que nuestros ojos están fijos en las causas secundarias, y no miran arriba para ver la mano de Dios. Por tanto, si El permite que veas que es El quien ha hecho esto para contigo, de modo que tu mente tenga un claro conocimiento de ello, sin duda esto es un fruto de su atención a tus oraciones; y por lo general descubrirás que es cierto que cuanto más fe y dependencia en Dios tengas en oración para obtener un favor, mayor fe y reconocimiento tendrás en la respuesta. Paralelamente a esta regla se encuentra aquella que suele darse en otro caso: que en el cumplimiento de los deberes, cuanto más se sale el alma de sí misma para allegarse a Dios en busca de fortaleza para cumplirlos, tanto más reconoce el corazón Su ayuda, experimentando así la humildad. Esto es señal de que la oración ha sido oída con este motivo, pues la finalidad de Dios al oír las oraciones es que le glorifiquemos. En el Salmo 50:15 se dice: "Invócame en el día de la angustia: te libraré, y tú me honrarás". Cuando el corazón ha orado, pues, intensamente pidiendo un beneficio, estando pendiente de obtenerlo, y le es dado exaltar a Dios cuando lo alcanza, es señal de que Dios lo hizo en respuesta a dichas oraciones. Porque dice: "Te libraré, y tú me honrarás". En el Salmo 18

tenemos el caso de David, cuando fue librado de todas sus aflicciones; y vemos en el v. 6 cómo había orado, y cómo fue oído. Ved entonces cómo su corazón fue ensanchado para reconocer que Dios solo lo había hecho todo, según declara el resto del salmo, especialmente a partir del v. 27 y del 31. Cuando, por encima de las causas secundarias, vemos a los ángeles de Dios descender, es señal de que también las oraciones, como ángeles, habían ascendido y alcanzado aquella respuesta para nosotros. Igualmente, el pueblo de Dios (Isaías 26), habiendo obtenido tales liberaciones por oración (v. 17, cántico que constituye un hacimiento de gracias), lo atribuye todo a Dios. En el v. 12 dice: "Obraste en nosotros todas nuestras obras"; y en el v. 18: "Salud ninguna hicimos en la tierra".

(f) Cuando junto con la merced pedida, viene la certeza del amor de Dios, y evidencias de su favor, enviando El no solamente una señal, sino una "carta" dando testimonio de su misericordia, no se precisa señal alguna, pues es en sí una evidencia, y sabes entonces de sobra que tal merced es fruto de la oración.

(g) Y, finalmente, los eventos lo demostrarán. Las cosas alcanzadas por oración tienen pocas espinas, la maldición de ellas ha sido quitada; mas las que vienen tan sólo por providencia común vienen, por así decirlo, por sí solas, y como tierra baldía, están llenas de espinas, agujones y pesares. La razón de ello es que lo que viene por oración viene como bendición, y por tanto no añade tristeza; y también porque la oración mata aquellos deseos desordenados que son causa de la vanidad y del mal sabor que dejan a veces las cosas disfrutadas. Mas cuando "la bendición de Jehová es la que enriquece, no añade tristeza con ella" (Proverbios 10: 22). Las cosas diferidas durante mucho tiempo y por fin obtenidas por la oración, son las que resultan en bendiciones más consoladoras, constantes y estables; y los pesares por los que el corazón pasó a causa del aplazamiento, son recompensados por un más seguro, constante, puro y suave goce, pues la oración lo ha perfumado durante largo tiempo, y la bendición está impregnada de este perfume, resultando en extremo grata. Dice Proverbios 13: 12 que la esperanza que se prolonga es tormento del corazón"; mas, cuando llega lo deseado, es árbol de vida, y cura aquel tormento, y consuela el corazón abundantemente. Isaac halló en Rebeca una gran bendición, y una dulce esposa (Génesis 24:67). Tal consuelo fue también él para Abraham (Génesis 17:18, 19), ciertamente "un hijo ("hijo de risa", como su nombre significa). Yo lo mismo Samuel para Ana; ella recibió un hijo de Él, pero además un hijo bendito, profeta y juez del pueblo de ellos. Mientras que a Jacob, que logró ser bendecido no por medio de la oración, ¡cuán amargo le fue (a pesar de haber recibido materialmente la bendición) permanecer desterrado durante veinte años de la casa de su madre. Cuando Israel se dio rey a sí mismo, "mas no por mí", como dice Dios, ¡qué castigo para ellos! "Dite rey en mi furor, y quitélo en mi ira" (Oseas 13:11).

CAPITULO VII

LA ORACION SIN RESPUESTA

La respuesta a la oración, cuando lo que se ha suplicado no se realiza. Algunas consideraciones para tranquilizar el corazón y ayudar al discernimiento.

La cuestión que tenemos que afrontar ahora es más difícil. Es cierto que no siempre es concedido aquello mismo que se ha suplicado, pero no obstante, la oración ha sido oída. Cristo rogó que la copa pasara de El, y algunos interpretan que estaba pidiendo que el conflicto durara poco, y que, en ese sentido, su oración fue contestada directamente; mas entonces, ¿por qué la cláusula si es posible"? Esto demuestra que lo que pidió fue que la copa fuera quitada totalmente, pero con sujeción a la voluntad de Dios, pues sabia que, en cuanto a virtud poderosa, no había nada que pudiera oponerse a que fuera quitada en breve (Hechos 2:24); mas, en cuanto al cumplimiento del consejo de Dios, era imposible que pasara de Él. Sin embargo, se aprecia claramente en Moisés con respecto a su ida a Canaán: "Oré a Jehová... mas Jehová se había enojado contra mí . . . por lo cual no me oyó" (Deuteronomio 3:23-26). Empero, antes de pasar a resolver el caso, conviene rechazar una objeción.

Objeción.— Si el Espíritu de Dios es quien obra en nosotros toda oración fiel, como dice Romanos 8:26: "el Espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque qué hemos de pedir como conviene no lo sabernos", etc.; y El "escudriña ... aun lo profundo de Dios", como dice 1 Corintios 2:10; o sea que sabiendo el Espíritu que Dios no va a conceder tal cosa, acaso penséis que no debiera mover el corazón a orar por aquello que Dios se propone negar, sino hacerlo siempre acertadamente, y sin dejar que erremos o nos quedemos sin aquello que *suplicamos*.

Respuesta 1. — El Espíritu no siempre obra oración en nosotros conforme a lo que es secreta voluntad y presciencia de Dios, sino conforme a su voluntad revelada a nosotros tanto en su Palabra como en su Providencia, tal como las cosas se presentan allí a nuestro discernimiento; y por lo tanto no siempre conforme a lo que El se propone hacer, sino conforme a aquello por lo cual tenemos mayor deber de orar. Él viene a ayudarnos a orar de la misma manera que nos ayuda en la predicación o en el uso de otros medios y ordenanzas semejantes. Él sabe a quién se propone Dios convertir y a quién no y, no obstante, nos ayuda muchas veces a los ministros en nuestro espíritu, tanto para predicar a los que se propone dejar en la impiedad, como a los que se propone convertir. Es decir, obra en nosotros conforme a lo que es nuestro deber, y no conforme a lo que es Su decreto.

Respuesta 2.— La misma frase " ayuda nuestra flaqueza " sirve para contestar, pues nos enseña que El no da forma a nuestras oraciones conforme a su propia e infinita sabiduría,, sino que aplica su ayuda a nuestras débiles y estrechas nociones. Además, despierta en nosotros deseos. hacia aquellas cosas que, según nuestro conocimiento, debemos sentir, y que, en nuestra visión, por lo que su providencia nos revela, pensamos redundarán más en nuestro bien y Su gloria. Dios acepta tales deseos como viniendo de nosotros mas al mismo tiempo obra en nosotros conforme a la anchura de su propio amor.

Pasemos pues al caso planteado y, dentro del mismo, a los medios para pacificar y encaminar el corazón en cuanto a aquellas oraciones en que lo que se pidió no ha sido concedido.

1. *¿Cómo compusiste la oración pidiendo lo que se te negó?* ¿Pediste de modo absoluto y perentorio, como si fuera sencillamente lo mejor para ti? En tal caso no debe extrañarte que esta oración haya sido rechazada, pues en ella excediste el mandamiento. Pero, si oraste condicionalmente, diciendo "si", como Cristo hizo: "Si es posible" (ejemplo que constituye poderoso motivo para esta clase de oraciones), y "hágase tu voluntad y no la mía", de modo que lo pusiste en manos de Dios y confiaste en su juicio al respecto, y no en el tuyo; si sólo se lo presentaste, como era tu deber, según tú mejor lo entendías, y dejaste que la cuestión fuera decidida por Él en su voluntad y sabiduría, entonces tu oración podrá recibir plena atención y respuesta. Si lo suplicado no se concede, has de interpretar que el intento y la mente de Dios se revelan en el curso de los eventos, sea como fuere, en ventaja tuya; pues de otro modo Cristo no hubiera sido oído, cuando no obstante el texto dice que "fue oído por su reverencial miedo" (Hebreos 5:7).

2. *Observad si la negativa contiene una salvedad en espera de un posterior y más grande beneficio, el cual exigía esta negativa previa.*

(a) Algunas veces, el no sernos concedido lo que hemos suplicado, impide que nos sobrevenga una aflicción, una dolorosa cruz. Si hubiéramos alcanzado algunos de nuestros deseos, hubieran causado, a veces, nuestra ruina. Por ejemplo, fue una bendición que a David le fuera quitado su hijo, a pesar de que tanto interés tenía en que viviera. Aquel hijo, que no habría sido otra cosa que un testimonio viviente, recuerdo de su infamia. Fue también misericordioso para David que Absalón (por quien sin duda había orado mucho pues lo amaba en gran manera), fuera quitado, pues, de haber vivido, habría quizá sido su destrucción y la de su casa. De la manera que la liberación de un hombre impío y la concesión de lo que pide pone el fundamento y le reserva para un peor juicio, así también la denegación de la oración de un hombre piadoso es para su mayor bien, y es puesta como fundamento de una mayor misericordia.

(b) Muchas veces la misma denegación quebranta el corazón de un hombre y le acerca más a Dios; le induce a escudriñar sus propios caminos y su condición, y a ver qué es lo que de malo había en sus oraciones; lo cual, por sí solo, es ya un gran beneficio, y mejor que lo que pidió. Por la pérdida experimentada, aprende a orar mejor, y por tanto, a alcanzar cien cosas mejores después. Cristo deseó que la copa pasara de Él; no fue así, y ello constituyó el fundamento de nuestra salvación, y el camino de Su glorificación, pues había de pasar por aquel padecimiento para alcanzar la gloria. En el caso de la mujer enferma de flujo de sangre, aunque usó muchos medios, y quizás entre ellos las oraciones, todo fue en vano, con el objeto de que, al fin, pudiera venir a Cristo y recibir a la vez sanidad de cuerpo y alma.

3. *Observad si una transmutación o cambio de lo deseado se traduce en una mayor bendición de la misma especie;* pues Dios, cuyos caminos todos son misericordia y verdad para con su pueblo, prospera, cuida y guarda las preciosas oraciones de ellos, empleándolas con el máximo provecho en aquello que producirá mayores ganancias. Así como el anciano Jacob no impuso las manos en bendición como José hubiera querido, sino que puso la derecha sobre el hijo menor, que José había colocado a su izquierda; así también a menudo Dios aparta la mano

de su bendición de aquello que pedíamos, y la pone en otra cosa que nos beneficia más. Al dar Dios a Isaac el poder y privilegio de bendecir a un hijo, aunque Isaac lo quería para Esaú, Dios, sin él saberlo, lo transmitió a Jacob; mas la bendición, con todo, no se perdió. Así ocurre en nuestras oraciones pidiendo bendición sobre nosotros mismos y sobre otros. A menudo hay transmutación, mas nunca frustración. Esto puede llamarse tan ciertamente respuesta a la oración como cuando un agente en ultramar, habiendo pedido el propietario tales y cuales mercaderías, por suponerlas más vendibles y ventajosas, él, que conoce la situación y los precios, envía no lo pedido, sino lo que mejor se venderá y más beneficio traerá; y con todo, se dice que ha contestado a las cartas, y mejor que si hubiese enviado exactamente lo que el dueño de la empresa pidió. Así vemos que las oraciones de Abraham por Ismael fueron aplicadas a Isaac; y las de David por su hijo, a Salomón.

4. Observa si a fin de cuentas Dios no te responde conforme al principio esencial de tu oración; es decir, fíjate en si aquel santo intento, fin y afecto que te guiaba en la oración, no es finalmente atendido, aunque no fuere en aquello que pediste; pues Dios responde *secundum cardinem*, conforme a lo importante de la oración. Cuando un general es enviado al frente de un ejército, el rey o el gobierno le dan instrucciones en cuanto a cómo ordenar, disponer y dirigir la contienda; pero en lo que respecta a los particulares o detalles, al no poderse prever las cosas, no se pueden dar tampoco instrucciones suficientemente concretas. En vista de ello, el general se aparta de ellas, pero siguiendo siempre en lo esencial el intento de lo que se le encargó; es decir, que haciendo lo más ventajoso para alcanzar sus fines, se dice de él que ha cumplido el encargo. Como se dice de la ley, *mens legis est lex* (el espíritu de la ley es la verdadera ley), y no las meras palabras impresas; de modo que el intento del Espíritu es la verdadera oración (Romanos 8:27), y no simplemente las cosas pedidas, por cuyo medio expresamos nuestros deseos. Así pues, el sentido, el intento, la esencia de nuestras oraciones recibirán respuesta.

Aclaremos esto los principales fines e intentos de nuestro corazón en las oraciones son la gloria de Dios el bien de la iglesia, y nuestro propio consuelo y felicidad particulares. Es lógico que queramos consuelo; y cuando un hombre confía y vela, aguardando la concesión de un favor determinado, que cree tiende en gran manera a glorificar a Dios y a hacerle feliz a él, y este beneficio le es denegado, Dios, a pesar de todo, le contestará conforme al intento de sus oraciones. La gloria de Dios ciertamente será ensalzada precisamente por su oración, de alguna otra manera, y vendrá su consolación, lo cual es deseo común de toda la humanidad. Tendrás ciertamente consolación, sea lo que sea lo que te la traiga. Dios cuidará de que aquel consuelo que tu alma deseaba te venga de una manera u otra, con lo cual podrás decir que tus oraciones han sido oídas. Cuando Dios cumple sus promesas es que oye las oraciones; las mismas razones tiene para hacer una cosa que para hacer otra. El ha prometido: "El que deja a su padre y a su madre, tendrá cien veces tanto". No en especie, como decimos; esto no siempre puede cumplirse materialmente, pues no se pueden tener cien padres. Dios, por tanto, no lo cumple siempre literalmente, sino de otras maneras mejores, por ejemplo, que tener cien padres.

Moisés oró pidiendo poder entrar en Canaán; Dios respondió conociendo lo esencial de esta oración, aunque no en la forma expresada por las palabras, y la respuesta fue para consuelo de Moisés y gloria Suya. Dios le llevó al cielo, que es la verdadera Caanán (de la cual la (Canaán terrena era sólo tipo), y designó a Josué, el hombre relativamente joven, a quien Moisés mismo había enseñado y criado como discípulo, siervo y acompañante (Números 11:28), para llevar al

pueblo a la tierra prometida. Esto redundó más a gloria de Dios, pues Josué había de ser entonces tipo de Cristo conduciéndonos al cielo, a donde la ley, de la cual Moisés era tipo, no pudo llevarnos, a causa de su flaqueza. Siendo, pues, Josué más joven que Moisés, era más idóneo para tal menester; además, era demasiado, para la gloria de Dios, el que un sólo hombre lo hiciera todo; de modo que, si bien Moisés deseó tener este honor, en cuya consecución le había ayudado, el serle concedido a Josué, a quien él había enseñado e instruido, ya que era el hombre que debía llevarlo a cabo, fue para Moisés honor casi tan grande como si él mismo hubiera sido el caudillo en vez de Josué. Asimismo David, cuando quiso construir el templo y casa para Dios, Este se lo denegó, pero le honró haciéndole preparar los materiales y diseñar el modelo, y también en que fuera su hijo el que lo hiciera. En esto fue Salomón otro tipo de Cristo, por ser príncipe de paz, pues David era hombre de sangre y guerra; y Dios aceptó de modo similar esto en David, como si lo hubiera construido él; y le recompensará otro tanto.

5. Observa si en aquello por que has orado mucho, aun siéndote denegado, Dios procura darte, por así decirlo, toda la satisfacción posible, como *si le supiera mal negarte algo*; favoreciéndote en gran manera a causa de tus oraciones, aunque en conclusión no te conceda lo pedido, por estar en oposición a otro propósito suyo. Este fue el caso de Moisés, cuando le negó la entrada en Canaán; pues lo hizo con gran consideración (hablo con toda reverencia) hasta Moisés cedió en todo lo que era posible, pues le permitió ver también aquella buena tierra, conduciéndole hasta la cima de un monte y, según se cree, permitiéndole milagrosamente contemplar el país entero. Además, el hombre que Dios escogió para llevar a cabo la entrada en aquella tierra fue su siervo, lo cual fue gran honor para Moisés; aquél a quien él había criado junto a sí le iba a suceder. Así, cuando Abraham oró por Ismael, diciendo: "Ojalá Ismael viva delante de ti" (Génesis 17:18), Dios fue tan lejos como pudo en la concesión de lo pedido, pues en el v. 20 dice: "Te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera: doce príncipes engendrará.... Mas yo estableceré mi pacto con Isaac". Del mismo modo, en cuanto a lo que pediste de Él, si demuestra delicadeza especial al negártelo, es señal de que desea mostrarte particular consideración. Sea cual fuere la respuesta, si la mano de Dios aparece de modo peculiar en ella, puedes sin temor pensar que se trata de algo grande: que la oración obró el milagro de que fuera así; que tiene alguna razón muy poderosa para denegártelo; y que tus súplicas han sido tenidas en gran estima, puesto que El se complace en revelar providencia tan extraordinaria.

6. Finalmente, *observa el efecto de tal denegación sobre tu propio corazón.*

(a) Fíjate si tu corazón se ensancha para reconocer que Dios es santo y justo en su proceder para contigo, y que tu indignidad es la causa de que te haya negado algo. A menudo descubrimos que los santos se expresan de esta manera en sus oraciones. El Salmo 22 (aunque habla de Cristo en tipo), según fue escrito por David, y en lo tocante a su persona, puede servirnos de ejemplo: "Clamo de día, y no oyes"; esto podría haberle hecho sentirse celoso de Dios, mas dice: "Tú empero eres santo", etc., y ahora procedes conmigo de manera santa, y eres justo en ello. Otros "clamaron a ti" y fueron oídos, aunque yo ahora, a causa de mi indignidad, no recibo lo que pido; "Mas yo soy gusano". Muchos hubieran desistido al pensar que otros eran oídos, pero yo no. A David no le hizo desistir la negativa sino que se humilló y dijo: " Yo soy gusano etc., y "Tú eres santo".

(b) Fíjate si Dios llena tu corazón de santo contentamiento en la denegación; si te habla como habló a Moisés cuando le negó algo: "Bástate" (Deuteronomio 3:26); si te habla como a Pablo cuando tan fervorosamente rogó que le fuera quitado aquel aguijón en la carne; si recibes respuesta semejante a la que le fue dada: "Bástate mi gracia"; o te es dado que alguna reflexión semejante te sosiegue. Efecto de los siete días de ayuno de David fue el hecho de que con contentamiento santo soportara la pérdida de su hijo, cuando sus siervos pensaban que le abrumaría (II Samuel 12:19-21). Pero le fue dado a considerar algo que era fruto de la oración: que debía ir a él, y no esperar que el niño volviera: "yo voy a él, mas él no volverá a mí". El espíritu de David recibió consolación ante este pensamiento, de tal manera que, como se nos dice en el v. 24: "consoló David a Bath-sheba su mujer".

(c) Observa si puedes estar agradecido a Dios por fe, pensando que El ha decidido y ordenado todas las cosas para sumo bien, aunque te haya negado lo que pediste; y si, a pesar de no comprender que lo que pediste no fuera para sumo bien, estás agradecido de que se te haya denegado, descansando por fe en Su criterio, y alabándole como David hizo en los casos mencionados: "Tú eres santo que habitas las alabanzas de Israel". David, después de siete días de ayuno por el niño, antes de comer, se levantó "y entró a la casa de Jehová, y adoró" (II Samuel 12:20); y el hecho de que se ungiera y mudara sus ropas demuestra qué clase de adoración fue la suya, pues tales actos eran señal de regocijo y hacimiento de gracias; y le fue hecho según su fe, ya que inmediatamente después fue engendrado Salomón (v. 24).

(d) Si puedes aún orar y perseverar, a pesar de que pides beneficios que no recibes; y si cuando se te conceden bendiciones temes más que nunca, y cuando se te niegan amas también más que nunca, y no te desalientas, es que tus oraciones han sido oídas. En el Salmo 80:4, que Israel hizo como oración, aunque Dios parecía estar airado contra las súplicas de Su pueblo, éste sigue orando y debatiendo con El, sin desmayar: "¿Hasta cuándo humearás tú contra la oración de tu pueblo?" También en el Salmo 44:17: "Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti; y no hemos faltado a tu pacto". Di tú lo mismo: "Oraré aún, aunque no reciba jamás respuesta en esta vida". Si el ver a los hombres aceptar sumisos las repulsas y las negativas, conmueve a las naturalezas sensibles, ¡cómo no se ha de conmover Dios!

CAPITULO VIII

APLICACION: EXHORTACION Y REPRESION

Aplicación de lo que si ha considerado, con una reprensión para los que oran mas no observan la respuesta a sus oraciones. Causas de tal negligencia.

Él objeto de todo lo anteriormente expuesto es reprender a los que presentan oraciones y piden con fervor, mas no observan lo que ocurre una vez lo han hecho. Hacen lo mismo que harían si no hubieran orado. Perseveran y suplican por muchas cosas, mas no observan las respuestas, ni echan de ver los resultados y ganancias de las oraciones. Y, después de orar, se sientan, desalentados, sin pensar seriamente que volverán a saber de sus peticiones; cual si hubieran sido palabras desperdiciadas "como quien hiere el aire", como pan echado sobre las aguas, del que creen que se hunde o es llevado lejos y no lo hallarán. Si vosotros así hacéis, menospreciáis la ordenanza de Dios, y erráis, no conociendo el poder de las oraciones; y despreciáis al Señor. Diréis como dijeron en los profetas: "¿Cómo le menospreciamos?" (Malaquías 1) Si hacéis una pregunta a alguien, y una vez hecha volvéis la espalda, como Pilato, que preguntó despreciativamente a Cristo "¿Qué es la verdad?" (Juan 18:38) pero no se detuvo a esperar respuesta, ¿no es cierto que le menospreciáis? De la misma manera que no responder cuando se os hace una pregunta es desprecio, así también no tener en cuenta la respuesta que se os da, cuando habéis pedido fervorosamente, no lo es menor. Si habéis escrito una cada a un íntimo amigo hablándole de asuntos importantes, pidiéndole que os responda urgentemente, y cuando él procura a su debido tiempo contestarla, hacéis como si no esperaseis saber más, de él, ¿no te ofendes en vuestros pensamientos? O si escribe y no os dignáis leer su respuesta, ¿no es despreciarle? Así ocurre en el presente caso, o sea, cuando habéis pedido a Dios fervorosamente ciertas oraciones, y no atendéis a la contestación. Debido a que ciertamente esto es una falta que todos tenemos, procuraré descubrir los causas y desalientos que, aunque no os impidan orar, sí os privan de esta ardiente expectación y verdadera atención en oír las respuestas a vuestras oraciones. Mi objeto no es tanto mostraros las razones de que Dios os niegue muchas cosas de las que le pedís, como mostraros el motivo del desaliento de vuestros corazones después de, haber orado, como sí vuestras súplicas no hubieran de ser contestadas, bien que sabéis que Dios las responde en efecto. Estos accesos de desaliento son en parte tentaciones, en parte impedimentos pecaminosos, en los cuales nosotros tenemos mucha culpa.

1 . Debido a que vuestra certeza de que sois aceptos es débil, vuestra confianza en que vuestras oraciones han sido oídas es débil también. Dios acepta primeramente nuestra persona, y luego nuestras oraciones. De modo que la certidumbre de esa aceptación es la que sostiene también nuestros corazones en la confianza de que nuestras peticiones serán concedidas. Esto podéis hallarlo en 1 Juan 5:13-15; en el v. 13 dice: "Estas cosas he escrito a vosotros para que sepáis que tenéis vida eterna"; y ésta certeza origina consecuentemente lo que dicen los vs. 14 y 15: "Y ésta es la confianza que tenemos en Él, que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye", etc. "Y si sabemos que Él nos oye, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado". Obsérvese cómo enlazan las tres cosas a modo de efectos y consecuencias unas de otras. (a) "Estas cosas he escrito a vosotros, para que tengáis la certidumbre de que la vida y Él cielo son vuestros, y como vienen a decir los vs. 12 y 13. Y

luego, (b) ésta es la confianza que consecuentemente vendrá a vuestros corazones: "que Dios os oye", es decir, que sus oídos están abiertos para vosotros, y su corazón ensanchado para oír vuestras súplicas. Y luego, (c) si tenéis la certeza de que Dios os oye, ésta producirá la seguridad de que os va a conceder cualquier cosa que pidáis. Más aun, Él texto afirma que éste es uno de los principales efectos inmediatos de la seguridad de la justificación, por lo cual dice: "Esta es la confianza que tenemos en Él", o sea, éste es Él efecto de tal certeza. Si preguntarais: ¿Qué provecho recibiremos teniendo esta certeza? Helo aquí, y por cierto uno de los más grandes e importantes privilegios del cristiano: La seguridad de que Dios nos oye; y no solamente esto, sino que nos concede todo lo que pedimos en oración. Cuando un hombre tiene la certeza de que Dios le ha dado a su Hijo, fácilmente será llevado a creer y esperar que, juntamente con Él, le dará todas las cosas. "¿Cómo no le dará juntamente con Él todas las cosas?" (Romanos 8:32). Una vez el creyente puede mirar a Dios como Padre, fácilmente concebirá lo que Cristo dice: "Si los padres, siendo malos, dan buenas cosas a sus hijos, ¿cuánto más vuestro Padre dará su Espíritu y todas las cosas buenas a los que le piden?" Y si dio a su Hijo cuando no lo pedíamos en oración, ¿cuánto más nos dará todas las cosas que pidamos? Si acudimos a pedir algo a una persona, de quien no sabemos si nos ama o no, poca esperanza tendremos de que la petición nos sea concedida, aun insistiendo mucho; pero si tenemos la seguridad de haber hallado favor cerca de ella conforme al grado de este favor que creemos disfrutar, tendremos la certeza y confianza de obtener lo pedido.

2. El desaliento es la flaqueza de las oraciones. Aunque uno crea que su persona ha sido aceptada dice: "¡Ay de mí, que mis oraciones son tan pobres y débiles, que Dios indudablemente no las tendrá en cuenta jamás!"

(a) Para refutar esto, permíteme antes hacerte la siguiente pregunta: ¿Oras con todas tus fuerzas? Entonces, aunque tus fuerzas sean débiles en sí, y según tú alcanzas a ver, puesto que son todas las fuerzas de que dispones, y de que la gracia dispone en ti, tu oración será acepta. " Porque . . . "será acepta por lo que tiene, no por lo que no tiene" (II Corintios 8:12).

(b) Has de reflexionar que Dios no te oye por causa de tus oraciones, aunque no lo haga sin ellas, sino por amor de su nombre, por causa de Cristo, y porque eres hijo suyo. De la misma manera que una madre, cuando su hijito llora, y no porque llore más fuerte, sino porque llora, aunque sea un niño débil, y cuanto más débil es más se compadece de él, no descuida oír y aliviarle, más lo atiende sin condiciones, así también Dios te oye a ti.

(c) Además, aunque la oración en sí sea débil, considerada como oración puede ser poderosa, pues puede mover al Dios fuerte a obrar. De la misma manera que la fe como acto obrado en nosotros puede ser débil, mas debido a que su objeto es Cristo, justifica; así también ocurre con la oración: no prevalece a causa de su propio poder, sino a causa del nombre en el cual se hace, el nombre de Cristo. Por lo cual, si una fe débil justifica, una oración débil prevalece tanto como una fuerte, y ambas por razón semejante; pues si la fe lo atribuye todo a Dios, lo mismo hace la oración. Fe es meramente recibir gracia, y oración pedir gracia. ¿Crees, pues, que tus oraciones son recibidas a pesar de su debilidad? Si son aceptas, han de serlo como tales oraciones. Y si son aceptas como oraciones, es motivo suficiente para que prevalezcan de modo que Dios conceda lo que pides; pues si no las aceptara con el fin para el que fueron designadas, es como si no las aceptara. Cuando aprueba la fe de un hombre como verdadera y

genuina, la aprueba y acepta para el propósito con que fue designada, o sea el de salvar y justificar; y para este fin acepta tan plenamente el acto de fe más débil como el más fuerte. Lo mismo ocurre en el caso de las oraciones, las cuales, habiendo sido designadas como medio para obtener de Él beneficios, si las acepta, es sencillamente con relación a su cumplimiento, que es la finalidad de ellas.

(d) Los hombres yerran en la apreciación de la flaqueza de sus oraciones. La juzgan por las expresiones y los dones demostrados en el acto mismo, o por el poder para despertar emociones; mientras que la fortaleza de la oración debiera estimarse por la fe, la sinceridad, la obediencia y los deseos que expresa. Así como no es el volumen de voz del predicador, sino la fuerza y la santidad del tema y el espíritu del que predica, lo que conmueve al oyente sabio e inteligente, tampoco son los dones los que conmueven al Señor, sino las gracias en las oraciones. Una oración no es más fuerte que otra, excepto en aquello que hace que mueva más o menos poderosamente a Dios. Véase lo que se dice de Jacob en Oseas 12:5: "Con su fortaleza venció al ángel". Las oraciones conmueven a Dios, no como el orador conmueve a sus oyentes, sino como el hijo conmueve a su padre. Dos palabras del niño, humillado y clamando a los pies de su padre, prevalecerán más que las oraciones escritas (Romanos 8). Es el intento del Espíritu lo que Dios mira, no la forma; pues el texto dice que los gemidos son indecibles. Las expresiones de Ezequías eran tan rudas e imperfectas, que dice: "Como la grulla y como la golondrina me quejaba" (Isaías 38:14). Mas Dios las oyó.

3. La ausencia de respuestas es otro motivo de desaliento. "He orado a menudo y por largo tiempo, y rara vez, o nunca, he recibido respuesta; por lo cual me preocupo poco de si mis oraciones han sido oídas; mientras otros reciben los intereses devengados por sus oraciones, yo no recibo casi nada de aquello que pido." O sea, vienes a decir lo que leemos en Isaías 58:3: "¿Por qué ayunamos y no hiciste caso?"

Para acallar estas voces, considera lo siguiente:

(a) Que cuantas más respuestas estés esperando, tanto mayores razones tienes para aguardar; pues de la manera que los impíos atesoran ira, los justos misericordia especialmente a través de sus oraciones; por lo cual, misericordias y respuestas suelen venir de una vez, como también las aflicciones.

(b) Aun suponiendo que tengas pocas respuestas, ya sea cuando oras por ti, ya sea cuando oras por otros, tu recompensa es con el Señor. En la oración es como en la predicación: un hombre puede predicar fielmente durante muchos años, y no convertir un alma; pero no por eso ha de renunciar a la esperanza, sino observar después de cada sermón cuál sea el bien que se haya recibido, y "si quizás Dios les dé que se arrepientan" (II Timoteo 2:25). Y si ninguno se convierte, a pesar de todo, diremos como dice Isaías 49:4-. "mi recompensa con mi Dios"; la recompensa de un hombre está en el Señor. "Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor" (1 Corintios 3:8), y no solamente conforme al éxito de su labor. Lo mismo acaece en la oración; aunque te canses de esperar y no ocurra nada de aquello que pediste, no te desalientes, pues tu recompensa está con el Señor, y te será entregada en su día.

(c) Dios lo hace, no porque no te oiga, sino para probarte. Cuando un hombre dice como David: "Porque ha inclinado a mí su oído, invocaréle por tanto en todos mis días" (Salmo 116:1, 2), no es lo mismo que decir: "Bien, he orado mucho tiempo y por estas muchas cosas, pero nunca se resolvieron favorablemente; no obstante yo le invocaré en todos mis días, aunque no reciba respuesta en esta vida".

(d) Dios tarda tanto, que ya hemos dejado de estar a la expectativa. En Lucas 18:7, 8, "los escogidos claman a Él día y noche", pero como se demora en responder (v. 8), cuando llega ya no halla fe. Los suyos han dejado de esperar, han olvidado sus oraciones, y es entonces cuando Él hace cosas que ellos no esperaban (Isaías 64:3).

Hay otras causas de desaliento de las que somos más culpables, que son pecado más bien que tentación, y que debilitan la expectación de la respuesta a nuestras oraciones:

1. La pereza en la oración cuando no oramos con todas nuestras fuerzas. No es entonces de extrañar que no recibamos; sino que además nuestros propios corazones nos engañan, haciéndonos fiar poco en el resultado de dichas oraciones: *qui frigide rogat, docet negare* (el que se muestra frío en la petición, enseña al dador a negársela). Si alguien nos pide algo de forma lánguida y superficial, no nos afanaremos en negárselo pues sabemos que el solicitante, por su propia voluntad, fácilmente desistirá mismo acaece en la oración; aunque te canses de esperar y no ocurra nada de aquello que pediste, no te desalientes, pues tu recompensa está con el Señor, y te será entregada en su día y no se preocupará más. Por consiguiente, si nosotros nos portamos de igual manera, si somos perezosos e indolentes en la oración, y oramos como si no orásemos, no es de extrañar que no busquemos el resultado de nuestras oraciones, que ya desde un buen principio hemos tenido en poco con nuestra falta de diligencia y ardor, a pesar de saber que, según la Escritura, sólo la oración eficaz prevalece, la oración *energoumene*, como dice el texto griego en Santiago 5:16, o sea, "la que emplea todas sus facultades". ¿Cómo hemos de esperar, pues, que Dios nos conceda cosa buena alguna? Aunque Él no nos de nada a cambio de las oraciones, sino que da de gracia, quiere que sus dones sean aceptados; es decir, que sean recibidos con gran deseo y anhelo, sin lo cual no hay aceptación. ¿Y qué es la oración eficaz y ferviente, sino expresión de tales deseos y anhelos? Jacob había luchado en la ocasión en que obtuvo. "Muchos *procurarán* entrar - dice Cristo- ", mas vosotros debéis porfiar".

Si sabiendo estas cosas somos tan perezosos, ¿cómo podemos esperar respuesta alguna? ¿Acaso al darnos cuenta de esto no se extinguirá toda nuestra expectación? Por esto ocurre que Dios, al proceder con nosotros en consonancia con nuestras oraciones, parece estar dormido si nosotros lo estamos, y parece estar despierto si nosotros lo estamos también, siendo entonces cuando nos responde. Las oraciones que despiertan a Dios han de despertarnos a nosotros; las oraciones que mueven a Dios han, de movernos a asirnos de Dios", como dice Isaías. Si la obediencia engendra fe y certidumbre, el fervor en la oración engendra confianza en ser oído. Sabemos que en todas las demás cosas la pereza desalienta y mina el sentimiento de expectación. ¿Espera alguno que las riquezas lluevan sobre él, si lleva su negocio con negligencia y descuido? No; porque sólo "La mano de los diligentes enriquece" (Proverbios 10:14) ¿Espera alguien cosechar y segar sino se toma la molestia de labrar y sembrar el grano? Si no te ha esforzado en la oración con toda tu alma, no puedes esperar respuesta, pues si pudieras la esperarías.

2. Otra causa de desaliento pecaminoso es considerar la oración solamente como un deber; haciéndola como quien cumple una tarea, y no por deseo ferviente de las cosas a obtener, ni por fe en que las obtendremos. Es como si un médico tuviera un criado enfermo, le recetara una medicina para curarle, y el hombre la tomara porque su amo lo ha mandado y recetado, considerándolo como una obligación, como un trabajo más, y no como remedio para su enfermedad; es decir, sin adoptar la actitud de] que sabe para qué sirve la medicina. Así oran la mayoría de las personas del mundo; para ellos la oración es simplemente un deber, no un medio. Se allegan a Dios cada día, pero solamente como a un Señor, no como a un padre; por lo cual no es extraño que esperen poco de sus oraciones; su esperanza nunca va más allá de la que pondrían en un negocio cualquiera. Si cumplo con una ordenanza como deber solamente, allí acabó todo y no tengo que esperar nada más. Si un hombre predica sólo por lucro impuro, cumple con su obligación y luego busca su paga, mas no busca otro efecto de sus sermones. Así ocurre con el que ora por obligación. Si queréis hallar remedio para esto, es preciso que veáis dos cosas en la oración: *primeramente*, un mandamiento de Dios; y *en segundo lugar*, la promesa de Dios; es decir, habréis de considerarla como deber ante el mandamiento, y como medio de obtener bendición de Dios ante sus promesas. Por lo cual, en la oración ha de haber un acto de obediencia y un acto de fe: "Pida en fe, no dudando nada" (Santiago 1:6). La mayoría lo hace solamente como acto de obediencia, y por tanto no pasan de tal acto e intento; mas si un hombre ora en fe, orará mirando a las promesas, y considerará la oración como un medio para obtener, en el futuro, tal o cual beneficio de manos de Dios; y si es así, no se dará por satisfecho hasta tener respuesta a sus oraciones, y esperará hasta entonces, como dice que la iglesia: "esperó hasta que le hizo justicia".

3. Otra causa de desaliento que tiene carácter pecaminoso es volver a pecar después de orar. Cuando un hombre ha orado pidiendo alguna misericordia, y se levanta lleno de gran confianza en que sus oraciones han sido oídas, mas después cae en pecado, ese pecado echa por tierra todas sus esperanzas, deshace sus oraciones, según le parece, y las devuelve a su origen. Sale, por decirlo así, al encuentro de la respuesta, que es mensajero de Dios, y lo hace volver al cielo de nuevo. ¡Cuántas veces, después de haber concedido Dios una petición, y cuando el decreto iba a publicarse, la concesión a inscribirse, y el sello iba a ser puesto, un acto de traición se interpone, lo detiene, lo borra todo, tanto oración como respuesta! Esto deja en el espíritu una experiencia de culpabilidad que extingue nuestras esperanzas, y hace que dejemos de esperar la respuesta a nuestras oraciones, especialmente si al pecar, nos vino el siguiente pensamiento (que a menudo nos detiene): "¿Acaso no dependes de Dios y esperas en Él para recibir tal beneficio, y has orado pidiéndolo, y estás preparado para ello?" "¿Cómo pues osas hacer esto, pecando contra Él?" Si el corazón prosigue de este modo, toda la oración queda borrada, llenando al hombre de desaliento; pues la conciencia dice: ¿Oirá Dios a los pecadores?

Y en este sentido es cierto que pecar de tal manera interrumpe e impide la obtención de lo que habíamos pedido; esto es comprensible, pues al obrar así desandamos nuestras oraciones. Como era de esperar, descubrimos que, en el camino que nos lleva a la consecución de nuestras peticiones, se alzan barreras y dificultades; si nosotros ponemos obstáculos para que Dios no venga a nosotros, Él pone los suyos para que nosotros no vayamos a Él; por lo cual, cuando creemos que un asunto va viento en popa y, esperarnos llevarlo a buen término, sobreviene un accidente a última hora que lo deshace todo. Cuando habíamos orado, y estábamos más animados y llenos de esperanza, lo hemos estropeado todo por causa de algún pecado,

desapareciendo entonces nuestra expectación. Sin embargo, tened en cuenta una cosa: así como al fin la oración suele vencer al pecado en los hijos de Dios, así también Dios al fin vence las dificultades, y lleva el asunto a buen término. Sabed que no son tanto los pecados pasados los que estorban las oraciones del pueblo de Dios, sino la actual ineptitud y la poca disposición de sus corazones para recibir la respuesta.

APENDICE

Para aquellos lectores de habla castellana que estén poco familiarizados con los nombres de John Bunyan y Thomas Goodwin, o con el término Puritanos, incluimos este breve ensayo que contiene un bosquejo de la historia del periodo en que vivieron los Puritanos, y el perfil biográfico de Bunyan y Goodwin.

Conviene recordar que hubo en la Reforma de Inglaterra dos elementos distintos y separados: el político y el espiritual. La reforma política fue introducida por el rey Enrique VIII, que reinó de 1509 a 1547. Este monarca desechó la autoridad del papa y se proclamó cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Fue esto una revuelta política contra la pretensión papal de tener supremacía absoluta en la Iglesia de Inglaterra. Esta rebelión no fue la reforma de la Iglesia. La verdadera reforma espiritual de la Iglesia vino más tarde como resultado de la traducción de las Escrituras a la lengua vernácula, y la labor de hombres como William Tyndale, Ridley, Hooper, Cranmer, Latimer, y muchos otros. Estos hombres y sus sucesores procuraron remodelar la Iglesia conforme al modelo presentado por la Escritura. Para hacerlo tuvieron que purificar la Iglesia, despojándola de muchas doctrinas y prácticas papistas que persistían aún en ella después de la reforma externa de Enrique VIII. De ahí se deriva el nombre de puritanos.

La lucha de estos hombres fue larga y encarnizada, y sufrieron en gran manera bajo la tiranía de monarcas impíos. Muchos buscaron refugio huyendo al Nuevo Mundo. Mas la mayoría de los Puritanos se quedó en Inglaterra y soportó la persecución. Esta lucha cesó solamente por un breve período entre 1640 y 1660, cuando el país estuvo gobernado por Oliver Cromwell. Los Puritanos eran por lo general hombres de cultura. Sostenían las doctrinas de Lutero y Calvino. Eran destacados pastores, predicadores, y sus escritos han sido muy apreciados. De hecho, no sería exagerado decir que, en el terreno de la exposición y de la experiencia cristiana, sus escritos no han sido jamás superados. Entre los líderes prominentes de los Puritanos se hallaban John Owen, Richard Baxter, William Gurnall, John Flavel, Richard Sibbes, Thomas Manton, Thomas Watson, Thomas Brooks, y los autores de las obras contenidas en este volumen sobre la oración, John Bunyan y Thomas Goodwin.

JOHN BUNYAN (1628-88) procedía de humilde familia y recibió de niño escasísima educación. A temprana edad tomó el oficio de su padre y se convirtió en calderero. En su juventud se le conocía por su propensión a blasfemar, embriagarse y meterse en pependencias; por

su carácter profano y su absoluta indiferencia hacia Dios y la eternidad. No obstante, este rudo calderero fue vaso escogido del Señor, y destinado a ser predicador y escritor que a través de los siglos los hombres recordarían.

Fue por la influencia de su esposa que empezó a interesarse en materias de religión. Al principio esto se manifestó meramente en observancias externas y en una tentativa para reformar su vida. Más tarde experimentó intensa convicción de pecado, y su auto reforma y cuidadoso cumplimiento de los deberes religiosos no lograban darle paz. Durante años gimió bajo el peso de su pecado. Cuando la luz de la salvación por la sola y libre gracia empezó a alborear en su alma, Bunyan expreso plenamente su gozo recién hallado. Predicó, con popularidad creciente, a grupos que se reunían en casas campestres y en graneros. A causa de su falta de conformidad con ciertas ceremonias de la iglesia (en particular su negativa a limitarse al Libro de Oraciones Comunes para presidir los cultos públicos) fue encarcelado en 1664. Durante los doce años siguientes Bunyan estuvo encerrado en una celda, disfrutando tan sólo dos breves períodos de libertad. Durante ese tiempo él su esposa y sus cinco hijos soportaron los más duros padecimientos.

Privado de predicar, Bunyan se dedicó a escribir. Y desde su celda en la cárcel de Bedford, produjo un torrente de libros que han sido fuente de abundante bendición en el mundo desde entonces. El más famoso de ellos es "El Peregrino", que sigue siendo una de las más grandes joyas de la literatura inglesa. Después de la Biblia, es el libro que ha sido traducido a mayor número de lenguas. A pesar de su falta de educación convencional y de las circunstancias adversas de su vida, Bunyan adquirió un profundo conocimiento de la Escritura y un entendimiento sin igual de la experiencia cristiana. Entre sus otras obras se hallan "La guerra santa", "Gracia abundante para el primero de los pecadores", y "La vida y la muerte del Sr. Mal hombre".

A diferencia de su contemporáneo John Bunyan, THOMAS GOODWIN (1600-79) nació en un hogar piadoso y recibió una educación completa. Entró en la Universidad a la edad de 13 años, y pronto adquirió gran reputación por su cultura. Aunque externamente religioso, no pensaba seriamente en el bien de su alma. En cambio, idolatraba la gloria académica. Mas cuando contaba veinte años de edad, fue un día persuadido contra su voluntad a oír la predicación de cierto Dr. Bainbridge. Por medio de esta predicación el orgulloso intelectual fue convertido a Cristo. A partir de entonces Goodwin dejó de procurar influir en sus oyentes por medio de su extraordinaria erudición, y se formó en un humilde, sencillo, práctico y persuasivo predicador del Evangelio.

Goodwin vivió en tiempos turbulentos la Iglesia en Inglaterra había experimentado grandes cambios desde la revuelta contra el Papa a cargo de Enrique VIII. Mas la obra de purificación de la iglesia; para librarla de todo vestigio de catolicismo romano, estaba aún incompleta. Y los Puritanos, que procuraban completar esta obra de reforma, fueron ferozmente perseguidos por la iglesia y el estado. Goodwin se identificó con estos Puritanos, y más tarde huyó del país y se refugió en Holanda.

Con el retorno de la libertad bajo la égida de Oliver Cromwell, volvió a Inglaterra en 1643. Los Puritanos estaban entonces en auge, y Goodwin fue nombrado para un elevado cargo

en la Universidad de Oxford. Se convirtió en uno de los principales teólogos que redactaron la famosa *Confesión de Fe de Westminster* (1641). También fue nombrado capellán de Oliver Cromwell. Con la restauración de la monarquía en 1660, la ola de persecuciones volvió a extenderse por Inglaterra. Goodwin perdió su cargo en la Universidad. Pero, como Bunyan, continuó predicando a pequeños grupos y dedicó gran parte de su tiempo a escribir. Goodwin es un profundo teólogo que sondea las profundidades de la experiencia cristiana. Fue escritor prolífico, y entre sus muchos libros y discursos se encuentran "Comentario a Efesios", "La culpabilidad del hombre ante Dios", "Objetos y actos de la fe que justifica", "La obra del Espíritu Santo en nuestra salvación " y "La paciencia y su obra perfecta".
